



Anna
May

LOS MALVADOS AMANTES RICOS

Harrison

ENAMORADA DEL ABOGADO

Anna May
Enamorada del Abogado
1ª edición 2023

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing
Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para obtener libros gratuitos y más información sobre Anna May, visite
la página web:

www.anna-may.es/newsletter

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
2880W Oakland Park Blvd Suite 2250 Oakland Park, FL. US 33311

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Leer más...](#)

[Gracias](#)

Capítulo 1

Miranda

Lo que más deseaba en ese momento era estar rodeada de gente. Había pasado las últimas semanas recogiendo los pedazos de mi desordenada vida y juntándolos en algo que, con mucha imaginación, pudiera parecer un nuevo comienzo. En todo este tiempo apenas había hablado con alguien, excepto cuando tenía turno en el restaurante de mi madre. Ahora anhelaba una noche en un bar, llena del murmullo de las voces, unas copas decentes y una buena charla con mi mejor amiga Lucy Jackson. Si había alguien en quien podía confiar, aparte de mi familia, esa era Lucy. Era un espíritu libre, siempre dispuesta a bromear y, al mismo tiempo, extremadamente leal, servicial y cariñosa. En las últimas semanas, le había dado varias oportunidades de brillar y, gracias a mi ex novio infiel George, Lucy había pasado de ser mi mejor amiga a mi compañera de piso.

Mientras íbamos desde el piso de Lucy -todavía no me hacía a la idea de que ahora era nuestro piso compartido- hasta el bar, respiré el aire del atardecer. Los Ángeles era una ciudad cálida y fresca en primavera y el cielo brillaba con colores suaves. Aunque me di cuenta de todo esto, no pude disfrutarlo realmente. Cuando entramos en el bar de Silver Lake, los tonos anaranjados y rosados se estaban convirtiendo en púrpura intenso y la noche estaba cayendo. Como Lucy se había empeñado en cambiar mis pantalones de chándal por algo adecuado para salir y mi moño desordenado por un peinado, me puse una falda midi plisada azul marino y un top rosa sin mangas con escote en pico a juego con mi delicado collar plateado. Llevaba el pelo moreno suelto con suaves ondas sobre los hombros.

Lucy estaba deslumbrante con su vestido de terciopelo verde bosque. Su larga melena pelirroja natural estaba trenzada en una trenza francesa, algunos mechones de la cual se habían soltado y ahora acariciaban suavemente su rostro ovalado.

"Que Dios ayude a los hombres de este bar cuando tienes ese aspecto", le dije a Lucy mientras esperábamos nuestros cócteles. Ya podía distinguir a algunos hombres mirándola. Su pelo rojo siempre llamaba la atención y sus inocentes ojos marrones canela atraían mágicamente a los hombres hacia ella. Estas pobres almas no sabían que Lucy era un torbellino.

"¿Yo?" Lucy se rió. "Tus ojos de gato son tan atractivos que ningún hombre en su sano juicio podría resistirse a ellos".

El camarero nos dio nuestros cócteles -un Moscow Mule para mí y un Aperol Spritz para Lucy- y nos sentamos en la barra.

"Lo cual supongo que es una prueba más de que George no tiene ni sentido ni razón", reanudé nuestra conversación abatida.

"¿Ha vuelto a ponerse en contacto contigo?", quiso saber Lucy.

"No, y probablemente no vea ninguna razón para hacerlo. Después de todo, ahora tiene todo lo que quería: una mujer que es un poco más generosa con su pasión que yo, nuestro piso compartido, incluida la cama en la que aparentemente se la ha estado tirando a mis espaldas durante meses y, por último, pero no por ello menos importante, el ascenso que consiguió porque yo hice toda la investigación por él. Qué tonta soy. No sólo pasé todo mi tiempo libre apoyándolo. No, también me dejé engañar".

"Oye, cariño, siempre he querido preguntarte esto...", empezó Lucy con cautela.

"No tienes que andarte con rodeos, Lucy", respondí con valentía. "Puedes preguntar lo que quieras. Tengo que solucionar toda esta mierda de alguna manera y quizá tus preguntas me ayuden".

"¿No notaste nada? En el pasado, ¿debe haber habido alguna pista?"

"Llevo semanas dándole vueltas a esta pregunta y, claro, en retrospectiva, todo tiene sentido. Simplemente confiaba en él. Si llegaba tarde a casa, le creía que había trabajado hasta tarde. Si parecía mentalmente ausente o estaba horas con el smartphone, suponía que era por su ascenso. Su comportamiento era absolutamente típico y el mío también. Porque si soy sincera conmigo misma, no quería verlo. No quería saber que el hombre que creía el amor de mi vida me estaba traicionando y pisoteando mis sentimientos. Y, sobre todo, no podía aceptar que el único aspecto de mi vida que aún estaba entero también se estuviera destruyendo. No quería experimentar más mierda. Mira, tengo veintitantos años y trabajo como empleada temporal en el restaurante de mi madre porque no consigo un trabajo decente como diseñadora de interiores. Y para colmo, las cosas pintan peor que mal para ese restaurante en varios sentidos. Así que es comprensible que no quisiera perder también a mi novio por otra persona".

"No tienes que justificarlo, querida. De verdad que te entiendo. Aunque nunca pude entender lo que veías en ese tipo egocéntrico y pomposo, pero afortunadamente los gustos son diferentes. ¿Hay noticias del restaurante?"

"Mañana es la primera cita con nuestro abogado y el de mi *padre*. Le prometí a mi madre que la acompañaría, así que hoy tampoco puedo salir tan tarde".

"Todavía me sorprende que tu padre biológico sea tan vil como para afirmar que la receta más famosa del restaurante es en realidad suya. Y eso después de todo lo que les hizo a tu madre, a tu hermana y a ti. Aunque la receta fuera suya, debería tener tanta decencia en los huesos y dejarlas en paz".

"Probablemente sólo se siente bien cuando puede intimidar a los demás. Por suerte, mi padrastro Anthony me dio una imagen completamente distinta de los hombres, de lo contrario ahora no podría confiar en ningún hombre."

Durante un breve instante se hizo el silencio entre nosotras y me quedé observando a los demás clientes del bar. Normalmente me encantaba observar a la gente, pero hoy ni siquiera mirar a los que me rodeaban me distraía tanto como esperaba. Me bebí la copa rápidamente, con la esperanza de que las puntas me distrajeran. No recuerdo cuántas rondas habíamos hecho Lucy y yo, pero estábamos entre la tercera y la quinta cuando se nos acercaron tres hombres guapos.

"¿Puedo invitarte a una copa?", me preguntó uno de los hombres.

Me tomé un momento para mirarle. Era más alto que yo, tenía el pelo corto y negro y unos ojos marrones profundos en los que podría perderme durante días. Tenía una mandíbula prominente y unos labios finos y curvados que estaban para chuparse los dedos. Su figura musculosa y atlética quedaba perfectamente acentuada por su traje de diseño.

La antracita de su traje y su camisa de marfil combinaban bien con su piel morena clara. El hombre sabía cómo vestirse, eso estaba claro. Con su traje y su reloj de aspecto caro, prácticamente rebosaba dinero. Pero esa no fue la razón por la que dije que sí. Fue la mirada suave y conmovedora de sus ojos lo que me convenció.

"Tomaré un Old Fashioned", dije.

"Una mujer como mi corazón", sonrió encantadoramente el atractivo hombre. "Me llamo Harrison, por cierto."

"Miranda", respondí. "Y ella es mi amiga Lucy".

"Es un placer conocerlas a las dos", dijo Harrison. "Él es mi amigo Elliot."

Harrison señaló al hombre alto que le flanqueaba. Con su altura, su pelo rubio ceniza y sus pálidos y penetrantes ojos azules, Elliot parecía un vikingo.

Estaba bien afeitado, peinado hacia atrás y llevaba un traje aún más elegante. Era objetivamente atractivo, pero para nada mi tipo. Pero era el tipo de Lucy y no se me escapó que ella se ruborizó un poco.

"Y mi primo William", dijo Harrison, señalando al último hombre del trío.

Podía ver la conexión familiar. Tenían el mismo pelo oscuro, aunque él lo llevaba más largo que Harrison, y los pómulos igual de altos. William tenía los ojos marrones y una mirada de fastidio. Me alegré mucho de que fuera Harrison quien quisiera invitarme a una copa.

Charlamos mientras bebíamos nuestros Old Fashioneds. Lucy estaba contenta de que Elliot la entretuviera, le invitó a un martini pero no parecía especialmente interesado en ligar. Sin embargo, parecía que se lo estaban pasando bien.

Pronto William empezó a flirtear con dos chicas y desapareció con ellas.

"Espero que no te importe que te diga esto", empezó Harrison, captando de nuevo mi atención, "pero pareces tan preocupada como nunca he visto a nadie en un bar".

Así que es atractivo y perspicaz. Es una combinación poderosa.

"Probablemente sea porque estoy hasta el cuello de preocupaciones", admití.

Harrison frunció el ceño como si realmente le importara. No esperaba eso de un hombre que me había ligado en un bar.

"Estaré encantado de escucharte si quieres desahogarte", respondió con seriedad.

Oh hombre, realmente eres tan lindo, ¿eh?

"Prefiero olvidarme de todo un rato", decliné su oferta. No quería pensar en mis problemas en toda la noche, había venido al bar para distraerme un poco.

La expresión ansiosa de Harrison se transformó en algo fascinante cuando se acercó a mí. Sus ojos brillaban con una energía recién despertada y pude sentir cómo crecía su excitación.

"Estoy seguro de que puedo ayudar con eso", dijo, una sonrisa traviesa se extendió por su rostro. "¿Por qué no bailamos?"

En realidad, no me apetecía bailar, pero la combinación de su sonrisa, sus ojos conmovedores y algo que no podía precisar hizo que mi timidez se derritiera como la cera de una vela encendida.

Me cogió de la mano y me llevó a la pista de baile, su contacto me produjo escalofríos. Mientras nos movíamos juntos, sentí que me perdía en el momento y en el torrente de energía que había entre nosotros. Sentí una chispa de atracción entre nosotros que crecía con cada momento que pasaba.

¿Qué estaba pasando aquí? ¿Cómo pude olvidar todos mis problemas tan de repente? ¿Era el alcohol o mis hormonas estaban bailando un tango sólo porque un hombre demasiado atractivo me cortejaba?

Sus manos recorrían mi cuerpo con fuerza y seguridad y sentí que respondía a sus caricias con un hambre más intensa que nunca. El calor entre nosotros era intenso y sentía que lo deseaba más y más a cada segundo que pasaba.

Bailamos y olvidé la hora. En ese momento, me perdí en la adrenalina de estar tan cerca de un hombre tan deseable. Cuando la música bajó el ritmo, Harrison me acercó más a él y sentí su aliento en mi cuello mientras me hablaba al oído.

"Me vuelves loco de deseo, ¿lo sabías?"

Su tacto y su mirada me dijeron todo lo que necesitaba saber. En ese momento lo deseaba más

que a nada y al mismo tiempo no podía creer que me estuviera pasando esto a mí. Nunca había sido la mujer que se dejaba abordar y ligar en los bares. Me gustaba el sexo, pero para mí el sexo, la confianza y la seguridad iban de la mano. Así que, ¿cómo podía ser que este completo desconocido despertara en mí deseos que nunca antes había sentido? La oleada de deseo que me invadió quemó mis preocupaciones y pensamientos. Sólo existían Harrison y mi deseo.

Sus manos empezaron a explorar mi cuerpo más íntimamente y yo respondí con avidez a sus caricias. El calor entre nosotros alcanzó su punto álgido.

Finalmente, cuando no pude resistirme más, empezamos a besarnos. El beso fue profundo y apasionado y sentí que me excitaba más y más a cada momento que pasaba.

"Te deseo", dijo Harrison y sus labios rozaron la concha de mi oreja. Estábamos tan cerca que podía sentir cómo temblaba. "Ahora. Quiero darte la noche que te mereces", continuó, presionando su mano en mi espalda y abrazándome. "¿Por qué no vamos a una habitación de hotel?".

"Vamos", respondí antes de saber lo que me estaba pasando.

¿Acabo de aceptar pasar una noche con un completo desconocido en una habitación de hotel? ¿Aunque sólo me acuesto con hombres con los que tengo una relación? ¿Y aunque tenga una cita mañana por la mañana?

Harrison me cogió de la mano y nos dirigimos a la puerta. Cuando salimos del bar, vi a Lucy en la barra, todavía hablando con Elliot. Le dije adiós con la mano y ella, disimuladamente, me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

Cuando Harrison me sacó del bar a la noche, mi corazón se aceleró de excitación. Ningún hombre con el que me hubiera acostado me había hecho sentir así. Harrison tocaba todos mis botones y yo sólo esperaba que el hotel no estuviera demasiado lejos.

Capítulo 2

Harrison

Miranda estaba impresionante. No pude quitarle los ojos de encima desde que entré en el bar.

Sólo estaba allí para entretener a mi primo William Irons, que venía de visita desde Nueva York. Mi amigo Elliot me había sugerido el local por su surtida selección de whisky, pero en cuanto vi a Miranda, mis planes cambiaron.

Para mi deleite, descubrí que no sólo era guapa, sino que también me resultaba increíblemente simpática. Incluso en nuestra breve conversación, eso había quedado claro. Pero incluso mientras hablábamos, la expresión de preocupación de su rostro no había desaparecido por completo.

William siempre me llamó cobarde, pero me hice abogado para ayudar a la gente. No es que nadie en mi bufete, aparte de Elliot, lo supiera, pero el ambiente de "comer o ser comido" me obligaba a mantenerme firme.

Pero a Miranda le interesaba distraerse, y eso también me beneficiaba.

No se me daban bien las relaciones. Demasiados intentos fallidos me habían vuelto precavido en ese aspecto. El amor sólo hacía que todo fuera más difícil de lo que tenía que ser.

¿Pero una noche apasionada con una mujer caliente? ¿Por qué no?

No sólo quería un rapidito en el baño. Quería tomarme mi tiempo con Miranda. Normalmente esos pensamientos eran extraños para mí, pero con ella era diferente. Se merecía algo mejor y yo deseaba ser mejor para ella. Necesitaba un palacio, sábanas de seda para retorcerse y un lujo discreto. Yo estaba más que dispuesto a proporcionárselo y decidí reservar una habitación de hotel.

Llamé a un taxi y le dije al conductor que nos llevara a un hotel de cinco estrellas cercano. No hablamos en el corto trayecto hasta allí, pero el ambiente en la parte trasera del taxi estaba cargado, crepitante. Puse la mano en el muslo de Miranda y acaricié suavemente su piel suave y tersa. Estábamos lo bastante cerca como para sentir su cálido aliento cuando mis dedos rozaron el interior de su muslo.

Me moría de ganas de quitarme los pantalones y ver qué otras reacciones provocaba en ella. Me deslicé hacia delante y hacia atrás en mi asiento e intenté pasar desapercibido. Bailar con Miranda me había dejado con ganas de más y apenas podía esperar a llegar al hotel.

Cuando llegamos, pagué rápidamente una habitación y subimos. Miranda parecía impresionada por el nivel del hotel. Sus ojos recorrieron el suelo de mármol y los cuadros antiguos con marcos dorados.

De alguna manera conseguimos no tocarnos en el ascensor durante la subida. Sólo el hecho de saber que podíamos ser grabados por una cámara de vigilancia mantenía a raya mi deseo. Había visto demasiados juicios ganados y perdidos por culpa de las grabaciones de las cámaras en lugares donde la gente creía tener intimidad.

Pero cuando estuvimos en la habitación, atraje a Miranda hacia mí y la besé apasionadamente. Nos derretimos juntos, sus manos agarrando mi chaqueta. Pero incluso en las aventuras de una noche yo era un caballero.

"Pediré champán", interrumpí el beso. No era romanticismo, sólo cortesía.

"Claro", suspiró Miranda, pasándose las manos por la ropa y dando un paso atrás. Tenía las mejillas sonrosadas y me pregunté si se debía a su tez natural o si estaba ruborizada por algún

otro motivo. Me desabroché el botón superior de la camisa.

Dios sabe que sentí el calor entre nosotros.

Cogí el teléfono que había junto a la cama y pedí champán mientras Miranda miraba a su alrededor. La habitación era tan bonita como sugería el precio. Una lujosa cama tamaño king dominaba la habitación, con un mullido edredón burdeos que invitaba a dejarse caer en él. La habitación tenía unas vistas preciosas de la ciudad, pero no estábamos allí para disfrutarlas.

"¿Te gusta?", pregunté después de haber guardado el teléfono, ya que Miranda miraba la habitación con detenimiento.

"¿La habitación?", quiso saber Miranda, y yo asentí. "Claro".

No parecía sincera.

"¿Así que no te gusta?", pregunté, vagamente preocupado por haber metido la pata de alguna manera.

"La combinación de colores es un poco..." no terminó la frase. "No quieres oír mi opinión sobre el diseño. Lo siento, soy diseñadora de interiores y a veces es difícil apagar mi cerebro. La habitación es estupenda y la cama parece muy acogedora".

"Entonces usémosla", dije, acercándome a ella y besándola de nuevo.

Miranda

Me olvidé de los colores burdeos y amarillo de la habitación mientras Harrison me desvestía y tiraba la blusa al suelo. Era, con diferencia, la habitación de hotel más bonita en la que había estado en toda mi vida, pero como diseñadora de interiores me fijaba en los pequeños detalles que otros solían pasar por alto. Mientras Harrison había pedido el champán, yo había sido incapaz de ocuparme de otra cosa. Ahora sólo podía pensar en sus labios besándome la clavícula y en el movimiento de sus manos sobre mis caderas.

Cuando empecé a desabrocharle la camisa, no llegué muy lejos porque sus labios me rozaron el cuello y me hicieron temblar de deseo.

"Oh, no juegas limpio", me quejé sin entusiasmo mientras deslizaba la mano por dentro de su camisa y palpaba los pocos pelos de su pecho tenso.

"¿Te molesta?", me susurró al oído y su voz profunda me produjo un escalofrío. Me mordisqueó el lóbulo de la oreja y casi gimo.

"Si realmente quisieras distraerme, tu cara estaría ahora mismo entre mis muslos".

No solía ser tan atrevida, sobre todo con hombres que acababa de conocer. Pero había algo en Harrison que me hacía querer atacar.

"Desvístete", me dijo, ya con la mano en la espalda para desabrocharme el sujetador. "Ahora."

Hizo una breve pausa para acariciarme los pechos, pero luego se apartó para quitarme la falda y las bragas. Le ayudé y pronto estuve desnuda delante de él. Me miró como si hubiera ganado la lotería. Casi me ruborizo.

"Quid pro quo", dije, y volví a ocuparme de los botones de su camisa. La calidad del algodón era tan buena que parecía casi sedoso.

Con mi ayuda, se desnudó en un santiamén y entonces me tocó a mí mirarle con hambre. Estaba claro que el hombre se ejercitaba regularmente, y al mirar más al sur *-vaya por Dios-* me ruboricé de verdad.

Harrison apretó mi espalda contra la cama y volvió a besarme. Por fin tenía las manos libres para explorar su cuerpo y la espera había merecido la pena. Se sentía tan bien como parecía y, cuando acaricié su erección, exhaló un delicioso y estremecedor suspiro.

"¿Quién no juega limpio ahora?", preguntó, aunque no pareció importarle.

"¿No deberías estar entre mis piernas?", le pregunté acariciándole el pene. Se crispó en mi mano.

Le solté y, con un movimiento rápido y poderoso, Harrison me levantó y me tumbó en la cama. Me besó el cuello, se acercó a mi pecho y lo chupó. Sólo continuó cuando intenté retorcerme y agarrarme a su espalda.

Siguieron más besos en fila por mi vientre hasta que me separó las piernas y finalmente puso su boca donde más lo necesitaba. Eché la cabeza hacia atrás en la cama mientras él usaba su lengua, sus labios y sus dedos. Era bueno. Muy bueno. La cabeza me daba vueltas, y no sólo por la bebida.

Cuando volví a mirar hacia abajo, Harrison me miraba fijamente, prestando mucha atención a cada pequeño movimiento o ruido que hacía. Trabajaba conmigo, siguiendo mis indicaciones y asegurándose de hacer todo lo que yo quería o necesitaba. Y todo ello sin apartar la boca de mí.

Me sentí atrapada por su mirada y, en lugar de rehuir la atención como solía hacer, la disfruté. Moví las caderas contra su boca y eso no hizo más que incitarle. Aquellos ojos color avellana me dijeron que me daría todo lo que necesitara y confié en que cumpliría su promesa.

A medida que mi lujuria crecía, Harrison se volvía más intenso. Me agarró por las caderas y me acercó a su boca. Mientras le pasaba los dedos por su pelo corto, gemía dentro de mí y las vibraciones no hacían más que acercarme al límite. Estaba tan cerca que sólo necesitaba unos segundos más. Sólo un poco más...

De repente llamaron a la puerta.

"¡Servicio de habitaciones!" sonó una voz masculina.

Sorprendida, rodeé la cabeza de Harrison con las piernas. No dejaba de lamerme y yo me retorcí y temblaba de placer y vergüenza.

"Sr. Blake, tengo el champán que pidió."

Me tapé la boca con la mano para ahogar un gemido. Estaba a punto de tener un orgasmo, pero con alguien de pie justo al otro lado de la puerta, a pocos metros de nosotros, no podía dejarme llevar.

Sacudí la cabeza en dirección a Harrison y él se apartó de mala gana. Tenía los labios brillantes y rosados. Me estremecí al verlo.

"Déjalo en la puerta", respondió Harrison.

Hubo una breve pausa.

"Por supuesto, Sr. Blake."

Pude oír los pasos del hombre alejándose y volvimos a estar en relativa intimidad.

"¿Traigo el champán?", preguntó Harrison.

"Realmente no necesito beber champán ahora mismo". Mi orgasmo irredento seguía palpitando en mi interior.

Harrison cerró los ojos brevemente y apoyó las caderas en la cama.

"¿Continúo?", preguntó, bajando ya la cabeza. Pero después de esta interrupción, quería algo más que su boca.

"Quiero que me folles en su lugar."

"Tus deseos son órdenes", dijo y sonrió. Casi quería arrancarle la cabeza porque intentaba ser

tan amable. Lo peor fue que funcionó conmigo.

Se levantó y sacó la cartera de sus pantalones. Sacó un preservativo y se lo puso rápidamente. Volvió a sentarse conmigo en la cama, se metió entre mis piernas y se enderezó.

"¿Lista?", preguntó. Habría sido una broma si no lo hubiera dicho tan en serio.

"Sí", respondí y le rodeé el cuello con los brazos.

Satisfecha, jadeé cuando entró en mí. Me penetró despacio, siendo considerado y permitiéndome adaptarme, aunque temblaba de esfuerzo porque tenía que contenerse. Pero ya no quería que fuera suave conmigo. No esta noche.

Lo rodeé con la pierna y lo atraje más hacia mí. Gimió mientras seguía penetrándome y yo levanté las caderas para encontrarme con él.

"No tienes que ser tierno", dije. "Quiero que seas duro".

Esta noche había salido para olvidar mis preocupaciones y Harrison lo había conseguido de maravilla. Ahora lo necesitaba y no podía ni pensar.

"Dios, eres tan..." No terminó la frase y me pregunté si me estaba halagando o insultando. Luego ya no me lo pregunté, porque Harrison empujó y vi estrellas.

Era tan bueno con las caderas como con la boca. No tardé en volver al momento en el que estaba a punto de olvidarme de todo. Me agarró la pierna y casi me dobló por la mitad mientras me penetraba. Me aferré más a su cuello.

"Casi", murmuré, más para mí misma que para él.

Deslizó una mano entre nosotros y empezó a frotarme el clítoris. Retorciéndome contra la estimulación extra, mi orgasmo me alcanzó segundos después y el placer me inundó como una supernova. Grité y me retorcí mientras Harrison seguía empujando con rapidez.

Me enterró la cara en el cuello mientras se corría, jadeando y retorciéndose dentro de mí. Nuevas chispas de placer recorrieron mi cuerpo. Me aferré a él, disfrutando de cómo temblaba ligeramente y gemía profundamente. Ver correrse a este hombre prácticamente perfecto fue casi tan satisfactorio como el orgasmo que acababa de provocarme.

Cuando por fin sacó su dura polla de mí, me sentí perezosa. Tenía el cerebro nublado por el alcohol y la neblina post-orgásmica. Me besó y yo le devolví el beso automáticamente, moviendo lentamente mis labios contra los suyos y disfrutando de la lánguida conexión.

"Me ocuparé del condón, ahora vuelvo", dijo.

Como en ese momento me quedé sin palabras, me limité a asentir. Antes de que volviera a la cama, ya me había dormido y estaba feliz por el olvido que me había regalado. Ahora estaba libre de problemas. Al menos por el momento.

Capítulo 3

Miranda

Me desperté con la cabeza martilleándome mientras el olor a huevos, bacon y café me llegaba a la nariz. Parpadeé, abrí los ojos e intenté acostumbrarme al hecho de que era por la mañana y el sol había salido a matarme.

Cuando por fin logré aguzar la vista, divisé a Harrison, que estaba vestido y absorto en su comida.

¿Cómo diablos puede verse tan bien después de anoche?

En secreto, intenté alisarme el pelo, que tenía la costumbre de alborotarse por las mañanas.

Harrison se dio cuenta de que estaba despierta y me sonrió de una forma entre cariñosa y complacida.

"Buenos días", dijo alegremente. "He pedido el desayuno para los dos".

"Gracias, yo... um", murmuré, sorprendida de que Harrison no pareciera ofenderse por mi aspecto, ni intentara echarme rápidamente. "Sólo necesito lavarme los dientes".

Después de escabullirme de la cama, recogí apresuradamente mi ropa antes de entrar a trompicones en el cuarto de baño. Me eché agua en la cara y el frescor me alivió un poco el dolor de cabeza. Como no tenía cepillo, me pasé los dedos por el pelo y conseguí estar presentable.

Junto al lavabo encontré un tubo de pasta de dientes extra y me cepillé los dientes con él con el dedo. Eso tendría que bastar hasta que llegara a casa.

En ese momento lo vi claro. Debía reunirme con mis padres antes de ir juntos a la reunión con los abogados. Harrison me había hecho olvidar demasiado bien mis preocupaciones.

Me vestí rápidamente y salí corriendo del cuarto de baño en busca de mi bolso. Por suerte, lo había dejado en la mesilla de noche. Apenas recordaba haberlo dejado allí la noche anterior.

"Lo siento, tengo que irme", le dije a Harrison. "Gracias por lo de anoche, realmente lo disfruté. Pero acabo de recordar que tengo una cita".

"No te preocupes", me tranquilizó Harrison con una leve sonrisa. "De todas formas, tengo que ir a trabajar pronto".

Asentí y salí. Justo cuando abrí la puerta del pasillo, adaptándome a no volver a ver a Harrison, me dijo: "Yo también me lo pasé bien, por cierto. Me divertí demasiado".

Cuando miré por encima de mi hombro, vi que me miraba hambriento. Fue un pequeño acto de fe para una mañana desagradable. Casi deseé no tener que irme.

"Adiós, Harrison", me despedí quizá con demasiada nostalgia.

Antes de que pudiera decir nada más, me fui. Pasé el trayecto en ascensor hasta la planta baja intentando recomponerme. Tenía que concentrarme en la reunión y ayudar a mi familia ante todo. Igual de importante era encontrar un trabajo como diseñadora de interiores. Si es que alguien me quería.

Mientras esperaba un taxi, decidí llamar a Lucy. Me sentía culpable por haberla decepcionado después de insistir en salir con ella. Esperaba que no estuviera enfadada.

"¿Qué tal anoche?", quiso saber Lucy a modo de saludo.

"Todo estuvo genial", respondí, tratando de evitar que los recuerdos explícitos me inundaran. Harrison era, con diferencia, el mejor hombre que había tenido, pero lo que más me sorprendió fue que realmente parecía un buen tipo. Un tipo realmente agradable, no el tipo de gilipollas que

pensaba que necesitaba un desfile por hacer lo mínimo. "Siento haberte decepcionado."

"Oh, por favor", se burló Lucy. "Me alegro de que lo pasaras bien. Sabes que puedo cuidarme sola".

"¿Qué tal la noche?", pregunté, curiosa por saber qué había pasado con Elliot.

"No es tan emocionante", respondió Lucy, aunque no parecía muy decepcionada. "Ya sabes que no me importan los romances ocasionales mientras busco a mi príncipe azul, pero Elliot no parecía demasiado interesado. Estuvimos hablando hasta medianoche. Es un buen chico, pero aparentemente no está en la carrera para ser mi chico bueno. Aun así, fue una conversación agradable hasta que dijo que tenía que irse porque tenía trabajo por la mañana. Me habría ido a casa con William en su lugar, pero él ya estaba ocupado y yo no comparto. Así que me fui a casa después de eso".

"Yo tampoco debería haberme quedado despierta tanto tiempo", comenté, registrando el dolor que me palpitaba detrás de los ojos.

"¿No querías olvidarte de toda esa mierda un rato?", quiso saber Lucy. "Parece que Harrison te dio exactamente lo que buscabas".

"Cierto, pero ahora que tengo que hacer el Paseo de la Vergüenza directo a una reunión sobre el futuro de mis padres, ojalá hubiera podido al menos ir a casa y ducharme antes", me quejé.

"Mientras no llames la atención, nadie se dará cuenta", me aseguró Lucy. "Buena suerte para la reunión".

"Gracias, probablemente la necesitaré. Hasta luego".

Mi taxi se detuvo cuando terminamos la llamada y pasé el trayecto hasta la oficina retocándome el maquillaje y agradeciendo eternamente al delineador a prueba de manchas. Cuando llegué, tenía un aspecto tan presentable que no se notaba en absoluto que había pasado la noche anterior borracha y practicando un sexo increíble.

Mis padres me esperaban delante de la oficina. Primero abracé a mi madre y luego a mi padre. Mamá era una mujer elegante, a pesar de las penurias por las que había pasado. Tenía unos cincuenta años y yo esperaba envejecer tan bien como ella. Teníamos el mismo color de piel, los ojos azules y el pelo castaño, aunque ella lo tenía gris.

Papá había conocido a mamá cuando yo tenía unos tres años y mi hermana siete. Él trabajaba en una pequeña empresa de inversiones, pero era voluntario en una organización local sin ánimo de lucro que ayudaba a niños desfavorecidos, y allí había conocido a mamá. Ella también había sido voluntaria, y yo había oído muchas veces de niña la historia de cómo se habían enamorado al instante, pero papá no estaba seguro de involucrarse con una mujer que ya tenía hijos. Entonces nos conoció y nos quiso como a sus propias hijas, casi desde el principio. Poco después de casarse, nos había adoptado oficialmente y desde entonces era nuestro padre.

Se había jubilado pronto para ayudar a mamá en el restaurante y ocuparse de la parte comercial mientras mamá se ocupaba de la comida y los clientes. Formaban un gran equipo, pero en los últimos años el negocio iba de mal en peor.

"Encontraremos la manera de arreglarlo", les tranquilicé al ver la expresión de preocupación en sus rostros. Por primera vez en mi vida parecían viejos. Papá rondaba los sesenta y llevaba muchos años con canas, pero ni siquiera entonces le habría llamado viejo.

"Sólo estoy preocupado por tu madre", dijo papá, subiéndose las gafas. Siempre hacía eso cuando estaba nervioso. Era un alma tan gentil que siempre le resultaba una agonía cuando algo iba mal en nuestras vidas.

Mamá no dijo mucho. Se quedó con los brazos cruzados y una mirada distante. Probablemente

estaba inquieta no sólo por la inminente pérdida del restaurante. Mi padre biológico la había tratado fatal y debía de tener miedo de volver a verlo. Incluso a mí se me revolvió el estómago al pensarlo, y eso que no le recordaba en absoluto.

"¿Va a venir Vanessa con nosotros?", quería saber. ¿Cómo se tomaría la noticia mi hermana? Vivía en Nueva York, pero estaba tan preocupada por mamá como yo. Al igual que yo, lo daría todo por su familia. Pero tenía recuerdos de nuestro padre biológico y lo que me contaba de él me producía pesadillas.

"Vanessa tiene sus propios problemas en este momento", respondió enigmáticamente mamá, y su abogado llegó antes de que pudiera interrogarla más.

El abogado se presentó como Graham. Fue amable y se tomó la molestia de explicar que se trataba esencialmente de una cita de investigación.

"Entremos y podremos seguir discutiendo", sugirió Graham.

Le seguimos al interior del edificio y a las oficinas. Nos sentamos en una elegante recepción y esperamos a mi padre biológico y a su abogado.

No pude evitar mirar a mi alrededor; la oficina rebosaba dinero, desde las baldosas de mármol hasta el fino mobiliario italiano. A un lado había despachos con paredes de cristal, al otro salas de conferencias privadas. Gente vestida con trajes de diseño caminaba de un lado a otro, con prisa y aspecto importante.

Intenté concentrarme en la conversación de mis padres con su abogado y la pierna me rebotaba sin control porque el nerviosismo se apoderaba de mí.

Debería estar aquí para dar apoyo, no para derrumbarme.

Mientras intentaba despejar mi mente de preocupaciones, inevitablemente me llevaba de nuevo a pensamientos sobre Harrison. La noche anterior había sido más que increíble, casi parecía un sueño. Ni siquiera la vergonzosa interrupción del servicio de habitaciones había empañado los acontecimientos. Una y otra vez tenía que pensar en la intensa mirada que Harrison me había dirigido mientras me follaba, aquellos ojos conmovedores y ardientes clavados en mí.

Cuando mi padre golpeó de repente el reposabrazos de su silla con el puño, salí sobresaltada de mi ensoñación.

"No podemos pagar tanto dinero", siseó, con la voz llena de frustración. Nunca le había visto tan agitado.

Graham respiró hondo y volvió a explicar: "Es mejor que lleguemos a un acuerdo. Si no consigues el dinero antes de fin de mes, tendrás que declararte en quiebra".

Se me heló la sangre. Sabía que era malo, pero no que lo fuera tanto. Mamá empezó a llorar y las lágrimas le corrían por la cara más rápido de lo que podía secárselas. Me tragué mis propias emociones.

No se trataba sólo del sustento de mi familia, sino también de nuestra herencia. Las recetas que utilizaba mamá habían sido desarrolladas originalmente por su padre. Ella había traído la buena cocina del Medio Oeste a Los Ángeles, entre todos los bares de salud y zumos. Con tantos traslados, muchos de los que se mudaron aquí echaban de menos su hogar, y la comida tiene una forma maravillosa de conectar a la gente con sus raíces.

El restaurante de mamá era una especie de lugar de paso para cualquiera que buscara buena comida casera y un toque hogareño. Y no sólo eso, su comida era buena, incluso sin tener en cuenta el factor nostalgia. Ella había modificado un poco las recetas de su padre, pero todas habían sido desarrolladas por él, y el hombre tenía un don para el sabor. Mi madre estaba a punto de firmar un contrato con una importante cadena de supermercados para convertir el plato

estrella del restaurante en una comida preparada y venderla en todo el país. Esto habría salvado el restaurante y dado seguridad económica a la familia.

Con un acuerdo, mamá no sólo perdería el negocio de comida preparada, sino que además admitiría falsamente que la receta no procedía de ella. Estaríamos negando una parte de nuestra historia familiar.

Eso no es justo.

No podía ver cómo se desmoronaba todo y odiaba aún más a mi padre biológico por habernos puesto en esta situación. Quise consolar a mi madre, pero una mujer vestida con una elegante falda y chaqueta se acercó a nosotros con mirada intrusa.

"Ya pueden ir a la sala de conferencias", dijo con una sonrisa poco sincera.

¿Qué clase de villano era el abogado de mi padre biológico para aceptar un caso así? Yo ya sabía quién era mi padre. Estaba eternamente agradecida a mi verdadero padre por adoptarnos y darnos su apellido. Entrar en esa habitación como Miranda Gunn era algo que habría odiado. No quería tener nada que ver con él. Me hizo sentir orgullosa de ser Miranda Davenport.

Mientras la mujer nos dirigía a la sala de conferencias, miré a mi alrededor. Incluso en las peores circunstancias, no podía apartar la vista del diseño. Puede que este lugar sea el despacho de abogados despiadados, pero tenían un diseñador de interiores condenadamente bueno.

Supongo que pueden pagar lo mejor cuando privan a personas inocentes de su dinero duramente ganado.

Si alguna vez lograba conseguir trabajo como diseñadora de interiores -y eso parecía cada vez más improbable, aunque aún no estaba dispuesta a rendirme-, elegiría exactamente para quién trabajaba.

El corazón me dio un vuelco cuando reconocí a un hombre familiar caminando por un pasillo. Aunque sólo hacía unas horas que lo conocía, enseguida reconocí su complexión atlética, su pelo oscuro y su mandíbula prominente, visible incluso de perfil.

Harrison.

Capítulo 4

Miranda

De inmediato sentí una increíble curiosidad por saber por qué estaba aquí. La coincidencia parecía casi imposible.

"Sólo necesito un segundo", me apresuré a decir antes de caminar rápidamente por el pasillo y seguirle. Seguía a la vista y necesitaba saber qué hacía aquí.

"¿Harrison?", pregunté mientras me acercaba a él.

Se dio la vuelta y sus ojos se abrieron de par en par. Pero sonrió ligeramente, confundido.

"Hola Miranda, ¿qué haces aquí?"

"Podría hacerte la misma pregunta", repliqué. No era el momento de charlar.

"Soy socio aquí", explicó Harrison con ligereza.

Aparentemente era un día para revelaciones impactantes. No podía creer que me hubiera acostado con alguien que trabajaba en el bufete de abogados que demandaba a mis padres. Peor aún, era socio. Era un puesto de alto rango. Incluso podría estar involucrado en el caso por lo que yo sabía.

Eso me hizo sentir enferma. Hacía unas horas había estado desayunando y esperando a que me despertara y fuera a verle. ¿Cómo alguien que parecía tan agradable podía trabajar en un bufete así?

A menos que todo fuera una actuación.

"Señorita Davenport, si quiere asistir a la reunión, ¡debe venir ahora!", me apremió la secretaria.

Fruncí el ceño, me aparté de Harrison sin decir palabra y la seguí hasta la sala de conferencias. Mis pensamientos eran confusos y el corazón me martilleaba en el pecho.

Cuando entré en la sala de conferencias, necesité toda mi fuerza de voluntad para no detenerme ni estremecerme al ver a mi padre biológico. Aunque nunca había visto una foto suya, no había duda de cuál de los hombres sentados a la mesa era mi padre.

Siempre había creído que me parecía a mi madre. Y sí, tenía sus ojos y su pelo, quizá incluso su barbilla. Pero también podía reconocerme en Paul. Mi nariz era una versión ligeramente más delicada de la de mi padre biológico. También tenía su cara más redonda.

Saber que compartía la mitad de mi ADN con un hombre tan cruel era incómodo, pero abstracto, hasta ahora. Verlo en persona lo hacía mucho más real. Sus ojos fríos me miraron fijamente y sus labios se torcieron en una sonrisa insincera.

"¿Vanessa?", preguntó. Era extraño, porque ni siquiera quería que me reconociera. No quería que me conociera. Y sin embargo, sentí como un insulto añadido que ni siquiera pudiera distinguir a sus propias hijas.

"Miranda", le corregí, con la voz más ronca de lo que me hubiera gustado. No quería que pensara que tenía alguna influencia sobre mí.

"Por supuesto, Miranda", dijo, como si no acabara de confundirme con mi hermana. "Ahora puedo verlo".

Se había marchado cuando yo tenía seis meses, hacía veintisiete años. Era improbable que pudiera recordar cómo era yo de bebé. Odiaba tener cualquier relación con él. Saber que sólo había vuelto para mentir y tratar de robarle a mi madre me enfurecía tanto que me daban ganas

de saltar fuera de mi piel.

Decidí no decir nada más y tomé asiento junto a mamá. Papá se sentó a su otro lado y su abogado estaba junto a él.

"Soy Marcus King", se presentó el abogado de mi padre biológico. "¿Empezamos?"

Tenía una forma de hablar severa y directa. Con cuatro palabras captaba la atención de toda la sala.

Estudí al hombre que quería ayudar a mi padre biológico a arruinar nuestras vidas. No parecía tan malvado como había imaginado. Al contrario, era increíblemente atractivo. Tenía el pelo espeso y oscuro y los ojos azul oscuro. Sus pómulos afilados y sus rasgos prominentes combinaban a la perfección con su cuerpo bien tonificado, más delgado que el de Harrison. Parecía que todos los abogados de este bufete estaban buenos, mientras que el nuestro era corriente.

¿Sólo contratan a gente de agencias de modelos?

De nuevo mis pensamientos se desviaron hacia Harrison y no supe cómo detenerlos. Incluso sabiendo que trabajaba aquí no podía detener el deseo que sentía por él. Sólo me hacía sentir más culpable. Estaba aquí para apoyar a mi familia, no para desear al enemigo.

Tenía que concentrarme en ayudar a mis padres a salvar el restaurante y no ocuparme de un hombre al que sólo conocía desde hacía doce horas. Pero no podía evitar la sensación de que mi relación con Harrison volvería para atormentarme. Parecía demasiado irreal que trabajara aquí, precisamente en este bufete de abogados. ¿Lo de anoche fue un montaje?

¿Estoy siendo paranoica porque me siento amenazada, o es algo más que eso?

La reunión fue como cabía esperar. Mal.

El Sr. King argumentó que mi padre había tenido un restaurante y era cocinero antes de dejarnos. Como él señaló cuidadosamente, era lógico que un chef formado tuviera muchas más probabilidades de ser capaz de desarrollar esa receta para el éxito. A diferencia de mi madre, que no había recibido formación formal.

"El jurado lo verá de la misma manera", subrayó King.

"Es la receta familiar de mi cliente", argumentó nuestro abogado Graham.

"¡Entonces presente una prueba de propiedad!", exigió el Sr. King. No hubo pregunta, sólo una petición.

Graham miró a mi madre expectante.

"No tengo pruebas, me sé la receta de memoria porque me la enseñó mi padre", explicó mamá dócilmente.

Al crecer, siempre había visto a mi madre como una supermujer. Era fuerte, capaz y trabajaba muy duro para que viviéramos seguras y felices. Pero cuando mi padre biológico estaba en la misma habitación, parecía intimidada. Evitaba mirarle. De alguna manera, parecía como si quisiera acurrucarse dentro de sí misma e intentaba convulsivamente no hacerlo.

"Entonces tienes la opción de llegar a un acuerdo o luchar en los tribunales", resumió el Sr. King, como si fuera lo más fácil del mundo.

¿Cuánto le pagaba mi padre biológico? Un abogado en un bufete así tenía que costar mucho. Eso significaba que Paul no andaba escaso de dinero e intentaba sacar tajada del duro trabajo de mi madre. Tenía que ser vengativo. De alguna manera eso empeoraba las cosas. Nunca antes había sentido tanto desprecio por un ser humano.

"Oh, por favor, ¿después de una sola reunión? Sabes que no hay juez en este Estado que apruebe que este caso esté en su sumario sin ningún intento de mediación", dijo Graham en

nuestra defensa.

Lo único que sabía sobre la ley era lo que había visto en los programas de televisión, pero esperaba que Graham tuviera razón y nos diera más tiempo.

El señor King y mi padre biológico intercambiaron una mirada. Paul asintió.

"Pues bien", dijo el Sr. King. "Programaremos otra reunión. No es que sirva de nada".

El Sr. King se levantó para marcharse y Paul le siguió más despacio.

"Fue bueno verte de nuevo, Miranda. Después de tanto tiempo". Incluso logró sonar melancólico.

Lo ignoré. Sólo había dos posibilidades: O le ignoraba o habría explotado y no quería montar una escena.

Si tanto me echabas de menos, has tenido veintisiete años para rectificar.

No es que lo quisiera de nuevo en mi vida. No entendía cómo este hombre podía desencadenar en mí tantos sentimientos contradictorios en tan poco tiempo. Y ninguno de ellos era bueno.

Se fueron y mamá empezó a llorar de nuevo. Papá la abrazó, le acarició la espalda y le susurró palabras tranquilizadoras y de apoyo. No sabía qué hacer, tanto a corto plazo para consolar a mi madre como a largo plazo para poner fin a esta estúpida batalla legal.

"Hablemos más tarde", dijo Graham con simpatía. "Veré lo que puedo hacer para arreglar las cosas para usted, pero por favor considere un acuerdo. Eso ayudará a largo plazo".

Esto apenas me infundió confianza, pero estaba decidida a encontrar la manera de ayudar a mi familia de un modo u otro.

Mamá se calmó lo suficiente como para caminar, pero estaba pálida y temblorosa. Me sentí impotente y sólo quería que todo saliera bien. Mientras caminábamos de vuelta a la recepción, pasé por delante del despacho de Harrison y mis sospechas se acentuaron.

"Adelántense", les dije a mis padres. "Tengo que ocuparme de algo".

Estaban demasiado ocupados para preguntar y continuaron hacia la recepción.

Hice caso omiso de la asistente de Harrison, que estaba de pie fuera de su despacho como un perro guardián, e irrumpí en su oficina. Harrison levantó la vista de su portátil sorprendido, pero sonrió al verme. Su ayudante me siguió protestando, pero Harrison le hizo un gesto para que se fuera.

"¿Planeaste lo de anoche?", quería saber. En realidad, estaba medio convencida de que sí. ¿De qué otra forma se podía explicar que apareciera de la nada?

"¿De qué estás hablando?" Harrison frunció el ceño. Parecía realmente confuso.

Sí, y a los abogados les pagan sumas ridículas por mentir. Probablemente sea un maestro en ello.

"¿Querías sacarme información?", le pregunté. En el mismo momento recordé cómo me había ofrecido la oportunidad de echarme una buena bronca con él.

¿Qué tipo en busca de una aventura quería oír hablar de los problemas de una mujer? Fui una idiota por no darme cuenta de ello. Eso debería haber sido una señal de advertencia. Incluso había venido con amigos para distraer a Lucy. "¿Sobre nuestra situación financiera?"

Se levantó y fingió ofenderse.

"Miranda, yo nunca haría eso".

"¡Entonces explícame cómo puedes aparecer de la nada y comportarte como un caballero encantador la noche antes de que tenga una cita en el bufete de abogados donde eres un maldito socio!", exigí saber, apenas pudiendo contenerme de gritar.

"Fue una decisión espontánea", señaló Harrison. "William estaba en la ciudad y quería pasar un

buen rato, y yo odio ir a esos bares de lujo llenos de famosos de la lista D. Ni siquiera pensaba llevar a nadie conmigo hasta que te vi". Hubo una pausa. "Espera, ¿crees que soy encantador?"

Le miré fijamente y me negué a caer en sus trucos. Era imposible que me engañara dos veces.

"El Sr. King representa a...", me contuve. No quería darle más munición. "La persona que está demandando a mi familia, ¿y resulta que tú te acostaste conmigo la noche anterior? No me lo creo".

"Oh, conociste a Marcus, eso lo explica todo", dijo secamente.

"Deja de ser tan amable", le contesté.

A Harrison le brillaron los ojos ante aquel cumplido involuntario. Solo consiguió enfadarme más, y después de los horribles momentos que acababa de pasar, no estaba de humor para que se burlaran de mí.

"Puedo ver que estás molesta ..."

No iba a dejar que Harrison me aplacara. No era sólo rabia. Me sentía traicionada. Aunque apenas nos conocíamos, el sexo se había sentido... íntimo. Fue el mejor sexo de mi vida y el vínculo entre nosotros era fuerte.

Pensar que Harrison sólo se había aprovechado de mí me hacía sentir tan sucia como pensar quién era mi padre biológico.

"Claro que estoy molesta", dije levantando la voz. "Estoy molesta por haberme acostado con alguien en quien no se puede confiar y que tiene tan poca integridad".

Ni siquiera tuvo la decencia de defenderse de mis insultos. Quizá no fueran insultos si eran ciertos. Rodeó el escritorio y no pude interpretar su expresión. Fuera lo que fuese, estaba imperturbable. Casi le envidiaba por mantener la calma.

"No tengo nada que ganar en un caso judicial en el que no estoy implicado", replicó con severidad pero de forma controlada.

El problema de los abogados era que sabían tergiversarlo todo y convencer a la gente. Pero yo no estaba convencida, aunque los argumentos de Harrison tuvieran cierto sentido. Acababa de ver cómo Marcus King podía tergiversar la verdad.

"Sr. Blake", la asistente de Harrison entró en la oficina. "Su cita de las 12 está aquí".

Esa fue la señal para que me marchara. Hablar con Harrison no me llevaría a ninguna parte, con él no encontraría las respuestas -ni la redención- que buscaba.

"Miranda, espera", me llamó cuando me iba.

Dudé sólo un segundo antes de continuar. Estaba tan confusa que ya no sabía qué pensar y lo último que necesitaba era que un tipo amable con ojos conmovedores me cautivara aún más.

Capítulo 5

Harrison

Cuando Miranda se fue, me desplomé. Lo último que esperaba era volver a verla, y punto. Por no hablar de que se presentara en mi trabajo y me acusara de cosas de las que no tenía ni idea.

Ojalá hubiera podido convencerla de que yo no estaba implicado en un complot contra ella. Aunque no nos conocíamos, odiaba pensar que pudiera irse con una imagen falsa de mí.

Aunque no tenía nada que ver con su caso, seguía sintiéndome culpable. Había algo en ella que me hacía querer ayudarla.

El hecho de que estuviera tratando con Marcus King explicaba por qué estaba tan enfadada. Era muy bueno en su trabajo y luchaba por un puesto de socio como si su vida dependiera de ello. Se había ganado mucho respeto en el bufete porque tenía fama de resolver muchos más casos que de llevarlos a juicio, pero era tan bueno en los tribunales como en las negociaciones. Sus oponentes le temían con razón.

Para Marcus, no importaba si sus clientes eran culpables o no -algo que a veces me quitaba el sueño-, él los representaba a todos lo mejor que podía, como debería hacer cualquier abogado. Era un hombre recto, pero éstos eran los más peligrosos de todos.

Había visto la vulnerabilidad de Miranda, tanto en el bar como, más aún, cuando se puso como una fiera delante de mí. A cualquier otro lo habría echado de mi oficina. Pero a ella... Bueno, no me había hecho abogado porque odiara las discusiones. Era infinitamente encantador cuando me llamaba amable y encantadora mientras intentaba insultarme.

No había ayudado que su actitud combativa me pareciera excitante. En realidad era bastante excitante verla tan apasionada y real. No era como las mujeres con las que solía acostarme. La mitad del tiempo había soñado con apretarla contra la pared de cristal y besarla hasta dejarla sin sentido delante de todo el mundo.

Pero sabía que no podíamos volver a vernos. No sólo no era ético acostarme con alguien que estaba en el otro extremo de una disputa legal que implicaba a mi bufete, sino que además sabía que no saldría nada de ello.

Pero cuando pensaba en la noche anterior, mi determinación se hacía cada vez más débil. Todavía podía sentir lo que era sostener su esbelto cuerpo como había yacido tan perfectamente entre mis manos. Si cerraba los ojos, podía ver cómo me miraba mientras la lujuria empezaba a abrumarme. Y no era sólo el fantástico sexo. Había una chispa en ella que nunca antes había experimentado. Sólo quería saber más de ella.

¿De verdad tiene que ser tabú? No es que sepa nada del caso.

Tendría que pensar en eso en otro momento, porque mi próxima cita era aquí. Por muy fascinante que me pareciera Miranda, tenía que concentrarme en el trabajo.

Desmond Bennet, el hermano gemelo idéntico de Elliot, entró en mi despacho. Al igual que Elliot, Desmond era alto, rubio y parecía un vikingo. Pero Desmond tendía a ser más salvaje que Elliot, que era encantador e ingenioso pero podía parecer frío a la gente que no lo conocía. Probablemente por eso éramos amigos.

Aparte de las diferentes personalidades, Desmond no solía afeitarse a menudo y tenía barba incipiente en la cara casi constantemente. También llevaba el pelo más desordenado y prefería el peinado de "recién levantado" al moño de Elliot.

Los dos habían estudiado Derecho, pero a Desmond no le había ido bien y al final se había dedicado al sector inmobiliario. Este último le salió bien y tuvo mucho éxito. Yo me ocupaba de los asuntos legales y los contratos de Desmond, porque no era buena idea mezclar negocios y familia.

Saludé a Desmond con una sonrisa y un amistoso apretón de manos e hice todo lo posible por apartar a Miranda de mi mente mientras me centraba en las cosas que importaban y no en una fantasía nostálgica.

Pero la propiedad no era tan atractiva, así que mis pensamientos volvieron a ella. Me arrepentí un poco de haberla dejado marchar, disgustada y enfadada.

Miranda

El estrés de la cita me había hecho olvidar la resaca, pero al salir de la consulta, la cabeza volvió a palpitarme.

No ayudaba que siguiera enfadada con Harrison. Sólo quería irme a casa, tomarme un calmante, comer y ducharme. Preferiblemente en ese orden.

Mi teléfono zumbó con una notificación. Cuando la miré, casi se me paró el corazón. Una empresa de diseño de interiores me había escrito a través de LinkedIn. Al parecer, habían oído hablar de mí a través de uno de mis clientes autónomos y les había impresionado mi trabajo.

Cuando leí la siguiente parte del mensaje, apreté más fuerte el teléfono en la mano. Me ofrecían trabajo y querían que empezara inmediatamente.

Con las manos casi temblorosas por la sorpresa, me aseguré de que se trataba de una empresa seria y no de una estafa o un fraude. Pero era una empresa real, incluso una empresa de renombre. Eso era todo lo que esperaba. Se especializaban en diseño sostenible, algo que me apasionaba.

Pero había un problema. La empresa tenía su sede en Nueva York. Mi corazón latía de emoción y miedo. Era una oportunidad única en la vida, y justo en el momento equivocado. Y lo que era peor, me querían allí en una semana. Incluso me ofrecieron un alquiler subvencionado por un piso estupendo. Tenía dos días para decidirme.

Si hubiera sabido que a mis padres les iba bien, habría aceptado el trabajo inmediatamente. Estar cerca de Vanessa también habría sido estupendo. Pero, ¿cómo iba a marcharme en un momento así? Nunca había visto a mamá tan destrozada, y papá también estaba muy agobiado. No podía abandonarla, ¿verdad?

¿Y si mamá me necesita y estoy en la otra punta del país?

¿Qué debía hacer? No había una buena respuesta. O seguía mi sueño y abandonaba a mis padres cuando más me necesitaban, o renunciaba al trabajo de mis sueños y permanecía al lado de mi familia.

Parecía una broma cruel. Sobre todo después de todo lo que había pasado hoy. Tuve suerte de que el trabajo con el que soñaba desde que era adolescente tuviera semejante trampa. Nunca nada fue fácil.

Cogí un taxi y me fui a casa, con la cabeza dándome vueltas y el corazón encogido.

Harrison

Llevaba todo el día pensando en Miranda. Normalmente no tenía problemas para concentrarme en el trabajo, pero hoy ella me daba vueltas en la cabeza en un bucle sin fin. Quería encontrarla, hablar con ella.

Pero sabía que si me involucraba, metería la pata con Marcus y eso podría causar un gran revuelo en la empresa. No quería poner en peligro mi trabajo, y menos por una mujer. Una mujer muy sexy, apasionada e interesante.

Me sacudí y decidí ir al gimnasio de boxeo de camino a casa. Unas cuantas rondas en el ring me despejarían la cabeza y me harían olvidar a Miranda.

Cuando entré en el gimnasio de boxeo, estaba decidido a olvidar el día. El sonido de los guantes golpeando el saco de boxeo resonó por todo el gimnasio mientras me dirigía al cuadrilátero. Después de ponerme los guantes, entré en este y las cuerdas me rodearon.

Mi compañero de sparring se balanceaba ligeramente sobre las puntas de los pies y estaba listo para comenzar nuestro entrenamiento. Cuando empezamos el intercambio de golpes, intenté concentrarme en los golpes que me llegaban y en los movimientos de mi oponente. Pero por más que lo intentaba, los pensamientos sobre Miranda seguían metidos en mi cabeza.

La forma en que sonreía, el rubor de sus mejillas y su pasión, tanto dentro como fuera de la cama, no me dejaron en paz. Me sacudí para despejarme y asesté un golpe a mi oponente. Mientras seguíamos luchando, me lancé a entrenar, con la esperanza de que el esfuerzo físico bastara para alejar a Miranda de mis pensamientos. Pero cada vez que recuperaba el aliento, su rostro reaparecía y me recordaba que no podía apartarla de mis pensamientos.

Por mucho que intentara bloquear sus imágenes, concentrarme en mi juego de pies y mis golpes, era como luchar contra un oponente con dos cabezas.

Solté un gruñido frustrado y lancé un gancho salvaje que falló por completo ante mi compañero de entrenamiento. Necesitaba desesperadamente controlar mis pensamientos, concentrarme en el presente y en la tarea que tenía entre manos. Pero mientras seguía entrenando, mi mente no dejaba de pensar en ella. Pensaba en ella en mi despacho, en su cara de enfado y desesperación, en las acusaciones que me hacía. Tenía que haber una forma de dejarla marchar, pero no estaba seguro de estar preparado.

Al final de nuestro entrenamiento estaba sudado, dolorido y no estaba más cerca de sacarme a Miranda de la cabeza que antes.

Quizá sea el misterio lo que me cautiva.

Tenía curiosidad por saber de qué se trataba el caso con Marcus y por qué Miranda estaba tan alterada. Si lo averiguaba, quizá podría superar por fin mi preocupación por ella.

En realidad, no debería importar, pero también quería demostrar que no era el hombre que ella creía. No había elegido la profesión de abogado para joder a la gente. No era como mi padre, que se había pasado la vida representando a clientes que podían salir impunes de todos los escándalos y delitos que habían cometido. Había disfrutado jodiendo a toda la gente que consideraba inferior a él. Y eso nos incluía a mi madre y a mí.

Jadeando, me senté y me quité los guantes. Deseé tener energía suficiente para otro asalto. O al menos para golpear un saco de boxeo. Suspirando, cerré los ojos un momento. De un modo u otro, tenía que acabar con Miranda, luego podría seguir adelante y todo esto no sería más que una nota al margen de la que apenas podía acordarme.

Me duché en los vestuarios y me fui a casa. Una vez allí, cogí un melocotón como tentempié y me senté en la mesa de la cocina con mi portátil. Entré en la base de datos interna del bufete y miré el caso de Marcus. Nada confidencial, sólo las líneas generales del caso para hacerme una idea.

Era un caso de propiedad intelectual. El cliente de Marcus, un chef llamado Paul Gunn, demandó a una tal Catherine Davenport, propietaria de Heartland Kitchen, alegando que le había robado una receta.

Descubrí que Catherine Davenport era la madre de Miranda y que el restaurante estaba en Highland Park, un barrio ecléctico con una activa escena artística y cultural.

Por las fotos que había en Internet, parecía un bonito local con temática del Medio Oeste. Era tan diferente de los habituales restaurantes ostentosos que iban y venían por Los Ángeles, siempre siguiendo la última tendencia y desesperados por atraer a famosos e influencers. Este era un lugar acogedor para gente real. Ya me gustaba.

Si quería volver a encontrar a Miranda y convencerla de que no era un mal tipo, éste sería el lugar para hacerlo. Pero mi curiosidad aún no estaba satisfecha y escarbé un poco más. Lo que encontré casi me rompe el corazón.

Paul Gunn era el padre de Miranda. Había registros públicos del divorcio de Catherine Davenport. Paul Gunn no pudo ser encontrado en ese momento para entregarle los papeles del divorcio.

¿La abandonó y ahora quiere demandar a la madre de Miranda? Qué imbécil.

Sabiendo todo sobre padres de mierda, esta información me dio una nueva conexión con Miranda. Entonces dejé de indagar, no porque mi curiosidad estuviera satisfecha, sino porque no quería violar la intimidad de Miranda. Todo era de dominio público, pero cuanta más compasión sentía por ella, más incómodo me sentía indagando en su pasado.

Tenía claro por qué se había enfadado tanto y me había atacado. Desde que su padre había reaparecido para demandar a su madre, no era de extrañar que dudara de mis motivos. Fue una gran coincidencia que me encontrara con ella la noche antes de la cita. No había sido planeado, pero no podía evitar preguntarme si estaba predestinado. Tal vez el destino me había llevado a aquel bar aquella noche para que pudiera ayudar a Miranda.

Mientras crecía, mi madre siempre había dicho que el universo encontraría la manera de arreglar las cosas. En mi adolescencia, había descartado su creencia como un mecanismo de supervivencia, una forma de consolarse cuando las cosas empeoraban entre ella y mi padre. Pero ahora empezaba a preguntarme si no habría algo de cierto.

¿Cómo crees que le va a Miranda? Quizá al menos podría darle algún consejo legal.

Pero entonces lo vi claro. Si me involucraba, no sólo podía tener problemas con Marcus, sino también poner en peligro mi puesto en el bufete. Un rollo de una noche con alguien que no conocía y que resultaba estar implicado en un caso era una cosa. Pero, ¿implicarme en sus problemas legales? Eso era otra.

Lo más lógico sería olvidarlo todo, que Miranda fuera un bonito recuerdo y ya está. En mi época escolar había aprendido a mirar las cosas objetivamente y a dejar las emociones al margen. Se me daba muy bien ocultar ese lado de mí mismo y podía ser ético y distante. Pero una parte de mí siempre se había preguntado dónde estaba la línea entre lo ético y lo bueno.

Toda mi vida había seguido la lógica y me había servido bien. A los treinta años, me había convertido en socio de esta empresa. Mi vida era buena. Cómoda.

¿Cómo llego a plantearme esta pregunta?

Estaba claro lo que tenía que hacer. Lo había hecho toda mi vida. Seguí el camino que se me había dado e intenté utilizar mi posición para el bien. La voz de Miranda resonó en mi cabeza.

Estoy enfadada por haberme acostado con alguien en quien no se puede confiar y que tiene tan poca integridad.

No se trataba sólo de que odiara que pensara así de mí. Se trataba de que yo también tenía que vivir conmigo. Por la razón que fuera, pero mi corazón me decía que tenía que hacer lo correcto, aunque fuera una zona ética gris. ¿Quizás había una forma de ayudar sin cruzar una línea? Decidí investigar un poco el caso. Si quería ayudar a Miranda, necesitaba saber más.

Capítulo 6

Miranda

Cuando Lucy llegó a casa del trabajo aquella tarde, yo ya no tenía resaca y me sentía un poco más tranquila. Le conté lo de la reunión, sin mucho que decir. Mamá seguía demandada, mi padre biológico seguía siendo un imbécil y no estábamos cerca de una solución.

"Y tengo una oferta de trabajo", suspiré.

"Dios mío, esto es increíble", exclamó Lucy. Luego hizo una pausa y frunció el ceño. "¿Por qué no estás contenta?"

Gemí de frustración. Llevaba todo el día dándole vueltas a la oferta y aún no sabía qué hacer.

"Porque es en Nueva York y quieren que empiece la semana que viene", expliqué, deseando alegrarme.

"Oh, mierda", se arrepintió. Sabía exactamente por qué eso era un problema.

"No sé qué hacer", gemí. "Esto es todo lo que siempre he querido, y ahora no puedo arriesgarme y salir corriendo. No sé si puedo dejar a mis padres ahora. Deberías haberlos visto, Lucy. Fue desgarrador. Nunca los había visto tan estresados y deprimidos".

Lucy me abrazó y me dio un apretón. Le devolví el abrazo y me sentí un poco mejor con su apoyo.

"Entiendo perfectamente por qué es una decisión difícil", dijo. "Si quieres hacer una lista de pros y contras o simplemente hablar de lo injusto que es, soy todo oídos".

"Gracias, pero necesito tomarme un descanso, llevo todo el día estresada", le contesté.

"En ese caso, pediré una pizza y veremos la tele, ¿qué te parece?", preguntó con una cálida sonrisa. "Y he comprado más helado porque ayer me lo comí todo".

"Eso suena perfecto", sonreí. "Eres la mejor".

Después de que Lucy pidiera una pizza de pepperoni para las dos, por fin le conté la otra cosa que me había estado dando vueltas en la cabeza como un torbellino.

"Hay algo más", dije. "El tipo que conocí ayer, Harrison. Trabaja en el bufete de abogados".

"Espera, ¿qué?", dijo Lucy sorprendida.

"Exacto". Estuve de acuerdo con su reacción. "¿Cuáles son las probabilidades de que trabaje allí, de todos los lugares? En el mismo bufete de abogados que representa a mi padre biológico de mierda".

"Sí", dijo Lucy, pero entonces sus ojos empezaron a brillar. "Quizá la demanda resulte ser algo bueno".

La miré como si se hubiera vuelto loca.

"No puedes hablar en serio, ¿verdad?", pregunté, casi ofendida.

"Sólo estoy diciendo que tal vez tú y Harrison están destinados a estar juntos", dijo con indiferencia. "La verdad está del lado de tu madre, por difícil que sea todo esto. Tengo fe en que ustedes ganarán esta cosa. Y tal vez todo valga la pena al final, cuando por fin encuentres al hombre con el que estás destinada a estar el resto de tu vida."

Lucy dejó que su corazón romántico se interpusiera en el camino del sentido común. Apreciaba que sólo quisiera lo mejor para mí, pero dudaba de que tuviera razón. No importaba cuántas veces recordara a Harrison y las pocas horas que habíamos pasado juntos. Eso fue antes de saber quién era.

"Los abogados son gente sin escrúpulos", negué con la cabeza. "No me lo puedo imaginar". Se encogió de hombros: "Mantén la mente abierta. Nunca sabes lo que te deparará la vida". *Sí, pero suele traer cosas malas consigo.*

"¿Has visto a Elliot?", preguntó Lucy con demasiada indiferencia. De repente me sentí un poco mal porque no me había interesado en absoluto por sus sentimientos. Obviamente, esperaba que ella y Elliot tuvieran algo que ver.

"Lo siento, no lo hice."

No parecía muy disgustada. "No pasa nada, está bueno, eso es todo".

Elliot no era para nada mi tipo, pero podía entender por qué Lucy estaba tan encaprichada con él. Esperemos que no fuera tan astuto como Harrison.

Llegó la pizza y nos sentamos a ver un espectáculo de danza. Aún no habíamos visto unos cuantos, así que pudimos verlos enteros y era justo la velada que necesitaba después de los acontecimientos de hoy. Compartimos una copa de helado, que remató la velada.

La velada con Lucy me distrajo de mis problemas durante unas horas, pero cuando me fui a la cama volvieron. Me quedé mirando el techo. Habían pasado tantas cosas desde que conocí a Harrison hacía apenas veinticuatro horas. Todo aquello me había provocado un latigazo emocional.

Había tantos sentimientos encontrados sobre tantas cosas. La oferta de trabajo me pesaba mucho. Por fin podría hacer algo por mí misma en un sector que me encantaba. Era el tipo de oferta con el que había soñado durante años y, además, habría sido el último paso para separarme completamente de George por dentro. Un nuevo comienzo. Pero el precio era alto. El sustento de mis padres estaba en juego y podíamos perder el restaurante, que no sólo era importante desde el punto de vista económico, sino también emocional.

No había una respuesta sencilla. O mis ambiciones o mi familia. En mi mente pensaba en lo que podría pasar si aceptaba el trabajo.

¿Podría triunfar en un futuro en una empresa tan grande? Seguro que les gustaba mi trabajo como autónoma, pero me preguntaba si tenía lo que hacía falta para algo tan grande. Pero aunque me fuera bien... Nunca podría disfrutar del trabajo ni sentirme orgullosa de mí misma si la vida de mis padres se desmoronaba sin mi apoyo.

Por duro que fuera, había tomado una decisión. Cogí el teléfono y envié una respuesta declinando amablemente el trabajo, alegando una emergencia personal y dándoles las gracias por la oportunidad. No quería quemar ningún puente, aunque no esperaba volver a saber nada de ellos. Hicieron que el trabajo pareciera codiciado y que, sin duda, no volverían a pensar en mí después de que declinara su oferta.

Me entristeció dejar pasar esta oferta, pero estaba segura de haber tomado la decisión correcta. En el fondo sabía que mi familia me necesitaba y no podía ignorarlo.

Después de tomar una decisión, me dispuse a dormir y a guardar el teléfono. Pero sin la oferta de trabajo en la cabeza, no pude evitar que mi mente vagara hacia Harrison.

¿Es realmente tan malo como creo?

Aunque no le creía a Lucy que fuera cosa del destino, me preguntaba si me había precipitado al juzgar a Harrison. Mis sentimientos se habían calmado un poco y podía aceptar la posibilidad de que sólo hubiera sido una coincidencia. Tal vez. No era el tipo de persona que insistía en que nunca se equivocaba.

Curiosa, volví a coger el teléfono y decidí buscarle. Si conseguía averiguar qué clase de hombre era, tal vez podría averiguar si todo esto era un golpe planeado.

Había muy poca información sobre él en Internet. Ni siquiera pude encontrar un perfil en las redes sociales. Estaba claro que era una persona reservada. Encontré una pequeña biografía sobre él en el sitio web de su bufete de abogados.

Había nacido en Los Ángeles, como yo. Decía que el padre de Harrison también había sido un respetado abogado y su madre profesora. Sus abuelos maternos habían emigrado de Chile en los años cincuenta. Eso no me dio mucha información sobre quién era Harrison como persona, pero pensé que era bueno saber un poco más sobre él.

Lo que realmente me llamó la atención fueron sus fotos. Estaban hechas con profesionalidad, como si hubieran sido tomadas en un estudio. Esto alimentó mi sospecha de que el bufete contrataba en secreto a modelos para que se hicieran pasar por abogados. Si no hubiera visto el trabajo del Sr. King en directo, incluso podría haberlo creído.

En las fotos parecía que Harrison buscaba una expresión seria. Estricta, incluso. Y lo consiguió. Pero lo único que me llamó la atención fue la intensidad de sus ojos y la forma de su mandíbula. Aquellos labios rosa pálido que me habían besado tan intensamente, que me habían hecho sentir tan bien cuando me había devorado literalmente.

Nunca me había excitado tan rápido. Anoche Harrison me había hecho ver estrellas. En el fondo, deseaba volver a sentirlo.

Apreté las piernas y supe que nunca me dormiría si no me ocupaba primero de mí misma. Me di la vuelta y saqué el vibrador del cajón. Me quité el pantalón del pijama y deslicé el vibrador entre las piernas para dar rienda suelta a mis pensamientos.

Una vez más miré las fotos de Harrison y pensé en la expresión de su cara cuando estaba encima de mí y me penetraba. Era increíble. Se me curvaban los dedos de los pies sólo de pensarlo.

En mi mente, le monté y tomé el control. Despertó en mí una audacia que nunca antes había sentido. Cómo me habría gustado poner mis manos sobre su pecho bien entrenado, sentir los pocos pelos que tenía. Quería que perdiera el control, que empujara dentro de mí, que jadeara y se retorciera mientras yo obtenía placer de él.

Tras subir la intensidad de mi vibrador, no tardé en retorcerme y enterrar la cara en la almohada para que Lucy no me oyera gemir. Mientras me corría, pensé en Harrison gimiendo en mi cuello y mi cara. Mis propios jadeos ahogados se mezclaban con el eco de su placer.

Satisfecha y somnolienta, guardé el vibrador e intenté no pensar demasiado en lo que significaba que sólo pensar en Harrison mejorara mis orgasmos. No tenía por qué significar nada si yo no lo permitía.

Capítulo 7

Harrison

Cuando me desperté a la mañana siguiente, las ganas de ayudar a Miranda no me habían abandonado. Al contrario, me sentía aún más decidido, sobre todo después de conocer su situación económica. Había visto a tanta gente buena abandonar sus casos porque no podían permitirse seguir luchando. Por eso había hecho mucho trabajo pro bono y mi bufete me dejaba hacerlo porque les hacía quedar bien.

Con la esperanza de conseguir el número de Miranda, fui al restaurante de su familia. Abrían para el brunch y pensé que yo también comería allí. Un copioso desayuno del Medio Oeste sonaba perfecto para un sábado por la mañana. Todos los platos de la página web del restaurante tenían una pinta deliciosa y se me había antojado desde la noche anterior.

No fue un largo trayecto en coche desde mi ático en West Hollywood hasta el restaurante. No había mucho tráfico y tardé menos de media hora. Las fotos que había visto eran estupendas, pero no hacían justicia a Heartland Kitchen. El local tenía un encanto acogedor desde fuera. El edificio de una sola planta tenía una fachada de ladrillo rojo y grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. Las macetas se alineaban en la fachada del edificio y me sentí más como si estuviera entrando en una casa que en un restaurante.

En el interior, la habitación había sido decorada con buen gusto, con una mezcla de toques modernos y vintage que creaban un ambiente acogedor y elegante. Las paredes se habían pintado en tonos suaves y neutros que complementaban los cálidos toques de madera y el mullido mobiliario de toda la estancia.

En una pared colgaba una gran pizarra con el menú, que mostraba los ingredientes de temporada y de origen local del restaurante. Del techo colgaban lámparas colgantes y bombillas Edison que bañaban el comedor con una luz cálida.

Miranda había dicho que era diseñadora de interiores y me pregunté si tendría algo que ver con la preciosa habitación.

El local estaba bastante concurrido, pero aún quedaban algunas mesas vacías, incluidas una o dos zonas de asientos que daban a la calle. No era de extrañar que estuvieran pasando apuros económicos, con los precios de los alquileres en Los Ángeles.

Un hombre de la recepción me sentó en una mesa al fondo del restaurante y me dio el menú del brunch. La cazuela de desayuno con salchichas, champiñones, queso y hashbrowns sonaba tentadora, pero vi un plato de tortitas de arándanos y el olor era demasiado apetitoso para resistirse.

Cuando mi camarera se acercó, mi corazón latió un poco más rápido. Miranda llevaba una camiseta blanca y un delantal verde oscuro como el resto del personal.

¿Estaba mintiendo cuando dijo que era diseñadora de interiores?

Pareció aún más sorprendida al verme, porque se detuvo y sus ojos se agrandaron. ¿Se le habían vuelto a enrojecer las mejillas o eran imaginaciones mías porque me gustaba así?

¿Imaginaciones?

"Hola", dije y sonreí. Se recuperó del susto y acortó la distancia que nos separaba.

"¿Has venido a burlarte de mí?", preguntó entrecerrando los ojos.

"No", le contesté, "estoy aquí porque quiero ayudarte a ti y a tu familia a encontrar una salida a

su dilema legal".

"¡Así que sí conoces el caso de mi madre!", siseó Miranda con el mismo tono de voz reservado para los "te lo dije".

"Ahora lo conozco", la corregí y su reacción me siguió pareciendo encantadora. Me moría de ganas de sacarla de sus casillas. "Anoche investigué el caso. Pensé que al menos debía saber de qué me acusabas".

"¿Y tú quieres ayudar? ¿Cómo?", preguntó con una ceja levantada. Me entraron ganas de quitarle la mirada escéptica de la cara, pero sabía que no era lo correcto.

"Quiero comprar la deuda de tu familia y ayudarte a salvar el restaurante", le expliqué.

No sería la primera vez que tuviera que lidiar con una quita de deudas. Se trataba de un sistema fraudulento en el que las deudas podían comprarse por una fracción de su precio siempre que uno mismo no estuviera endeudado. Una vez que alguien la poseía, podía cobrarla o perdonarla y condonarla. Yo había hecho esto último siempre que había podido. Pero también sabía que a la gente le costaba aceptar limosnas, y quizá Miranda y yo pudiéramos conseguir algo que ambos quisiéramos. "Pero sólo si me das una oportunidad y me aceptas salir a cenar".

Miranda me miraba fijamente. Tuve la sensación de que me pesaban el alma.

"¿Por qué?", preguntó simplemente. "¿Por qué harías eso por una completa desconocida?"

"Yo no diría que somos exactamente desconocidos", me reí, pero enseguida me di cuenta de que no era el momento adecuado para bromas. "Porque... Odio ver cómo se jode a la gente buena sólo porque no puede permitirse seguir luchando. Todos deberíamos ser iguales ante la ley, pero rara vez es así. Intento nivelar el terreno de juego cuando puedo".

En realidad, tenía más cosas que decir, pero me contuve. No estaba seguro de si debía mencionar mis sospechas sobre su padre y, desde luego, no quería empezar a indagar en mi propia historia familiar. Tal vez estaba completamente equivocado.

Iba en contra de mi propia empresa y eso podía poner en peligro tanto mi trabajo como mi reputación. Pero no podía acallar la voz en mi cabeza que me decía que tenía que ayudarla y que tenía que volver a verla. Me era imposible cortar la fuerte conexión que sentía con Miranda y su familia.

"¿Y por qué quieres cenar conmigo?", instó Miranda. ¿Eso significaba que me creía?

"Tal vez quiero demostrarte que no soy la persona que crees que soy", dije en voz baja. Era un terreno nuevo para mí. Había crecido con un padre crítico al que nunca pude hacer sombra y, de adulto, había jurado no volver a intentar demostrarle nada a nadie. Pero esto era diferente. Asustaba, pero no era malo.

Esperé la respuesta de Miranda. Los segundos se alargaron inimaginablemente.

"Bien", dijo ella, sin hacer ninguna mueca. "Pero sólo porque tengo curiosidad".

Intenté no sonreír demasiado.

"Aquí está mi número", le dije, sacando mi tarjeta de visita y entregándosela.

La cogió y, cuando nuestros dedos se tocaron, tuve que contenerme para no agarrarle la mano. Sacó el móvil y me envió un emoji con una balanza.

¿La balanza de la justicia? Qué mono.

"Y ahora tienes mi número", dijo, y su tono reveló que le parecía una idea descabellada. No pude discutir con ella. "¿Quieres pedir algo?"

Asentí con la cabeza. "Sí, quiero pedir las tortitas de arándanos y un espresso, por favor".

"Enseguida", dijo Miranda. Miré detrás de ella y noté cómo su hermoso culo se contoneaba al caminar.

Cuando Miranda volvió con mi comida, también puso buñuelos de manzana con ella.

"Invita la casa", dijo con firmeza, sin permitir objeción alguna. Sabía que no debía presionarla. "Son la especialidad de mamá, no puedes almorzar aquí sin probarlas".

"Estoy deseando probarlas", dije con una leve sonrisa.

Los buñuelos estaban increíbles. Cuando les di el primer mordisco, me recibieron con una cálida y reconfortante explosión de sabor. El exterior estaba perfectamente crujiente y dorado, con un crujido satisfactorio que daba paso a un centro suave y tierno. Las manzanas del interior estaban perfectamente cocinadas y ofrecían un delicioso contraste de textura y sabor con cada bocado.

Pude saborear el cuidado y la atención al detalle con que se habían preparado. Cada bocado era un equilibrio perfecto de dulce y ácido, con la cantidad justa de canela para darles un toque cálido y picante.

Le di una propina a Miranda, que cubría con creces el coste de los buñuelos, y me fui antes de que pudiera discutir conmigo.

Miranda

Cuando descubrí que Harrison había pagado cien dólares de más, sentí una mezcla de frustración y diversión. No estaba segura de por qué le importaba tanto mi opinión sobre él, y seguía sin estar segura de poder confiar en él. Yo no era una persona que se pudiera comprar, pero no podía negar que sin deudas teníamos una oportunidad en la vida. ¿Y todo esto por el precio de una mísera cena con un hombre atractivo? Sería una tonta si no la aceptara.

Además, tenía curiosidad por conocerle un poco mejor. O el hombre era un santo o un completo bicho raro. ¿Por qué si no iba a hacer esto por mí y por mi familia?

Mis cavilaciones se interrumpieron cuando recibí un mensaje de texto de un número desconocido.

Número desconocido: Hola Miranda, soy papá.

Número desconocido: Significó tanto para mí conocerte por fin ayer.

Número desconocido: Me preguntaba si estabas libre para tomar un café hoy. Me gustaría conocerte mejor.

Sorprendida, me quedé mirando el teléfono. Mi primer instinto fue negarme. Incluso antes de toda esta historia, no quería tener nada que ver con él. ¿Y ahora? ¿Tenía la desfachatez de ponerse en contacto conmigo? En realidad, quería borrar el mensaje inmediatamente, pero me detuve.

¿Y si pudiera obtener información sobre la demanda? ¿Averiguar por qué está haciendo esto?

Haría lo que fuera para ayudar a mamá. Acepté dinero para una cita de un tipo que apenas conocía. Si aceptaba esta invitación, podía enfrentarme a mi padre biológico durante media hora e intentar recabar información.

Miranda: Estoy libre esta tarde a las 3:00 pm. En qué cafetería podemos vernos?

Esperaba no estar cometiendo un error, pero tenía que hacer todo lo que estuviera en mis manos para ayudar a mamá. Tal vez una parte de mí quería saber si había algo en ese hombre con el que compartía la mitad de mi sangre que no fuera odioso.

Quedamos en un café de West Hollywood. Era un lugar hipster chic donde el café era caro pero muy bueno. Vi a Paul en una mesa fuera, sonrió cuando me vio pero no llegó a sus fríos ojos.

"Hola, Paul", le dije. Puso cara de decepción cuando le tuteé. ¿Era un indicio de fastidio? Se fue antes de que pudiera averiguarlo. "¿Cómo estás?"

Era extraño no conocer a mi propio padre. Hasta ahora, este hombre sólo había sido un concepto para mí. Un hombre del saco del pasado de mi familia. Pero aquí estaba en la realidad, y esta vez estaba mejor preparada para ello.

"Me alegro de verte", dijo Paul. Incluso sonaba sincero. "¿Y cómo estás tú?"

"Bien", respondí cortésmente. Pero no estaba bien, no mientras amenazara la existencia de mi familia. "¿Pedimos algo de comer?"

Entramos y Paul charló sobre el café y nuestras preferencias. Me incomodó saber que ambos éramos fans de un buen moca. Pero intenté decirme a mí misma que no era genético. Sólo había un número limitado de bebidas con cafeína.

Cuanto más hablábamos, más cosas parecíamos tener en común. De hecho, tardé unos minutos en darme cuenta de que Paul era el que hacía preguntas y mentía sin esfuerzo para dar la impresión de que éramos parecidos. Cada oportunidad que tenía para establecer una conexión entre nosotros, la aprovechaba.

Mientras nos sentábamos fuera con nuestros dos mocas, esperaba que no le gustara nada y odiara cada sorbo de su bebida.

"Sé que me he perdido muchas cosas", dijo Paul, puntuando cada palabra con pesar y tristeza melancólica. "Pero quería que supieras que estoy aquí para ti si alguna vez necesitas ayuda. No importa con qué. Incluso con dinero. No pude ser el padre que quería ser para ti y tu hermana. Ojalá hubiera podido, pero..."

"¿Pero qué?", pregunté, curiosa como era. Quería saber por qué se había marchado. Mi hermana ya tenía cuatro años, pero yo aún era una bebé. Una parte de mí siempre se había preguntado por qué yo era la gota que colmaba el vaso.

"Seguro que tu madre te ha contado su versión de los hechos", dijo con cuidado.

También conocida como la verdad.

Asentí para que continuara.

"Por supuesto que nadie se pone en evidencia", dijo Paul a la defensiva. "Siento ser yo quien tenga que decirte esto, pero la verdad es que Catherine me engañó. Yo no la dejé, ella me dejó a mí. Supongo que debería alegrarme por ella de que siga con Anthony. Pero es difícil, considerando que también me quitó a mis hijas. La ley es parcial contra los hombres, ya sabes. Por eso las madres siempre acaban quedándose con la custodia de los niños, sin importar lo que hayan hecho mal."

Cuanto más hablaba Paul, más me daba cuenta de lo mala idea que era. Mentía con tanta profesionalidad y lo formulaba todo al grano. Sabía exactamente cómo apelar a cada emoción, cómo tergiversar cada palabra. Era tan carismático como los líderes de las sectas. Tan suavemente manipulador que incluso cuando sabes la verdad, empiezas a cuestionarte.

Pero yo sabía la verdad. Recordé la primera vez que había conocido a Anthony, a pesar de ser tan joven. Mi hermana Vanessa y yo habíamos sido las niñas de las flores en su boda. Mamá sólo había empezado a ser voluntaria después de que Paul la dejara. Era imposible que nos hubiera

mentido.

Además, no había forma de que ella hubiera hecho eso. Mamá era leal y buena. No como ese gilipollas que sólo pensaba en mentir y hacer daño a la gente. Cuanto más hablaba, más lo despreciaba. Tenía ganas de salirme de mi propia piel.

Nunca admitiría sus errores. Y con su forma de mentir, nunca le sacaría ninguna información útil.

"Ha sido un error", dije y me puse de pie de repente. Me sentía agitada, ansiosa. Sólo unos minutos con Paul y ya sentía los efectos de su manipulación.

Mamá había tenido que aguantar eso durante años, y yo sabía que él también la había golpeado. Yo siempre había estado de su parte, pero ahora entendía por qué había dicho que fue un alivio cuando nos dejó.

"Miranda, sé que es difícil escuchar la verdad, pero..."

Le interrumpí. De ninguna manera escucharía más mentiras y no me involucraría con un hombre como él. Nunca más.

"Tus promesas y tus mentiras no significan nada para mí", dije levantando la barbilla. "No quiero una relación contigo. No vuelvas a contactar conmigo".

Dejé a Paul atónito en la mesa y me marché. Cogí un taxi y, cuando ya estaba a salvo en el coche de camino a casa, me di cuenta de que me temblaban las manos. Aunque sólo había estado hablando, una parte instintiva de mi cerebro sabía que era una amenaza. Ni siquiera noté el zumbido de la adrenalina hasta que se detuvo. Mentalmente, estaba completamente agotada. ¿Cómo había sobrevivido mamá? Era más fuerte de lo que pensaba.

Mi experiencia con Paul también me preocupó con respecto a la demanda. Era convincente. Si llegaba a juicio, temía que tuviera al jurado en sus manos. El miedo se apoderó de mi estómago.

Pero no podía dejarle ganar. Después de conocerle mejor, estaba más decidida a proteger a mi familia y hacer las cosas bien. Incluso si eso significaba aceptar la oferta de Harrison para comprar la deuda del restaurante. Confiaba más en él que en Paul.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Harrison.

Miranda: ¿Qué tal si cenamos esta noche?

Capítulo 8

Miranda

Fui a casa a prepararme para mi cita con Harrison. Una parte de mí estaba deseando volver a verle, lo que me hacía sentir culpable. Aún no estaba del todo segura de sus motivos -parecía demasiado bueno para ser verdad- y era socio del bufete de abogados que representaba a Paul.

Lucy me ayudó a elegir la ropa. Harrison quería llevarme a un restaurante elegante y yo quería estar guapa. Revisamos mi ropa y me probé diferentes conjuntos. Estaba muy nerviosa porque hacía siglos que no tenía una cita. Al mismo tiempo, sabía que eso era sólo una parte de la verdad. Principalmente, estaba nerviosa por volver a ver a Harrison. También sabía que quería hacerlo lo mejor posible.

Finalmente, con la infinita paciencia y ayuda de Lucy, me decidí por un vestido de té estilo años cuarenta. El vestido azul oscuro tenía mangas abullonadas y un delicado estampado de pájaros en color crema. Lucy se ofreció a maquillarme y yo acepté agradecida. Sabía maquillarme mucho mejor que yo.

"Si no dejas de fruncir el ceño, tu maquillaje quedará completamente desigual", me reprendió Lucy.

"Lo siento", murmuré, intentando relajar el rostro.

Lucy cogió el pincel de maquillaje, pero se detuvo una vez más.

"Muy bien, Srta. Despreocupada", dijo, echándose hacia atrás y guardando el cepillo. "Has estado distraída todo el día y esa línea entre tus ojos se está haciendo más profunda. Eso no parece sólo nerviosismo de primera cita".

"Hoy me he reunido con mi padre biológico", le expliqué. Aún no se lo había contado a nadie.

Lucy enarcó las cejas. "Así que supongo que no ha ido bien porque estás muy preocupada".

"Salió tan bien como cabía esperar", suspiré. "Resulta que los hombres que golpean a sus mujeres y abandonan a sus hijos son gente de mierda".

"Lo siento, Miranda", dijo, apretándose la rodilla.

"No pasa nada", me encogí de hombros. "No esperaba que fuera decente, sólo que no pensé que me sorprendería así".

"Debió de ser muy duro", me dijo. Tuve suerte de tener una amiga con la que era fácil hablar de ello.

"No es sólo eso", le expliqué. "La disputa legal es mi mayor preocupación, por supuesto. Por eso acepté reunirme con Paul. Y por eso voy a esta cita esta noche".

Lucy frunció el ceño. No sabía nada de la oferta de Harrison. Una parte de mí se avergonzaba de haberlo considerado siquiera.

"¿Qué significa eso?", quiso saber.

"Harrison se ha ofrecido a comprar la deuda del restaurante para ayudarnos", dije.

"Vaya, ¿así que tiene gravilla?", preguntó.

"Creo que sí". Me encogí de hombros.

"A ver si lo entiendo", dijo, estirando los dedos y contando cada punto. "Está bueno. Es rico. Quiere ayudarte. Ding ding ding, ¡tenemos un ganador!"

No pude evitar reírme.

"Sí, también es abogado del bufete que demanda a mi madre", añadí. "Y me pidió una cita a

cambio de su ayuda".

"Así que no es perfecto", dijo Lucy con un poco de sarcasmo. "¿Quién lo es?"

Negué con la cabeza, pero cuando se lo había contado a Lucy me había quitado un peso de encima, aunque seguía sin estar muy segura.

"¿Sabes, Miranda?", dijo de repente Lucy con seriedad, "entiendo por qué dudas, de verdad. Pero digamos que todo sale bien, el restaurante se salva, tu familia está bien, consigues el trabajo de tus sueños y la vida es todo lo que querías que fuera. ¿No quieres compartir eso con alguien? No tiene por qué ser Harrison, pero quizá deberías darte la oportunidad de dejar que el amor de verdad entre en tu vida y no cerrarte a él. George no debería tener más influencia en tu vida y tampoco hacerte construir un muro a tu alrededor".

Era difícil imaginar una vida en la que todo funcionara como yo quería. Pero intenté imaginármela. Tal vez existiera un mundo perfecto en el que hubiera encontrado a un hombre en el que pudiera confiar ciegamente, con el que hubiera podido formar un equipo. Dos personas que se convierten en una, que se aman y se apoyan incondicionalmente.

"Lo pensaré", respondí. "Pero ahora mismo tengo que concentrarme en resolver mis problemas inmediatos".

Lucy asintió. "Sólo ve cómo va y mantén la mente abierta".

Terminó de maquillarme y me dispuse a reunirme con Harrison en el restaurante. Había reservado en un sitio de Beverly Hills, una zona en la que no había estado mucho. Pasé el trayecto en taxi mirándome el vestido, preguntándome si estaba completamente loca por hacer esto.

Harrison ya me estaba esperando fuera del restaurante y sonrió cuando salí del taxi. El restaurante era aún más ostentoso de lo que había imaginado y, de repente, mi mejor vestido ya no me pareció apropiado. Harrison llevaba un traje de diseño que probablemente costaba más que mi alquiler mensual. Y estaba muy sexy con él. El traje gris acero estaba hecho a su medida.

"Miranda", dijo cariñosamente. "Me alegro mucho de que hayas venido. Estás preciosa".

Mi corazón latió un poco más rápido. No pude ver ni rastro de decepción en su cara cuando me hizo un cumplido.

"Gracias", dije, aumentando mi confianza. "¿Entramos?"

Cuando entré en el restaurante, me sorprendió inmediatamente la grandeza del lugar. La decoración era lujosa y sofisticada, con suaves asientos de terciopelo y relucientes lámparas de cristal colgando del techo. Las paredes estaban adornadas con elegantes obras de arte y la tenue y cálida iluminación creaba un ambiente acogedor y sofisticado. Las mesas estaban servidas con relucientes cubiertos y copas finas, y los camareros se movían tranquilamente por la sala, atendiendo a cada detalle con precisión y gracia. Sentí que había entrado en un mundo de lujo e indulgencia.

Nos recibió la anfitriona, que nos condujo a una mesa privada con una hermosa vista de la ciudad. El ambiente era elegante y sofisticado, con luz tenue y música suave de fondo. El camarero nos presentó la extensa carta de vinos y nos decidimos por un tinto fuerte para acompañar nuestra comida.

Cuando se sirvió el vino, Harrison levantó su copa.

"Para aclarar las cosas", dijo.

Levanté mi vaso con una sonrisa de desconcierto. "Realmente quieres desahogarte, ¿eh?"

Harrison parecía un poco avergonzado. "No puedo evitarlo, me importa lo que pienses de mí".

Eso me complació más de lo que era bueno para mí. Nunca había conocido a nadie tan

empeñado en impresionarme. Si seguía así, quizá no cabría por las puertas, mi cabeza sería tan grande.

"¿Así que fue realmente una coincidencia?", quise saber.

"Te lo prometo", respondió. "No sabía nada del caso hasta que irrumpiste en mi despacho. Te juro que no tenía intención de involucrarme en el caso. Encontrarme contigo fue una feliz coincidencia".

Después de ver a mi padre biológico mentirme toda la tarde, pude ver lo sincero que era Harrison en realidad. Le creí.

"Sí, siento haber irrumpido y lanzarte todo eso", me disculpé tímidamente por mi comportamiento. "Ayer fue un día duro. No debería haberlo hecho".

"¡No te preocupes!", dijo Harrison.

Nuestra conversación se interrumpe cuando el camarero viene a tomarnos nota. El menú estaba lleno de platos gourmet, la mitad de los cuales no conocía. Harrison sugirió el menú degustación para que pudiéramos probar un poco de todo, y yo acepté encantada. Cuando llegó el primer plato, insistió en que probara un trozo de ternera Wagyu.

Cuando le di un bocado a la carne perfectamente asada, los sabores explotaron en mi boca como fuegos artificiales. La carne era tan tierna y jugosa que literalmente se deshacía en mi boca. El plato iba acompañado de una aterciopelada salsa de trufa que le daba una profundidad terrosa. Cerré los ojos y disfruté del momento. Era maravilloso estar aquí con Harrison y compartir esta exquisita comida.

"¿Está todo bien?", preguntó Harrison.

"Nunca había probado algo así", confesé.

"Como eres la hija de los dueños de un restaurante, sabía que tenía que llevarte a un sitio impresionante", me dijo.

"Lo que hacemos no se parece en nada a esto", admití.

"Oh, por favor, puede que no sea el mismo tipo de comida, pero esos pasteles de manzana estaban tan magistralmente preparados como esta ternera", señaló.

Con los trajes caros de Harrison, su impresionante trabajo y su evidente riqueza, nunca esperé que apreciara el tipo de comida que preparamos en Heartland Kitchen. Era comida sencilla y casera. Tenía los pies mucho más en la tierra de lo que esperaba.

"Lo que me interesa", dijo Harrison, "dijiste que eras diseñadora de interiores, pero esta mañana estabas trabajando en el restaurante. ¿Estabas ayudando o...?"

Me sentí un poco avergonzada y esperé que mis mejillas no se pusieran rojas.

"Por el momento trabajo sobre todo como autónoma", le expliqué. "Terminé mis estudios el año pasado y desde entonces estoy buscando trabajo. Ya ayudé en el restaurante durante mis estudios y, mientras no encuentre otra cosa, seguiré haciéndolo. Sin embargo, estoy buscando un trabajo a tiempo completo como diseñadora de interiores. Es mi gran pasión y no quiero renunciar a ella".

Harrison seguía cada una de mis palabras y asentía con la cabeza mientras yo hablaba.

"Me gustaría echar un vistazo a tu trabajo", dijo. "¿También ayudaste a tu madre a montar el restaurante?"

Sonreí. Tenía buen ojo. "Sí, ese fue mi bebé. El primer proyecto de diseño en el que trabajé".

Harrison levantó las cejas. "Estoy impresionado".

El camarero vino a recoger nuestros platos y a traer el siguiente. Cada plato era una obra de arte, bellamente emplatado y lleno de sabor. Disfrutamos de cada bocado, comentando las

combinaciones de sabores únicas y discutiendo cuál era nuestro plato favorito.

"¿Qué te llevó a dedicarte al diseño?", quiso saber Harrison mientras rellenaba mi vaso de vino.

"Después de que mi madre se casara con mi padre -mi padrastro, pero nos adoptó a mi hermana y a mí-, nos mudamos de un piso destartado con manchas negras de moho y paredes blancas descoloridas a esta casita antigua pero encantadora. La amueblamos juntos, como una familia, y cuando convertimos nuestra nueva casa en un hogar, me di cuenta de hasta qué punto el entorno en el que vivimos afecta a cómo nos sentimos", expliqué.

"Lo entiendo desde el punto de vista opuesto", dijo. "Cuando yo crecía, no teníamos problemas económicos; mi padre era un abogado muy conocido. No era un hombre agradable y la casa era tan fría como él. Todo estaba muy estilizado y cuidado. Se trataba de proyectar una imagen de riqueza y sofisticación para los demás. Cuando mi madre se divorció de mi padre, no consiguió mucho y se mudó a un piso pequeño. Pero lo hizo suyo y, de repente, todo era colorido y cálido. Podía vivir realmente su cultura chilena. Por fin. Prefiero el pequeño piso de mi madre a la gran casa en la que crecí".

Podía oír el dolor y la rabia contenidos cuando Harrison hablaba de su padre, y la calidez y el amor cuando mencionaba a su madre. Podía imaginarme la casa en la que había crecido sin tener que verla ni que me describieran los detalles. Había visto diseños modernos sin alma como aquel tantas veces. Eran el tipo de casas que quedaban bien en las revistas como telón de fondo para las últimas celebridades de moda. No tenían personalidad ni eran acogedoras. Cuanto más conocía a Harrison, más me daba cuenta de que era todo lo contrario.

"Supongo que también tenemos padres difíciles en común", dije, intentando que sonara conectivo. Pero estaba disfrutando demasiado conociendo a Harrison como para detenerme en mis problemas. Así que desvié la conversación hacia el cine y descubrí que también le gustaban los clásicos.

Pasamos al plato principal, una cola de langosta muy bien presentada, perfectamente cocinada y servida con un risotto cremoso. La carne del bogavante era succulenta y dulce y armonizaba perfectamente con la riqueza del risotto. Tomé un sorbo del vino tinto que Harrison había elegido para acompañar la comida y sonreí con satisfacción. Una experiencia gastronómica incomparable. Pero la compañía fue incluso mejor que la comida.

Harrison era un gran conversador y podíamos pasar de un tema a otro sin esfuerzo. No hubo ni un solo momento en el que se produjera un silencio incómodo entre nosotros o en el que tuviera que esforzarse para decir algo interesante. Era encantador por naturaleza, con un carisma cálido y sincero. Dijo que quería demostrar que no era el hombre que yo creía que era, y lo consiguió.

Charlamos hasta el postre y devoramos el trío de mini pasteles de frutas y crema inglesa.

"¿Has estado alguna vez en el Museo de Arte del Condado de Los Ángeles?", preguntó Harrison, deslizándose una tarta de ganache de chocolate y frambuesa de un lado a otro de su plato.

"No lo conozco, pero he oído que es muy bonito", respondí.

"¿Quieres ir?", preguntó. "Es sólo un corto paseo desde aquí."

"¿No está ya cerrado el museo?", me pregunté.

"El jardín de esculturas no cierra hasta las diez".

"Claro", acepté alegremente. "Me encantaría".

Me sorprendió lo mucho que no quería que terminara la velada.

Capítulo 9

Miranda

Mientras Harrison y yo paseábamos por el jardín de esculturas del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles, lo primero que me llamó la atención fue la gran instalación hecha con viejas farolas. Urban Light, que así se llamaba, iluminaba la plaza donde estaba situada. Un faro en la oscuridad que no podía pasar desapercibido. La luz que emanaba de ella creaba una atmósfera mística y no pude evitar tener la sensación de que habíamos tropezado con otro mundo o con el decorado de una película.

Caminamos entre las lámparas y pasamos de una a otra. Harrison me explicó que cada lámpara procedía de lugares reales, principalmente del sur de California. Toqué las columnas de metal ornamentado y sentí la historia que había en ellas. Ésta era exactamente la razón por la que me gustaba la ropa vintage y compraba casi todo en el rastro. No sólo porque fuera más barato o mejor para el medio ambiente, sino por la historia. Una época pasada en la que la estética importaba más que la eficiencia, en la que se celebraba a los artesanos y la producción en masa no arruinaba el mundo.

"¿No es una locura lo mucho que puede afectarte el arte?", preguntó Harrison, sonriéndome amablemente.

"¿Tú también lo sientes?", quise saber, luchando por encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que estaba ocurriendo en mi interior.

"¿La forma en que se te hincha el pecho y te sientes un poco más conectado con el mundo que te rodea? Como si no estuvieras solo, como si otras personas también se sintieran así", susurró y se acercó más a mí.

Pensé en lo que había dicho Lucy sobre que es mejor tener a alguien con quien compartir la vida.

"Sí", respondí y tragué saliva mientras miraba fijamente a Harrison durante demasiado tiempo. Nadie me había entendido nunca como él, y sólo nos conocíamos desde hacía unos días. Eso me asustó un poco.

"Ahora esto es un poco al azar", empecé, tratando de cambiar de tema, "pero ¿crees que Elliot estaría siquiera interesado en mi amiga Lucy?".

El repentino giro a la izquierda no pareció molestarle.

"Creo que Elliot está colado por otra persona, pero no quiere decir quién", respondió Harrison un poco compungido. "Lucy probablemente no debería hacerse ilusiones".

"Está bien", me encogí de hombros, esperando que Lucy no se decepcionara demasiado. "Los tipos como Elliot son su tipo, eso es todo".

"Los tipos como Elliot son el tipo para mucha gente", rió Harrison. "He visto a muchas mujeres flirtear con él en vano".

"Comprendo la atracción, pero prefiero a los morenos", dije con indiferencia.

"Me alegra oírlo", respondió, y su voz adquirió un tono grave y familiar. Sus ojos color avellana brillaron con picardía mientras se acercaba a mí. "Verás, a mí también me gustan mucho las morenas".

Mis mejillas se encendieron de vergüenza y excitación. No era mi intención flirtear con él.

"¿Pasamos a la siguiente escultura?", pregunté, en parte para distraerme y en parte para

trasladarme a un lugar más oscuro donde Harrison no pudiera ver cómo me sonrojaba. Asintió con una sonrisa.

Mientras seguíamos paseando por el jardín, admiré las diversas esculturas que lo adornaban. Había una imponente estructura metálica que parecía alcanzar las estrellas y una caprichosa instalación de tubos de plástico de colores que parecía un parque infantil gigante.

Una de mis piezas favoritas era una serie de figuras de bronce congeladas en movimiento, como si estuvieran atrapadas en medio de un baile. Casi podía oír la música en mi cabeza mientras las veía moverse con gracia por el jardín.

Harrison señaló algunas esculturas que le gustaban especialmente y nos detuvimos a admirarlas juntos. Fue especial contemplar estas obras de arte con él a mi lado; era como si exploráramos juntos un mundo secreto, los dos solos.

Mientras regresábamos a la entrada, no pude evitar sentir asombro y gratitud por esta velada inolvidable. El arte, el ambiente y, sobre todo, la compañía de Harrison habían hecho de ella una velada memorable. Sólo deseaba que no tuviera que terminar.

Harrison

Sentí satisfacción al pasear por el jardín con Miranda. No era un sentimiento que conociera de las citas, pero con ella y conmigo había encajado de una forma que nunca había experimentado antes. La velada había sido perfecta y sentí que realmente nos entendíamos. Fue emocionante, como subirse a un ring de boxeo. El riesgo de salir herido era alto, pero el subidón era indescriptible.

Volvimos a pasear hasta la entrada del jardín, aminorando la marcha cuanto más nos acercábamos. La luz de la luna centelleaba en los ojos más que azules de Miranda y brillaban con intensidad. Quería besarla, estrecharla entre mis brazos y zambullirme en ella como si yo fuera Clark Gable y ella Vivien Leigh. De alguna manera era ridículo dudar después de que ya hubiéramos hecho el amor. Pero eso era otra cosa.

"Se está haciendo tarde", dije en lugar de darle un abrazo como quería. "¿Puedo llevarte a casa?"

"Claro, sería estupendo", respondió Miranda.

Nos dirigimos a mi coche, que estaba aparcado cerca del restaurante. Caminamos muy juntos y más de una vez nuestras manos se tocaron y pensé en tomar la suya entre las mías. Pero quería proceder con cautela.

Con mi oferta de comprar la deuda de su familia -que yo haría primero- no quería que Miranda pensara que esperaba sexo o cualquier otra cosa a cambio.

"¿Este es tu coche?", quiso saber Miranda mientras nos acercábamos a mi Porsche Taycan verde mamba.

"Sí", respondí encogiéndome de hombros y abriéndole la puerta del pasajero.

"Es eléctrico, ¿verdad?", preguntó Miranda al entrar.

"Así que tú también sabes de coches", observé, impresionado.

"Sé lo de la sostenibilidad", me corrigió con una sonrisa.

Me senté en el asiento del conductor y arranqué el coche. Me dio su dirección y de camino a su piso hablamos de su interés por el diseño ecológico. Le conté mi experiencia como representante

de una organización sin ánimo de lucro que se ocupa del clima y el medio ambiente. Otra pasión que compartíamos.

Hablamos durante todo el camino de vuelta a su piso y, cuando paré en la acera, se volvió hacia mí y me dijo: "¿Quieres subir? No quiero dejar de platicar".

"Me gustaría ", respondí y aparqué el coche.

El piso de Miranda estaba inteligentemente arreglado y era una expresión de su personalidad. La zona de estar estaba ingeniosamente dispuesta. El sofá y el sillón de segunda mano, enfrentados, no formaban parte del mismo conjunto, pero se complementaban a la perfección con el azul coordinado que recorría ambas piezas. En el centro había una mesa de centro hecha a partir de un arcón antiguo, que añadía un toque caprichoso a la habitación. Si esto era lo que había conseguido con un presupuesto mínimo en un piso de alquiler, me moría de ganas de ver lo que era posible una vez que pudiera desplegar sus alas.

"Mi compañera de piso debe haber salido. Parece que tenemos la casa para nosotros solos. Me temo que sólo puedo ofrecerte una botella de vino blanco barato", dijo Miranda, acercándose a la nevera. Esta parte del piso era diáfana y, aunque la habitación no era enorme, la forma en que había colocado los muebles la hacía parecer fluida y mucho más grande de lo que era en realidad.

¿Intentaba insinuar algo al decir que estábamos solos o sólo estaba entablado conversación?

"No te preocupes, no soy un snob del vino", dije. "Además, estoy aquí por la compañía".

Su amable sonrisa hizo que mi corazón latiera un poco más rápido.

"Deja que te ayude", le dije, uniéndome a ella en la cocina, "¿dónde encuentro las copas?".

Miranda señaló un armario y yo saqué dos copas de vino. Sirvió el vino para ambos y trajo la botella mientras nos sentábamos en el sofá.

Continuamos nuestra conversación anterior, que derivó en una discusión sobre mi trabajo pro bono.

"Mi madre y mi padre se conocieron en una organización sin ánimo de lucro para niños desfavorecidos y yo siempre quise seguir sus pasos y hacer más obras de caridad", explicó.

"Oh, vamos", dije, sacudiendo la cabeza ante otro punto en común. "Mi madre es voluntaria en un refugio local para mujeres".

"Es increíble", respondió Miranda. "Tu madre parece una gran mujer".

"Lo es", respondí con orgullo. Yo no hablaba mucho de mi historia familiar, pero ella tenía una forma de hacerme querer contárselo todo. Había algo de dulzura en su rostro que me hacía sentir bien. "Mi madre lo pasó muy mal con mi padre y le costó mucho rehacer su vida y recuperarse. Pero es tan fuerte que salió adelante".

Había tanta compasión en el rostro de Miranda mientras cubría con la suya mi mano, que yacía entre nosotros en el sofá.

"Sólo tenía seis meses cuando mi padre nos abandonó, así que no le recuerdo, pero recuerdo a mi madre estremeciéndose ante ruidos fuertes cuando yo era niña", explicó.

Le di la vuelta a mi mano y entrelacé mis dedos con ella. Una oleada de calor me recorrió el pecho.

"El pasado puede ser una putada", dije a la ligera, pero significaba mucho. Era difícil explicar las repercusiones que un padre maltratador podía tener en tu vida. Pero con Miranda, sabía que no tenía que hacerlo. "Afortunadamente, el futuro no tiene por qué serlo".

Me apretó la mano y yo le devolví el apretón. Miré su cara, sus preciosos ojos, las pálidas pecas que adornaban su nariz y sus mejillas y sus perfectos labios rosados. Sentía su mano tan cálida en la mía que lo único que deseaba era volver a tocarla.

Hacía sólo dos días que no nos acostábamos y yo no solía repetir esas cosas, pero ansiaba volver a tenerla. Mi atracción hacia ella no había hecho más que aumentar ahora que la había conocido un poco más.

Era tarde, ya pasada la medianoche. En realidad, debía irme para no retrasar demasiado mi estancia. No quería que se llevara una impresión equivocada y pensara que sólo estaba aquí en mi propio beneficio. Pero no podía soportar la idea de separarme de ella.

"No creo que hayamos estado tan callados en toda la noche como ahora", comentó Miranda.

Empujé hacia delante y la besé. Soltó un delicioso chillido y sus labios se acercaron a los míos. Nos besamos hambrientos, impulsados por la pasión. No podía saciarme de ella y mi mano libre se dirigió a su muslo.

Me rodeó el cuello con el brazo y tiró de mí mientras se recostaba en el sofá. Me acomodé encima de ella, maldiciendo la ropa que nos separaba, pero disfrutando demasiado de nuestro beso como para preocuparme por eso ahora.

Deslicé la mano bajo su vestido y acaricié la suave piel de su muslo mientras nos besábamos. Me agarró la cara y me acarició la barba incipiente y la mandíbula con los pulgares. Poco a poco se me puso dura la polla y me apreté contra ella, empujando las caderas hacia delante y buscando el calor de su cuerpo.

Miranda rompió el beso y murmuró: "Demasiada ropa", como si me hubiera leído el pensamiento.

"¿Vamos a tu habitación?", pregunté, tirando toda la cautela al viento.

"Buena idea", estuvo de acuerdo. "Lucy no está aquí, pero nunca se sabe".

Me levanté y le ofrecí la mano para que tirara de ella. Me condujo a su dormitorio, amueblado con el mismo estilo que el salón. Pero yo no estaba allí para ver el mobiliario. Sólo quería saber dónde estaba la cama y lo rápido que podía desnudarla. Pero antes le di otro beso. No podía saciarme de sus labios.

Miranda empezó a tirar de mi chaqueta y yo la ayudé encogiéndome de hombros y sonriendo mientras nos besábamos. Sólo cuando empezó a desabrocharme la camisa recordé que tenía que aclarar algo.

"Sabes que no espero eso, ¿verdad?" Por un momento me retiré.

Me miró confusa. Me sentí estúpido por haber dicho algo.

"Por mi oferta con respecto a la deuda del restaurante", aclaré, esperando no estar arruinando el ambiente. O peor aún, que Miranda pensara que la estaba manipulando para que se acostara conmigo y que estaba a punto de echarme.

"Sinceramente, no lo había pensado", respondió ella, pareciendo sorprendida.

"Lamento haberlo mencionado", me apresuré a decir. "No quería que pensaras..."

No quería fastidiar aún más las cosas hablando hasta por los codos, así que rompí.

Miranda me cogió la mano. "Me alegro de que hayas dicho algo porque ahora los dos podemos disfrutar de esto".

Asentí y me alegré de poder olvidarlo todo.

"¿Dónde estaba?", dijo, pasando los dedos por mi camisa medio abierta. Desabrochó rápidamente los botones que me quedaban y dejó caer la camisa al suelo junto con la chaqueta. Me pasó las manos por el pecho, siguiendo las líneas de mis músculos, provocándome escalofríos de placer.

Miranda me pasó los dedos por el estómago y empezó a desabrocharme los pantalones, pero la detuve.

"Te toca a ti", sonreí, cogí los botones de la parte delantera de su vestido y fui bajando. El vestido se abrió y dejó al descubierto un sujetador de encaje negro. Me incliné y besé sus clavículas perfectas mientras el vestido caía al suelo. Mirando hacia abajo, descubrí sus bragas a juego. Mi polla se estremeció de deseo.

"Te deseo tanto", le dije, acercándome a sus caderas.

Nos quitamos mutuamente la ropa interior y lo siguiente que supe fue que Miranda me empujaba de nuevo a su cama y se me echaba encima. Mientras me besaba el cuello, yo le acariciaba los costados, pero ella bajó rápidamente hasta mi pecho y quedó fuera de mi alcance. No se detuvo, apretó sus hermosos labios contra mi estómago y me miró con esos ojos azules en los que podía caer.

Cuando me agarró la polla y se la acercó a la boca, tuve que morderme el labio para no gemir. Mantuvo el contacto visual conmigo mientras me chupaba la polla y entonces no pude contenerme más y un gemido áspero escapó de mis labios.

Esto pareció animarla y pronto se movió arriba y abajo, apretando fuertemente sus labios a mi alrededor. Le pasé la mano por el pelo sin tirar de ella, pero tuve que sujetarla o me habría perdido por completo en el calor húmedo de su boca.

No tardé en advertirle: "Estoy cerca".

Volvió a chupar con fuerza antes de retirarse y hacer que me temblaran las piernas antes de mirarme con un brillo travieso en los ojos.

"Eres increíble", dije, jadeando. El cumplido hizo que se sonrojara.

Miranda era fascinante cómo podía tener tanta confianza sexual, pero un cumplido podía hacerla sentir avergonzada. Me daban ganas de hacerle cumplidos todo el tiempo.

"Tengo condones en ese cajón", me dijo, señalando la mesilla que había junto a su cama. Se me revolvió el estómago de deseo.

Busqué el cajón y encontré un vibrador rosa junto a la caja de condones.

"Es bueno saber lo que haces en la cama cuando estás sola", bromeé, sacando el vibrador.

"Como si no tuvieras una caja de pañuelos al lado de la cama", respondió ella.

Parpadeé.

"¿Cómo lo sabes?", le pregunté.

"Era sólo una suposición", dijo encogiéndose de hombros.

Saqué un condón pero me quedé con el vibrador en la mano. Eso me dio una idea.

Miranda me quitó el condón y lo enrolló ligeramente sobre mi polla. Me separó las caderas y miró el vibrador que tenía en la mano.

"¿Quieres guardar eso?"

"No, no creo que lo haga", sonreí.

Me agarré la polla con la mano libre y la sujeté mientras Miranda se colocaba en posición y empezaba a bajar sobre mí. Contuve la respiración, aún sensible por la mamada que me había hecho. Lo último que quería era acabar antes de tiempo.

Miranda suspiró feliz mientras se sentaba en mi regazo, meneaba un poco las caderas y me hacía centrarme en ella. La vista de sus pechos desde este ángulo era increíble y mejor aún cuando empezó a deslizarse mi polla arriba y abajo.

Encendí el vibrador y lo acerqué al clítoris de Miranda. Ella jadeó, sus caderas se retorcieron y me volvió loco. Puso las manos sobre mi torso, apretó los pechos y empezó a cabalgarme. Con la mano libre, acaricié y apreté sus pechos perfectos mientras le masajeaba con el vibrador el clítoris.

"Dios, qué bien se siente", gimió.

"Eso es, cariño", la animé, el término cariñoso se me escapó de la boca antes de que pudiera contenerlo. Me sentía demasiado bien para preocuparme de si había ido demasiado lejos. "Me encanta verte así".

Mis ojos iban y venían entre su cara y sus pechos y no podía dejar de mirarla. Me había acostado con muchas mujeres hermosas antes, pero ninguna había captado mi atención como Miranda. Era una diosa, una obra de arte, pero real y natural. No había nada artificial. Podía ver la alegría incontenible en su rostro, en la forma en que movía su cuerpo.

Podía sentir la vibración en mi polla, pero hice todo lo posible por contener mi orgasmo hasta que Miranda estuviera satisfecha. Mientras la penetraba, moviendo el vibrador en pequeños círculos, me mordí el interior de la mejilla.

"Estoy muy cerca", gimoteó.

"Yo también", gemí.

Un giro de las caderas de Miranda y jadeé mientras el orgasmo me desgarraba. Tenía los ojos cerrados, pero sujetaba el vibrador justo donde ella lo necesitaba mientras todos los músculos de mi cuerpo se tensaban.

La sentí contraerse a mi alrededor y entonces ella también se corrió con un grito. Aguantó el orgasmo y sólo cuando se tranquilizó apagué el vibrador y lo tiré a la cama a mi lado.

"Vaya", dijo, respirando con dificultad.

"Dímelo a mí", accedí, acariciándole los muslos y observando su postura relajada y su sonrisa suave y feliz. Me dio un vuelco el corazón.

Podría acostumbrarme a eso.

Capítulo 10

Miranda

La mañana siguiente a nuestra cita, Harrison compró la deuda de mi familia y la condonó. Días después seguía sorprendida de que Harrison cumpliera su promesa. Era difícil creer que alguien pudiera ser tan servicial. El restaurante volvía a estar en números negros y eso nos daba la oportunidad de librarnos de la demanda. Pero eso no lo solucionó todo, porque el restaurante seguía sin dar muchos beneficios y las facturas legales eran caras.

Necesitábamos cerrar el negocio de comida preparada si queríamos que el restaurante tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, y eso significaba que necesitábamos la propiedad indiscutible de la receta. Pero gracias a la increíble generosidad de Harrison, mis padres no se verían obligados a declararse en quiebra -todavía- y podrían seguir pagando al abogado que llevara el caso.

Quizás igual de sorprendente para mí fue que siguiera viendo a Harrison. Hacía años que no intentaba tener una relación, y aunque la mantuvimos de forma casual, fue un gran paso.

Lucy me hizo prometer que no haría más comentarios sobre Harrison. Era demasiado pronto para eso, aunque me gustaba pasar tiempo con él. Harrison tampoco tenía prisa.

No definimos nuestra relación, no tuvimos una conversación sobre etiquetas. Por el momento lo prefería así. Aún no quería comprometerme, y Harrison parecía igual de feliz de mantener lo que teníamos sin definir y simplemente vivir el momento.

El miércoles después de nuestra primera cita oficial, Harrison me escribió un mensaje.

Harrison: ¿Estás libre el viernes a las 4:00 pm?

Miranda: Sí, ¿por qué?

Harrison: ¡Esto es una sorpresa! Quiero llevarte a un sitio.

Sonreí a mi teléfono y las mariposas revolotearon en mi estómago.

Miranda: Tengo curiosidad. ¿Me puedes dar una pista?

Harrison: Usa zapatos planos.

Miranda: No lo sé. Eso no me sirve.

Me devané los sesos para saber por qué necesitaba que yo usara zapatos planos. No podía ir de excursión conmigo. No sólo no parecía el tipo, sino que necesitaría algo más que calzado plano. ¿Quizá algo que implicara caminar mucho? Pero, ¿dónde?

Harrison: No voy a darte más pistas. Quiero sorprenderte.

Miranda: Malvado.

Harrison: Bien. Quizá quieras llevarte una chaqueta por si tienes frío.

Oh, está disfrutando esto demasiado.

Miranda: ¿Me estás dando consejos de moda?

Harrison: Te recogeré el viernes a las 4:00 pm, nos vemos hasta entonces :)

Sacudí la cabeza por encima del teléfono y me pasé los dos días siguientes volviéndome loca intentando averiguar adónde me llevaría. No dejaba de enviarle mensajes con mis conjeturas, pero sus respuestas iban desde "No" a "No te lo voy a decir" pasando por "¿Quién te crees que soy?".

El viernes por la mañana volví a enviar un mensaje a Harrison.

Miranda: Al menos dime si debo llevar algo práctico o si puedo ponerme algo que me haga lucir bien.

Harrison: Estarías preciosa te pusieras lo que te pusieras.

Me puse las manos delante de la cara para ocultar mi rubor, aunque no había nadie alrededor que pudiera verme. Me alegré de que Harrison no pudiera ver el efecto que estaba causando en mí.

Miranda: Encantador, pero no es una respuesta útil.

Harrison: No necesitas un atuendo especial para ello, ponte lo que quieras. Eso sí, ¡recuerda los zapatos planos!

Miranda: Sé sincero... ¿Tienes en secreto un fetiche con los zapatos o los pies?

Harrison: Ja, ja.

Harrison: Tengo un cliente en camino. ¡Nos vemos a las 4:00 pm!

Busqué en mi armario y elegí un vestido midi de color lavanda con cintura estrecha y falda vaporosa y un par de botines planos. También cogí una cazadora vaquera, aunque aún hacía bastante calor fuera, y recordé la sugerencia de Harrison.

Cuando salí de mi edificio para reunirme con Harrison, estaba emocionada y nerviosa al mismo tiempo. No sabía qué esperar, pero si nuestra última cita había sido un indicio, sabía que sería divertido.

Mientras caminaba hacia él, me di cuenta de lo guapo que estaba con sus pantalones azul oscuro y su camisa de lino color crema. Nunca le había visto vestido así y eso sólo hizo que aumentara mi curiosidad por saber adónde íbamos. Me saludó con una cálida sonrisa y un suave abrazo que hizo que mi nerviosismo por el desconocido lugar de nuestra cita se evaporara.

Subimos a su coche y le acibillé a preguntas sobre adónde íbamos, pero Harrison se mantuvo tan hermético como a través del mensaje de texto.

Presté atención a las señales de tráfico y a los desvíos que tomábamos. No fue hasta que Harrison entró en Marina Del Ray cuando empecé a sospechar. Cuando nos acercamos al puerto deportivo, el corazón me dio un vuelco al ver el enorme yate blanco que nos esperaba en el muelle. Harrison aparcó el coche y salió para abrirme la puerta, y yo salí sintiéndome un poco temblorosa.

"Harrison, ¿eso es...?" Me interrumpí, incapaz de terminar la frase.

"Sí, lo es", dijo, sonriendo. "Pensé que podríamos hacer un pequeño crucero esta noche y disfrutar de la brisa marina".

Sentí una punzada de emoción e incredulidad. Nunca había estado en un yate y ni siquiera había soñado que alguna vez tendría la oportunidad de estar en uno. Y por fin comprendí la

necesidad de llevar zapatos planos mientras caminábamos por el irregular muelle de madera.

El nombre del barco estaba escrito en letras azules en el casco. *Legado Familiar*

"¿Legado familiar?", pregunté en voz alta. No hablaba español con fluidez, pero sabía un poco.

"Así es", dijo Harrison, sonriendo amablemente. "Para mi madre". Luego su sonrisa adquirió un tono más descarado. "Mi padre lo odiaba".

"Dos a uno", me reí, y él se rió conmigo.

La pequeña tripulación nos dio la bienvenida a bordo, el capitán nos presentó al primer oficial, al cocinero y a la anfitriona. Por dentro, el yate era aún más lujoso de lo que había imaginado. Había un amplio salón con sofás de felpa y un bar, un comedor con mesa para dos y una cubierta con tumbonas y jacuzzi.

Harrison me condujo a cubierta, donde nos esperaba una botella de champán con hielo. Sirvió dos copas y me dio una a mí.

"Salud por una buena velada", dijo levantando su copa.

"Salud", respondí, mareada por la emoción.

Bebimos champán mientras el yate navegaba lentamente por la costa. Las vistas eran impresionantes. El mar estaba en calma y se extendía sin fin. El sol se ponía lentamente, coloreando el cielo de naranja y rosa. Me sentía como en un sueño.

"Esto es increíble", dije, mirando a mi alrededor con asombro. "Me siento como en una película".

Harrison sonrió. "Me alegro de que te guste. Te mereces que te trate como a una reina".

Aparté la mirada y me sentí agradecida y un poco abrumada.

Durante el resto de la velada disfrutamos del opulento entorno del yate, de los sabores de una cena gourmet y del calor de nuestra mutua compañía. Al caer la noche, nos acurrucamos en cubierta, observando las estrellas y sintiendo el suave vaivén de las olas. Era romántico, pero también me excitaba tenerlo tan cerca de mí. Sentir su fuerte cuerpo contra mí me ponía en un estado de profunda excitación todo el tiempo.

Harrison fue tan encantador y atento como siempre. Se aseguró de que me abrigara lo suficiente con la fresca brisa marina que soplaba a nuestro alrededor mientras hablábamos. Me hizo más preguntas sobre mí en media hora que en cualquier otra cita en la que hubiera estado en toda una noche. Y siempre se interesó por lo que tenía que decir.

"Gracias por esta noche", dije, acurrucándome más contra su pecho, "Ha sido increíble".

"Ha sido un placer, de verdad", respondió y me besó en los labios. "Todavía tenemos más de una hora antes de atracar de nuevo en el puerto, y la tripulación sabe que no debe molestarnos hasta entonces".

Levanté la cabeza y le miré con una ceja levantada.

"Querías probar suerte, ¿eh?" Fingí estar seria.

"Más bien esperaba", dijo Harrison con un brillo en los ojos.

"¿Y crees que me abriría de piernas por cualquier tío que me llevara en un yate de lujo, me invitara a la mejor comida y al mejor champán y pasara conmigo una velada romántica mirando las estrellas?", pregunté con descaro.

"Espero que no sea *cualquiera*", sonrió. "¿Por qué, hay alguien que debería conocer?"

"Sí", suspiré. "Está súper bueno, tiene el pelo oscuro, una cara para morirse y los ojos avellana más bonitos. Incluso es abogado. Un gran partido".

"Eso parece". Se rió. "Cuéntame más sobre este hombre misterioso".

"Oh, es tan modesto", dije, intentando no reírme.

"Esa siempre ha sido una buena cualidad, algo en lo que realmente soy muy bueno". Su mirada se desvió hacia mis labios.

"Compleción atlética", continué. "Boxea, muy varonil".

"¿Crees que podría vencerme en una pelea?"

"No sé, es bastante fuerte. Pero no parece del tipo violento, muy culto, ¿sabes?"

Harrison se acurrucó más cerca de mí.

"¿Qué más te gusta de él?", me preguntó. Estaba a escasos centímetros de mí. Sólo tenía que inclinar la cabeza hacia delante y nuestros labios se encontrarían.

"Él es...", dije y casi perdí el hilo. La electricidad parecía crepitar entre nosotros. "Es genial en la cama".

No sabía decir quién había cerrado la brecha primero, pero de repente nos estábamos besando. Profunda, apasionada y furiosamente. Me puse encima de él, chupándole la mandíbula y el cuello. Sus manos vagaban por todas partes, acariciándome los costados, agarrándome los muslos y apretándome los pechos. Cuanto más recibía de él, más deseaba.

Nunca había practicado sexo al aire libre, y menos en un yate en medio del océano. Había algo en la oscuridad que nos rodeaba, el cielo nocturno salpicado de muchas estrellas y la luna gibosa brillando sobre nosotros que me producía una sensación primitiva. La brisa perfumada de sal hacía que se me pusiera la piel de gallina, a pesar de que estaba febril de deseo.

"¿Quieres entrar?", preguntó Harrison, acariciándome los brazos con las manos.

Bajé la mirada y vi la auténtica preocupación en su rostro. Incluso cuando estaba empalmado y se apoyaba en mí, se preocupaba por mi bienestar.

"No", respondí, abrazándolo contra mí. "Te quiero aquí en la cubierta".

"Entonces será mejor que te abrigue", dijo antes de darnos la vuelta para tumbarse encima de mí y cubrirme con su cuerpo.

Me besó por el cuello y la clavícula, con su boca caliente sobre mi piel fría. Le pasé los dedos por el pelo, tan sedoso y suave, y noté cómo se acurrucaba contra mí cuando lo hacía. Sólo habían sido dos citas oficiales y ya estábamos compartiendo una intimidad más profunda de la que jamás había experimentado con nadie. En cierto modo, me asustaba, pero no lo suficiente como para apartarme. Me sentía demasiado bien con Harrison como para negármelo. Pero eso no significaba que tuviera que ser algo serio.

"Acuéstate conmigo", susurré, urgente y necesitada. No quería tener que pensar y nada podía despejarme mejor que el sexo con Harrison.

Deslicé la mano entre nosotros y le abrí los pantalones. Gimió en mi cuello mientras metía la mano y lo apretaba suavemente. Su mano se introdujo bajo mi vestido y en mis bragas mientras seguía besándome el cuello. Me frotó el clítoris en lentos círculos y yo moví las caderas.

"¿Tienes un condón?", le pregunté. Por muy talentosos que fueran sus dedos, necesitaba más.

"En mi cartera", murmuró contra mi cuello. "Bolsillo derecho".

Saqué la mano de sus pantalones para sacar su cartera y palpé el preservativo mientras él seguía tocándome con los dedos. Cuando sentí el envoltorio de papel de aluminio, lo saqué rápidamente y presioné su hombro.

"Basta de juegos", le dije, aunque apenas eran juegos. Si seguía usando sus dedos así, pronto estaría lista. Pero yo quería más. Necesitaba más.

Harrison entendió el mensaje y se apartó de mí un momento. Me bajó las bragas y yo levanté las caderas para ayudarle. Las tiró a un lado mientras yo volvía a cogerle los pantalones y le sacaba la polla. Se puso rápidamente el preservativo y volvió a estar encima de mí.

Rodeé su cintura con mis piernas y lo acerqué más a mí. Jadeó al penetrarme. Luego empujó y yo me aferré a él y dejé que la exquisita sensación me inundara, despejando mi mente de todo pensamiento y concentrándome en el aquí y el ahora.

Sentí los pantalones de Harrison contra mis muslos, la dura cubierta bajo mi espalda. Tiré de él hacia abajo, en un beso sucio, desesperado y profundo. Él estaba tan enérgico como yo, empujando con fuerza y mordisqueando mis labios. Me dio exactamente lo que necesitaba. Como siempre.

Gemí en su boca mientras mi orgasmo se acercaba a la velocidad del rayo. Harrison aceleró el ritmo, rompiendo el beso y gimiendo cada vez que sus caderas empujaban contra las mías.

Grité mientras mi orgasmo me inundaba y sentí que me desgarraría si Harrison no estuviera allí para sostenerme, para atarme a la tierra. Las estrellas centelleaban en el cielo y yo no estaba muy segura de cuáles eran reales y cuáles fruto del orgasmo que me invadía.

Cuando Harrison se corrió unos instantes después, le abracé con fuerza, sin querer que el momento terminara. Permanecimos abrazados todo el tiempo que pudimos, pero al final el puerto estaba a la vista y tuvimos que ponernos presentables.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que me había dejado las bragas en la terraza. Estaba demasiado borracha para darme cuenta. Cuando me quedé sola en la cama, deseé haber invitado a Harrison a entrar.

Capítulo 11

Harrison

No sabía muy bien qué esperar cuando Miranda me dijo que quería llevarme a un mercado de agricultores en nuestra tercera cita. Después de nuestras dos primeras citas en un restaurante con estrellas Michelin y en un yate, supuse que tal vez quería continuar con la tendencia de las salidas de lujo. Las mujeres con las que salía de vez en cuando esperaban algo así, y yo estaba encantado de concederle ese deseo.

¿De qué sirve tener dinero si no quieres gastarlo?

Pero cuando llegué a su piso y la vi con un sencillo vestido de verano y sandalias, me di cuenta de que sería una experiencia muy diferente.

Caminamos unas manzanas hasta el mercado e inmediatamente me sentí fuera de lugar con mi traje y mis zapatos de diseño. Pero Miranda no pareció darse cuenta ni le importó. Me llevó de puesto en puesto, señalándome frutas y verduras, quesos, carnes y productos de panadería. Conocía a algunos de los vendedores por su nombre y todos le sonreían sinceramente.

No es de extrañar, Miranda tiene este efecto en la gente.

Probamos pan recién horneado y diferentes tipos de miel. Me sentí como una idiota por no esperar nada de esa calidad. Todo estaba delicioso, y pronto tuve en la mano una bolsa llena de productos frescos y de panadería que había comprado en un puesto del mercado cuando me quedé sin manos para llevarlos. El pan de brioche que compré era tan bueno como el que había probado en París y los productos estaban más frescos de lo que jamás había encontrado en un supermercado.

"¿Cómo va el caso?", pregunté mientras pasábamos por delante de un puesto que vendía las flores cortadas más bonitas que había visto en mi vida.

"Uf", gimió Miranda. "Nuestro abogado dice que necesitamos una prueba de propiedad para la receta, pero es una receta familiar que mi madre sólo conoce de memoria. Pero mi padre biológico tampoco ha presentado pruebas, así que de momento estamos en un punto muerto."

"Estos casos de propiedad intelectual son realmente molestos", dije con simpatía. "Ojalá pudiera ayudarte más".

"Oh, por favor, ya has hecho bastante", dijo Miranda, tocándome el brazo. "En serio, no podríamos haber superado esto sin ti. No sé cómo podré pagarte".

"No te preocupes", dije suavemente. "Me alegró ayudar".

"Eres realmente increíble", dijo, sacudiendo la cabeza cariñosamente.

Me encogí de hombros y me volví hacia la persona que regentaba el puesto de flores. Le compré a Miranda un ramo de girasoles blancos y crema, algo que nunca había visto antes. Quedarían bien en su piso.

"Eres una amenaza", se rió mientras aceptaba el ramo.

"¿Qué?" Fruncí el ceño confundido.

"No tienes por qué seguir gastando dinero en mí", me dijo.

Reto aceptado.

Mientras paseábamos por el mercado, me alegré de que Miranda hubiera decidido traerme aquí. Nunca había pasado tiempo en esta parte de Los Ángeles y era refrescante ver un lado diferente de la ciudad. Miranda parecía sentirse como en casa. Charló con los vendedores y otros

compradores y me presentó a algunos de sus amigos que también estaban curioseando por los puestos.

Insistí en pagar también las cosas de Miranda, aunque ella se resistió. Fui más rápido con mi tarjeta de crédito y cuando las cosas estuvieron pagadas, ella no tuvo más remedio que aceptarlas.

"Bien, pero vendrás a casa a almorzar para que pueda darte las gracias", insistió. Yo salía ganando.

"Claro", dije. "Me gustaría".

Acabamos comprando un montón de fruta fresca para hacer batidos, porque la compañera de piso de Miranda se había comprado hacía poco una batidora y Miranda tenía muchas ganas de probarla. Caminamos de vuelta a su piso, con el cálido sol dándonos de lleno. Hacía un día precioso, aún más por la compañía.

Mientras caminábamos, comentamos lo que habíamos comprado. Compré unas cuantas frutas diferentes -plátanos, naranjas sanguinas y aguacates- y estaba bastante orgulloso de mi selección.

Miranda, por su parte, había elegido una mezcla de frutas, en su mayoría exóticas, sobre las que yo tenía mis dudas. Fruta del dragón, mango y fresas, y también había traído un cartón de leche de almendras. Enarqué una ceja ante su elección, pero ella se limitó a sonreír y decir: "Créeme, estará delicioso. Tu selección, en cambio...".

"¿Qué tienen de malo mis elecciones?", pregunté, quizá demasiado a la defensiva. No me gustaba que los batidos fueran demasiado dulces y los aguacates les daban una textura cremosa.

"Oye, cada uno a lo suyo", dijo Miranda con las manos en alto. Me di cuenta de que sólo quería apaciguarme. Eso sólo me hizo estar más decidido a demostrarle que estaba equivocada.

De vuelta en su cocina, nos pusimos a trocear la fruta. Miranda mezcló su batido con leche de almendras y un poco de miel. Su batido tenía un aspecto y un olor fantásticos, con un color rosa brillante, casi morado, y un aroma dulce. Mientras enjuagaba la jarra para preparar el mío, empecé a preguntarme si Miranda tenía razón.

Puse la fruta en la licuadora, exprimí el zumo de naranja sanguina directamente en la jarra y omití la leche de almendras y la miel. Parecía bastante cremoso, pero Beige. Uf. Pero lo olí y olía deliciosamente a cítricos. Decidí no juzgar un libro por su portada. Tomé un sorbo de mi creación y me sentí muy seguro de mis habilidades afrutadas.

Pero en cuanto el líquido tocó mi lengua, supe que me había equivocado. Los sabores se mezclaban y la consistencia era incorrecta: espesa y grumosa en lugar de suave y cremosa como había imaginado. Además, tenía un sabor desagradable que no podía distinguir. Miranda me miró y enarcó una ceja.

"Intenté decírtelo", dijo con un deje de diversión en la voz. "Estas frutas no combinan bien. Los cítricos no van bien con las grasas del aguacate".

Insistí obstinadamente en que sabía lo que hacía y le dije que lo probara. Pero en cuanto bebí un sorbo, su cara se contorsionó de asco.

"Sí, no", dijo ella, sacudiendo la cabeza. "Eso es bastante malo."

Tomé otro sorbo, decidido a que me gustara, pero de algún modo había empeorado. No pude evitar reírme de mí mismo, era hora de admitir la derrota.

"Supongo que no soy tan maestro de los batidos como pensaba".

Acabamos tirando mi batido fallido y compartiendo el de Miranda en su lugar. Estaba fantástico: dulce, ácido y cremoso a la vez. No podía creer lo mucho mejor que estaba que mi propio intento.

Mientras nos sentábamos en el sofá de Miranda a sorber nuestras bebidas, me di cuenta de que aquello no era más que otro ejemplo de lo mucho que tenía que aprender de ella. Tenía una manera de hacer que hasta las cosas más sencillas fueran especiales y memorables. Y yo estaba agradecido de formar parte de ello.

Durante la mayor parte de mi vida adulta, me había centrado en mi carrera. La necesidad de triunfar me había sido inculcada desde que nací, y esa necesidad no había desaparecido sólo porque me diera cuenta de que mi padre era un gilipollas. Mi deseo de demostrar que era diferente a él me impulsaba aún más. Quería demostrar que era una buena persona y un buen abogado. No tenía que elegir, por mucho que mi padre se hubiera burlado de mí por ser blando. Miranda me facilitaba ser blando. Nunca me había sentido tan cómodo en mi piel como con ella.

¿Me estoy implicando demasiado?

Yo no era de los que se precipitaban. Pero quizá la vida no tenía por qué girar en torno al trabajo. Cuando no trabajaba para clientes de pago, lo hacía como voluntario para personas necesitadas. Mi vida social consistía en boxear, tomar una copa de vez en cuando con Elliot o William cuando estaba en la ciudad, y ligarme a una mujer por una noche cuando quería satisfacer ese antojo en particular. Miranda hacía que las cosas fueran divertidas y me daba ganas de salir al mundo y experimentar cosas con ella.

Miranda

Lucy llegó a casa poco después de que Harrison se fuera. No nos habíamos visto mucho últimamente y ya era hora de que nos pusiéramos al día. Preparé café para las dos y nos sentamos juntas en el sofá.

"Así que", dijo Lucy con una sonrisa socarrona, "¿cómo van las cosas con Harrison?".

"Va bien", dije, tratando de ocultar mi sonrisa.

"¿Sí?", dijo emocionada. "¿Crees que él podría...?"

"No lo digas", gemí.

"¿Ser el elegido?", terminó.

"Sabes que aún no estoy preparada", dije, pero sin estar del todo convencida. Todavía no estaba preparada para ponerle una etiqueta, pero las cosas con Harrison iban mejor de lo que creía posible. Si se lo decía a Lucy, probablemente se volvería loca.

"Sí, sí", dijo Lucy sombríamente, poniendo los ojos en blanco. "No he dicho que no quiera volver a estar con un hombre", dije con una risa exasperada.

"Se trata de no perderse la oportunidad porque crees que no estás preparada", dijo Lucy. Ya había oído esta cantinela antes, pero hoy parecía especialmente apasionada al decirlo. "Se trata de encontrar a esa persona que te alegra los días. Alguien a quien se lo cuentas todo primero cuando tienes buenas noticias, que te deja boquiabierto y te hace olvidar todo lo demás".

"Lucy", dije, entrecerrando los ojos. "¿Hay algo que quieras decirme?"

No pudo reprimir la sonrisa que curvó sus labios. "Tal vez empecé a ver a alguien".

"Dios mío, ¿quién?", pregunté. "¿Pensé que todavía estabas enamorada de Elliot?"

"Difícilmente", resopló Lucy. "Puede que Elliot esté bueno, pero me alegro de que no le interesara o puede que no hubiera conocido a Ben".

"¿Ben?", repetí, alzando las cejas. Lucy no lo había mencionado antes. "Háblame de este Ben".

"Es demasiado pronto, pero, oh Miranda, él lo es todo", dijo emocionada. "Lo juro, nunca me había enamorado de un hombre tan rápido. Es tan encantador y divertido, simplemente encajamos, ¿sabes?"

Si Lucy me hubiera dicho eso hace tres semanas, le habría contestado que no lo sabía. Pero después de Harrison... tal vez empecé a entender de qué estaba hablando.

"Suenas genial", dije. "Me alegro mucho por ti".

"¿No irás a sermonearme con que es demasiado pronto, que aún estoy en la fase de luna de miel y no soy lo bastante realista?", preguntó Lucy con tono burlón.

"Yo no sermoneo", resoplé.

"Ya veo", dijo Lucy con escepticismo.

"Cállate", dije, completamente sin acalorarme. Luego, como estaba de buen humor después de mi cita con Harrison, añadí: "Quizá ahora entiendo un poco lo que siempre quieres decir. Eso de que 'tiene que hacer clic'".

Nunca había visto a Lucy tan emocionada. "Miranda Davenport, ¿te has enamorado?"

"No", dije por reflejo.

"¿Ni siquiera un poco?", instó Lucy.

"Quizá no debería hablarte más de Harrison", gemí.

"Oh, lo estás pasando mal", cacareó.

Cogí uno de los cojines del sofá: "Si no paras, te tiro esto".

Apretó los labios como si quisiera ahogar otro comentario. Bajé lentamente la almohada.

La verdad era que sentía algo más profundo con Harrison de lo que nunca había sentido con nadie. Era aterrador y emocionante al mismo tiempo. Aún no sabía qué pensar. Sentía que todo podía venirse abajo en cualquier momento. Siempre ocurría que en el momento en que la esperanza se colaba en mi corazón, las cosas se torcían. No podía decir si tenía miedo de lo que tenía con Harrison o si temía maldecirlo. Tal vez ambas cosas.

Cuando Harrison estaba cerca, todo daba menos miedo.

"Para que lo sepas", dijo Lucy. "Definitivamente voy a ser dama de honor en tu boda".

Le lancé la almohada y le dio en el pecho con un golpe satisfactorio mientras chillaba.

La mención de una boda me hizo reflexionar.

Muchas cosas habían cambiado a mejor desde que Harrison había llegado a mi vida. ¿Por qué no podía imaginarme un futuro con él que no me diera un susto de muerte? No tenía motivos para dudar de que fuera un buen tipo. En todo caso, era casi demasiado bueno.

¿Qué clase de persona paga las deudas de una extraña? O es un santo o un loco.

Pero le conocía -o al menos le conocía todo lo bien que podía conocerle después de sólo unas semanas- y siempre había sido amable o atento. Siempre había creído que si algo era demasiado bueno para ser verdad, probablemente no lo era. Pero Harrison parecía ser la excepción.

¿Soy una mala persona porque aún tengo miedo de un futuro con él?

Cuando pensaba en que ya no estaría en mi vida, me sentía aún peor. Me preocupaba por él.

Así que si el futuro me asusta y la idea de no estar con él me duele en el corazón, ¿por qué no me centro en el ahora?

No necesitaba tener planes a largo plazo, simplemente podía ver cómo evolucionaban las cosas y disfrutar del momento con Harrison, durase lo que durase.

Capítulo 12

Miranda

Apenas podía creermi mi suerte mientras miraba por la ventanilla del helicóptero y me elevaba por encima de la ciudad. Harrison me había sorprendido con esta increíble aventura para nuestra próxima cita y yo estaba sobrecogida por las impresionantes vistas.

Sobrevolamos el océano resplandeciente y vi las olas rompiendo contra la orilla debajo de nosotros. Luego sobrevolamos los monumentos más emblemáticos de Los Ángeles, como el cartel de Hollywood y el Observatorio Griffith. La vista era simplemente impresionante y no podía creer que la estuviera viendo desde arriba.

Sentí una oleada de emoción al contemplar la ciudad y asimilar su inmensidad y belleza. Había pasado mucho tiempo en una relación tibia en la que también me habían traicionado y engañado. Pero con Harrison, todo me parecía fácil y bueno. Me hacía sentir segura y feliz, y no podía evitar estarle agradecida. Y no sólo porque me había ayudado a mí y a mi familia.

Mientras sobrevolábamos la ciudad, sentí una sensación de libertad y euforia que nunca antes había experimentado. El viento azotaba mi pelo y el mundo parecía expandirse en todas direcciones ante mí. Era como si estuviera en la cima del mundo.

Cuando miré a Harrison, sentí que el corazón se me hinchaba de afecto. Se sentó a mi lado y sus ojos brillaban de emoción. Fue un momento que nunca olvidaré y me sentí muy afortunada de estar con alguien que podía mostrarme la belleza del mundo de una forma tan única e inolvidable. Me hizo sentir esperanzada respecto al futuro, algo que no había experimentado en años, a pesar de que el juicio nos amenazaba.

Mientras el helicóptero regresaba a tierra, me pregunté si éste sería sólo el principio de nuestra aventura juntos. Con Harrison a mi lado, no había límites para las increíbles experiencias que podíamos compartir. Una excursión al mercado de los agricultores era tan divertida con él como sobrevolar la ciudad en helicóptero.

Cuando volví a tener tierra firme bajo los pies, Harrison me alisó el pelo alborotado por el viento y me dio un beso en la frente.

"¿Quieres venir a casa conmigo?", preguntó, sonando inusualmente tímido. "Estaba pensando que podría cocinar algo. Seguro que no está a la altura de lo que estás acostumbrada, pero es un plato que me enseñó mi madre".

Le miré y me di cuenta de que, aunque había estado conmigo unas cuantas veces, yo nunca había estado con él en su piso. Tenía que admitir que sentía curiosidad por verlo. El hecho de que quisiera cocinar para mí, sobre todo algo tan personal, hizo que me cosquillearan las entrañas.

"Me gustaría", respondí.

Harrison me llevó a lo que era su hogar de West Hollywood. Cuando me hizo pasar a su piso, estaba un poco nerviosa. Nunca había estado en un lugar así, con su lujoso interior y sus impresionantes vistas de la ciudad. Pero al mirar a mi alrededor, me impresionó su belleza.

Lo primero que me llamó la atención fue un impresionante cuadro en la pared que representaba una animada escena callejera en Chile. Harrison ya me había hablado de su herencia chilena, pero cuando vi el cuadro me pareció aún más real. Era como si un trozo de él estuviera entretejido en la tela del piso, añadiendo un toque cálido y personal al lujoso espacio.

"Heredé el cuadro de mis abuelos maternos", dijo Harrison cuando se dio cuenta de mi interés.

"Es una escena de su pueblo natal, allá en Chile. Dijeron que querían que recordara de dónde veníamos, y siempre intento hacerlo".

"Es precioso", dije. "El ambiente y la imagen".

Al entrar en el salón, me sorprendió la impresionante vista de la ciudad que se extendía ante nosotros. Las ventanas se extendían desde el suelo hasta el techo, dando a la habitación una sensación de amplitud. El sol empezaba a ponerse, arrojando un cálido resplandor sobre la habitación y bañándolo todo con una suave luz dorada.

Me fijé en un cómodo sofá con cojines de felpa y una elegante mesa de centro en el centro de la habitación. La habitación estaba llena de obras de arte y en las esquinas había plantas de aspecto exótico que daban a la estancia un toque de belleza natural.

No pude evitar sentirme un poco intimidada por la opulencia del ático, pero al mismo tiempo me impresionó lo cálido y acogedor que parecía. No había superficies frías y estériles ni luces deslumbrantes. En cambio, todo era suave y cómodo, con una sensación de calidez y comodidad que me hizo sentir a gusto.

Cuando Harrison me enseñó el piso, no pude evitar quedarme impresionada por su gusto impecable y por la forma en que había hecho suyo el espacio. Podía ver el esquema básico del piso, cómo iba a ser otra pieza de diseño moderno sin alma sacada de una revista. Pero Harrison había cambiado todo eso. Reflejaba su personalidad: sofisticado, mundano y profundamente ligado a su herencia. Y cuando estuve allí con él, en el corazón de su hermosa casa, me sentí más cerca de él que nunca.

"No suelo traer a nadie a casa", admitió. "Se siente demasiado..."

"¿Personal?" Terminé la frase por él.

"Sí", dijo, rascándose la nuca.

"Es un honor estar aquí", dije, tomándomelo en serio. Sabía lo difícil que podía ser abrirse a la gente. Poco a poco me di cuenta de que a Harrison le había resultado fácil pagar nuestras deudas. Tenía suficiente dinero como para que no le supusiera un gran problema, y disfrutaba ayudando a los demás. Pero la intimidad era mucho más difícil.

Conozco la sensación.

"¿Qué hay para cenar?", pregunté para aligerar el ambiente.

"Cazuela de ave", dijo Harrison seguro de su elección. Me preguntaba si ya había preparado esto varias veces o era la primera o segunda vez. Todavía había muchas cosas que no sabíamos el uno del otro, por muy unidos que nos sintiéramos a veces.

"¿Cazuela de ave?", pregunté, un poco avergonzada.

"Un guiso de pollo tradicional chileno", me explicó y me llevó a la cocina. "Mi madre no cocinaba mucho cuando yo era niño, mi padre contrataba personal para eso. Pero cuando él estaba fuera por negocios, ella daba el día libre al personal y cocinaba para mí".

La idea de tener personal era tan extraña para mí. Era increíble que Harrison no fuera un ser humano engreído.

"Eso suena maravilloso", dije. "¿Cómo puedo ayudar?"

Le observé moverse por la cocina y pude ver que tenía confianza y seguridad en sí mismo, aunque admitía que no era el mejor cocinero. Sacó una olla grande y empezó a llenarla de agua mientras me explicaba cómo íbamos a preparar el plato.

Me enseñó a cortar las verduras -patatas, zanahorias, cebollas y calabaza- y yo le ayudé a lavarlas y prepararlas. Mientras él freía el pollo en una sartén aparte, yo corté las cebollas en dados y las freí en aceite de oliva.

Mientras trabajábamos juntos, sentí que la tensión entre nosotros disminuía. Harrison estaba tranquilo y relajado, contándome historias sobre sus abuelos y su vida en Chile. Y mientras cocinábamos, el delicioso olor del estofado recorría la cocina, llenando la habitación de un aroma cálido y reconfortante.

Mientras el guiso empezaba a cocinarse a fuego lento en la olla, Harrison me enseñó a preparar una sencilla salsa como guarnición. Picó cilantro fresco y lo mezcló con dados de tomate, cebolla y un chorrito de lima. La salsa era sencilla pero deliciosa y añadía un sabor brillante y fresco al guiso rico y abundante.

Nos sentamos a comer y gemí al primer bocado. El guiso era abundante, sabroso y un poco picante gracias al pimentón que le había añadido. Me recordó a la comida casera de mi madre, aunque el perfil de sabor era diferente. Cocinar con Harrison fue una forma de conectar con él más profundamente y aprender más sobre el origen y la cultura de su familia. Y aunque dijo que no era el mejor cocinero del mundo, el plato que preparó era delicioso y satisfactorio, un testimonio del poder de la comida para unir a la gente.

"Esto es increíble", dije entusiasmada entre bocado y bocado.

"Me alegro de que te guste", dijo con una sonrisa cálida y satisfecha. "Siempre me siento reconfortado cuando lo como. Es como ser abrazado por mi madre".

"Los abrazos de madre son los mejores", dije, agradecida de que ambos tuviéramos buenas madres, aunque nuestros padres fueran una mierda.

"No hay nada igual", convino.

Terminamos la comida y nos limitamos a hablar de muchas cosas, como siempre hacíamos. De postre, Harrison había comprado mi helado de Cookie Dough y nos sentamos en su sofá, contemplando las centelleantes luces de la ciudad y disfrutando de la compañía del otro. Cuando los cuencos se vaciaron, miré el reloj.

"Creo que debería irme ya", dije.

"Quédate", respondió Harrison y puso su mano en mi muslo. El deseo se desplegó en mí.

"Sí, de acuerdo", acepté, esperando no sonar demasiado ansiosa.

Harrison se levantó y me tendió la mano. La cogí y dejé que me condujera a su dormitorio, la única habitación del ático que aún no había visto.

Enseguida me llamaron la atención los tonos terrosos que llenaban la habitación. Las paredes estaban pintadas de un beige cálido y cremoso que me recordaba a los malvaviscos tostados. Sobre este telón de fondo, los muebles de madera oscura destacaban, añadiendo profundidad y textura a la habitación.

La cama era un auténtico regalo para la vista, con suaves sábanas blancas como la nieve y una mezcla de brillantes almohadas en tonos petróleo, azul marino y naranja. Me debatía entre el deseo de zambullirme en la suave ropa de cama y deleitarme con ella, y el deseo de empujar a Harrison al suelo y hacer lo que quisiera con él.

Unas cuantas pinturas abstractas de colores colgaban de las paredes, añadiendo un toque de vitalidad a la habitación. Las pinceladas eran atrevidas y expresivas, y los colores eran una mezcla de tonos cálidos y terrosos con matices brillantes y juguetones. Me pregunté si había elegido los colores de los cojines basándose en el cuadro, o si había encontrado un cuadro que encajaba con la estética que ya había creado.

Sobre la mesilla de noche había una vieja lámpara de latón con un cálido resplandor ambarino que proyectaba una suave luz en la habitación. Incluso desde lejos pude ver que debía de costar una fortuna. No se podía encontrar algo así en una tienda de segunda mano, sino que

probablemente procedía de una colección increíblemente cara.

Las cortinas de las ventanas eran de un azul intenso, con un sutil brillo que captaba las luces de la ciudad al caer a través de ellas. Eran de una tela pesada y lujosa que tapaba los ruidos de la ciudad y hacía que la habitación pareciera acogedora y privada.

En conjunto, el dormitorio era una obra maestra en la combinación de tonos cálidos y terrosos con atrevidas salpicaduras de color. Era elegante y acogedor, y no pude evitar sentir una sensación de comodidad y seguridad al contemplarlo todo. Igual que en Harrison.

"¿Te gusta?", me preguntó cuando se dio cuenta de que miraba la habitación. "Realmente no sé lo que hago cuando se trata de decorar".

"¿Me tomas el pelo?" Le miré con una sonrisa irónica. "Primero dices que no eres buen cocinero, y luego me preparas la comida más deliciosa, ¿y ahora dudas de tus dotes de decorador? Harrison, esto es fantástico. Y tú también. Me encanta".

De repente, entré en pánico por las palabras que había elegido. Esperaba que no pensara que le quería. Era demasiado pronto para pensar en algo así.

"Gracias", respondió un poco tímido. "Supongo que sólo..."

"¿Qué?", pregunté cuando se interrumpió.

"Es estúpido". Sus ojos se apartaron de mí.

Le cogí las manos y su mirada se deslizó de nuevo a mi cara.

"¡Inténtalo!", le dije suavemente.

Harrison suspiró como si estuviera considerando si abrirse o no.

"No estoy acostumbrado a estar a la altura de las expectativas de la gente", dijo en voz baja.

Se me apretó el corazón. Todo lo que veía en Harrison era una persona generosa, inteligente y asombrosa. En secreto, me preguntaba qué veía en mí un tipo como él. Yo seguía trabajando en el restaurante de mi madre, habíamos aceptado dinero de un desconocido para mantenernos a flote y ni siquiera había empezado a solicitar más trabajos de diseño en Los Ángeles después de mi último rechazo. Comparada con Harrison, yo era una persona caótica y sin éxito. Me dolía pensar que no sabía lo increíble que era.

"Has superado mis expectativas en todos los sentidos", le dije y le apreté las manos.

"Sí, pero tienes problemas de confianza", dijo con una risa hueca.

"Touche", dije. "Pero creo que eres genial, así que tienes que lidiar con ello".

"Siempre que puedas aceptar que yo también pienso que eres genial", respondió.

"No estábamos hablando de mí", dije.

"Ya ves, no es tan fácil, ¿verdad?", dijo triunfante.

Tuve que reírme de nosotros.

"¿Qué tiene tanta gracia?", preguntó.

"Nosotros", respondí sacudiendo la cabeza. "Básicamente nos peleamos por complementarnos. Estamos locos".

Harrison se rió: "Sí, supongo que sí. El mismo tipo de locura".

"Probablemente no sea una buena combinación", bromeé.

"¿Pero quién más nos aguantaría?", dijo, acercándose a él.

"Mmmm", respondí, mirándole y recordando por qué habíamos ido a su habitación en primer lugar. "Supongo que no tenemos elección".

"Una pena, de verdad."

Besé a Harrison antes de que pudiera decir nada más y soltó un gruñido de satisfacción. Nos desnudamos lentamente, tomándonos nuestro tiempo. Cada parte de piel recién descubierta era

tocada con manos tiernas y labios suaves.

Cuando estábamos desnudos, deseaba a Harrison, pero no de la forma desesperada a la que estaba acostumbrada. Era más tranquilo, más profundo. Nunca había sentido nada parecido. El sexo para mí solía ser como deshacerme rápidamente de un estímulo molesto. Quería divertirme y sentirme bien, y eso era todo. Esto era diferente.

Harrison me tumbó en su cama y resultó ser tan suave como parecía. Las sábanas eran de algodón pero parecían de seda, de muy buena calidad. El colchón también tenía la firmeza adecuada. Me costaba creer que aquella fuera mi vida.

Entonces Harrison buscó con sus labios el punto sensible de mi cuello y yo no pensé en otra cosa que en él. Se tomó su tiempo, recorriendo mi cuerpo con las manos y dejando que su boca las siguiera. Se detuvo en mis pechos hasta que me retorcí bajo él, y luego se movió entre mis piernas y trató mi coño con la misma minuciosidad. Me llevó al borde del orgasmo, lamiéndome y chupándome hasta que me temblaron las piernas.

Jadeé cuando se apartó, pero no me importó que se burlara de mí. Quería que la noche durara para siempre.

"¿Estás lista para más?", me preguntó, frotándome los muslos tranquilizadamente.

"¿Tienes siquiera que preguntarlo?", respondí, respirando agitadamente.

Sonrió, pero había algo suave en sus ojos. Me dejó sola un momento para coger un preservativo y, tras ponérselo, volvió a besarme. Cogió una almohada para ponerla debajo de mis caderas y, cuando las levanté para ayudarlo, me besó también el interior de los muslos.

En cuanto me puse cómoda, Harrison enganchó mis piernas sobre sus hombros y se enderezó. Entró en mí lentamente, sus ojos estudiando mi rostro mientras continuaba penetrándome. Sus manos estaban firmemente sobre mis muslos, sujetándome firmemente mientras cerraba mis piernas. Era intenso y me encantaba cada segundo.

Cuando por fin empezó a moverse, apoyé la cabeza en la almohada y me dejé llevar. Harrison me cuidó, como siempre hacía.

Me quedé atrapada en su mirada y no retrocedí. Gemía casi con cada embestida, el placer me recorría, irradiaba desde mi interior. Puse las manos en las de Harrison donde me sujetaba, quería que estuviéramos lo más conectados posible.

Había perdido la noción del tiempo, sólo estábamos nosotros. Juntos. Ni siquiera me di cuenta de que se acercaba mi orgasmo hasta que grité de repente, a punto de llegar al clímax de nuevo. Harrison ralentizó sus embestidas y movió las caderas en círculos lentos y ondulantes. Era como si supiera que aún no estaba lista para acabar.

Pero yo no podía aguantar para siempre y él tampoco. Me aferré a las manos de Harrison mientras el éxtasis se apoderaba de mí. Él no se quedó atrás y atravesamos juntos el éxtasis.

Cuando mi orgasmo remitió, me sentí aletargada y agradablemente somnolienta. Harrison se ocupó del preservativo y volvió a la cama, me ayudó a meterme bajo las sábanas y se unió a mí. Se acurrucó contra mí y me encantó sentir su cuerpo contra el mío, sus brazos a mi alrededor, más de lo que quería admitir, incluso a mí misma.

"Me alegro mucho de haberte conocido", dije en voz baja, pensando en lo feliz que era a pesar de todo lo que estaba pasando en mi vida. Sólo habían pasado unas semanas desde que nos conocimos, pero mi vida antes de Harrison parecía un mundo completamente distinto.

"Yo también", respondió suavemente y me dio un beso en el hombro.

Me dormí y me sentí segura y protegida.

Capítulo 13

Harrison

Cuando me desperté, Miranda seguía cómodamente en mis brazos. Era como si estuviera hecha para mí, encajábamos a la perfección. Me sentía profundamente satisfecho, pero mi mente zumbaba como un enjambre de abejas. Nunca se me habían dado bien las relaciones y no quería arruinar lo que teníamos por ir demasiado rápido. Por mí y por Miranda. Pero era innegable que el tiempo que había pasado con ella me había abierto los ojos a nuevas posibilidades. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que había algo más en la vida que mi carrera y tratar de cumplir las expectativas de mi padre.

Vi cómo Miranda se despertaba y se volvía hacia mí, con una pequeña sonrisa en los labios. En momentos así, quería arriesgarme y decirle lo que sentía, pero me contuve. No quería asustarla, sobre todo porque acabábamos de conocernos. Nunca me había sentido tan cerca de nadie tan rápido, ni siquiera de mis amigos.

Quizá yo también tenga miedo.

Pasamos la mañana en la cama, hablando y riendo, y sentí que la conexión entre nosotros se hacía cada vez más fuerte. Pero las palabras seguían sin decirse. En algún momento nos levantamos y le preparé el desayuno. Comimos en el balcón y disfrutamos de la impresionante vista de la ciudad.

Mientras estábamos sentados en un cómodo silencio, me pregunté si ella sentiría lo mismo que yo. Pensé en la noche anterior, no sólo en el sexo que había sido tan íntimo que me había oprimido el corazón. Sino también las cosas que habíamos hablado y lo que había compartido con ella. Tenerla en mi piso era algo grande, y pensé que ella podría tener alguna idea de lo que eso significaba.

Pero yo tenía demasiado miedo para preguntarle si Miranda sentía lo mismo, demasiado miedo al posible rechazo. Así que continuamos nuestro día juntos, disfrutando de la compañía del otro sin mencionar los sentimientos crecientes entre nosotros.

A la hora de comer, Miranda tuvo que marcharse, pero nuestras despedidas duraron.

"Me preguntaba si te gustaría venir a cenar a casa de mis padres esta noche", preguntó entre besos. "Mamá se muere por conocer al hombre que nos ayudó tan generosamente".

"¿Eso es todo lo que cree que soy?", pregunté. Era lo más cerca que podía estar de la verdadera pregunta que me rondaba por la cabeza.

"Quizá sepa que somos algo... más", respondió con cautela.

Más. Dice tanto y tan poco.

Pero una reunión con los padres, ese era un gran paso. Si Miranda estaba lista para eso...

"Me encantaría ir", respondí, con un cosquilleo en el estómago. "¿Qué puedo llevar?".

"Eres maravilloso", sonrió.

"No empecemos con eso otra vez", me reí. "Traeré una botella de vino".

"Perfecto, a mis padres también les encanta el tinto, igual que a nosotros", dijo. "Además, tenemos la tradición de cocinar juntos, así que empezamos temprano, sobre las cinco. Espero que esté bien".

"Eso está más que bien", acepté. Cocinar juntos en familia era un concepto extraño para mí, pero sonaba bien.

"Genial", dijo Miranda, aún sin irse. La besé una vez más. "Te enviaré la dirección".

"¿Por qué no te recojo?", pregunté.

"Oh, sería estupendo, gracias", respondió ella. "Está un poco apartado, ¿de verdad no te importa?".

"De ninguna manera, vete ahora antes de que se vaya tu taxi".

Miranda se rió y le robé otro suave beso antes de marcharse.

Nunca me había sentido solo en mi piso, pero sin Miranda lo estaba por primera vez.

Conocer a los padres fue un gran paso. Miranda siempre parecía tan indecisa como yo a la hora de definir nuestra relación. O al menos eso pensaba yo. ¿Era su forma de indicarme que estaba lista para algo más formal? Pero si no lo estaba...

Su mamá tenía muchas ganas de conocer al hombre que tan generosamente les había ayudado.

¿Y si eso fuera todo? La atracción que Miranda sentía por mí podía provenir fácilmente de un sentimiento de gratitud. Era algo que ya había experimentado antes en mi trabajo pro bono: cuando ayudas a alguien en una situación tan estresante, los sentimientos pueden volverse fácilmente intensos. Era una simple transferencia, como cuando la gente se enamora de sus médicos o enfermeras.

Pensar que Miranda sólo estaba conmigo por gratitud me produjo un escalofrío. Cuando empezamos a salir, me preocupaba tanto que no pensara que intentaba manipularla que no me había planteado la alternativa.

Me estremecí. No tenía motivos para dudar de Miranda, salvo mi propia inquietud. Entre mis propios sentimientos crecientes -algo en lo que no tenía mucha experiencia- y la oficialidad de la cena de esta noche, era normal estar nervioso. ¿No?

Estaba ocupado eligiendo una botella de vino tinto de mi colección. Nunca había conocido a los padres de nadie y quería causar una buena impresión. Encontré una buena cosecha, algo con notas de fruta negra y un toque de especias. Sería perfecto para conocer a la mujer detrás de Heartland Kitchen.

Me duché y me puse un traje gris marengo con camisa azul claro, sin corbata por si era demasiado formal. Miranda me envió un mensaje con la dirección y le dije a qué hora pasaría a recogerla para llegar a tiempo a casa de sus padres. Como de costumbre, llevaba un vestido precioso que realzaba su perfecta figura. El vestido midi de color lavanda le caía en suaves pliegues alrededor de las caderas y le hacía brillar los ojos.

"Estás impresionante como siempre", le dije y la besé en los labios.

"Y tú pareces a punto de desfilas por una pasarela", dijo, dejando que sus ojos recorrieran mi figura de arriba abajo. Casi quería llevarla a su piso y olvidarme de la cena. Incluso unas horas sin ella me habían parecido demasiado tiempo.

Pero me abstuve y conduje a casa de sus padres, intentando no ponerme demasiado nervioso. Quería que la cena saliera bien y que les cayera bien a los padres de Miranda. Sabía que ella mantenía una relación muy cercana con ellos y me preocupaba que, si no les caía bien, pudiera afectar la opinión que Miranda tenía de mí. Nunca había sido lo suficientemente bueno para mi padre, pero los padres de Miranda no eran tan esnobs y crueles como él, tal como Miranda los había descrito.

Los sentimientos de la mañana seguían pesando sobre mí. Esperaba que esa noche significara que Miranda estaba lista para algo más serio, que sentía lo mismo que yo... pero no estaba seguro.

No sabía qué haría si ella no correspondía a mis sentimientos. Podría arruinar todo lo que

teníamos con unas pocas palabras. Nunca me había visto en una situación así, estaba acostumbrado a terminar las cosas antes de que se pusieran demasiado serias. La parte habitual de mi cerebro me decía que huyera antes de descubrir que Miranda no sentía lo mismo que yo. Pero no quería que esto terminara, no si no tenía que hacerlo.

Mientras conducía, Miranda explicó que la casa había sido la casa de la infancia de Anthony, su padre adoptivo. Era vieja y no la habían reformado, pero la habían amueblado con el limitado presupuesto que tenían.

Cuando nos detuvimos frente a la casa, no pude evitar sentirme encantado. La vieja casa estaba enclavada entre los árboles de una calle tranquila. La pintura descolorida del exterior le daba un encanto propio de la edad. El porche estaba decorado con macetas y las mecedoras parecían tener décadas a sus espaldas.

Al entrar, me llegó a la nariz el reconfortante aroma de la madera vieja y los libros. La casa era acogedora y estaba repleta de muebles y adornos de distintas épocas. Había fotos enmarcadas de Miranda y su hermana de niñas y baratijas antiguas en las estanterías.

A pesar de la falta de comodidades modernas, la casa estaba bien cuidada. Estaba claro que los padres de Miranda habían puesto mucho cuidado en preservar la historia y el carácter de la casa. Mientras caminábamos dentro, no pude evitar una sensación de calidez y comodidad que sólo se puede sentir en un espacio que ha sido amado durante generaciones. Esta casa era un verdadero hogar, a diferencia de la mansión estéril en la que yo había crecido.

Miranda me presentó a sus padres, Catherine y Anthony, y fue agradable poder ponerle cara a los nombres. Catherine tenía una calidez amistosa que me recordaba a mi propia madre, y podía ver el parecido con Miranda. Anthony me estrechó la mano con firmeza, pero no como si quisiera demostrarme quién mandaba. Parecía una buena persona, con ojos amables y una sonrisa verdadera. Era fácil ver que una mujer vivaz como Miranda provenía de una familia así.

Les entregué la botella de vino y Catherine enseguida consiguió copas para el vino y Anthony sirvió. Si hubiera sido la casa de mi padre, habría insistido en probar el vino según las reglas de etiqueta. Y no habría tenido reparos en rechazar el vino si no le gustaba.

"Esto es excelente", dijo Anthony, agitando su copa de vino hacia mí. "Gracias".

"De nada", respondí y bebí un sorbo. Realmente era una añada excelente. "Es uno de mis vinos favoritos".

"Vamos a la cocina", sugirió Catherine. "¿Tenemos algo que cocinar!"

Seguí a la familia hasta la habitación que era claramente el corazón de esta casa. La cocina no era enorme, pero había espacio suficiente para que cuatro personas trabajaran codo con codo. Catherine empezó inmediatamente a delegar. Le pidió a Anthony que desmenuzara un pollo asado mientras ella ayudaba a Miranda a preparar una masa de queso.

"Hay pastel de pollo", me informó Catherine. "¿Te parece bien lavar y cortar las verduras?"

"Creo que puedo arreglármelas", dije con una sonrisa.

"Harrison es muy buen cocinero", dijo Miranda con una sonrisa. "Anoche me hizo un guiso de pollo chileno buenísimo. Cazuela de ave".

El entusiasmo de Miranda era radiante y me dio un vuelco el corazón que recordara el nombre del guiso que le había cocinado. Probablemente también era buena señal que presumiera de mí.

"¿Ah, sí?" Catherine me miró con las cejas levantadas. "Eso suena bien".

"Tendré que cocinarlo para ustedes alguna vez", dije, recogiendo el apio, las zanahorias y los champiñones. Enjuagué las verduras en el profundo fregadero de porcelana que, obviamente, había estado allí desde que se construyó la casa.

"Eso estaría bien", asintió Catherine.

"Te gustará, mamá", dijo Miranda con entusiasmo, "es un poco picante, pero sustancioso y agradable".

Significaba mucho para mí que describieran así mi receta familiar, y dirigí a Miranda una mirada suave y agradecida. Ella me sonrió y sus preciosos ojos azules brillaron de felicidad.

Catherine dirigía las cosas con delicadeza, dando instrucciones redactadas como peticiones y asegurándose de que todos estaban contentos con su trabajo. Miranda y sus padres funcionaban como una máquina bien engrasada y yo podía encontrar mi sitio con ellos. Nunca había vivido nada igual.

Estaba cortando las zanahorias en dados cuando Catherine dijo: "Quería agradecerte personalmente todo lo que has hecho por nosotros, Harrison".

Levanté la vista, mi cuchillo se frenó. Catherine estaba amasando la masa, con las manos cubiertas de harina. Anthony me observaba desde su puesto de trabajo, donde casi había terminado de desmenuzar el pollo. Quería decirle que no era nada, pero sabía que sonaría como un insulto. No era nada para ella, lo sabía. Pero un simple "de nada" sonaba tan plano. Lo último que quería era que la familia de Miranda se sintiera incómoda o en deuda conmigo.

Tras una pausa demasiado larga, dije: "Me alegro de haber podido ayudar. Odio cuando la gente buena pierde sólo porque el sistema no es justo".

"¿Y cómo sabes que somos buena gente?", preguntó Catherine enarcando una ceja.

Puedo entender de dónde saca Miranda su fuego.

"Mamá", gimió Miranda con rabia. Pero Catherine la ignoró, me miró a mí y esperó mi respuesta.

El ayuntamiento opositor, los jueces duros... nada de eso podía tocar a Catherine Davenport cuando me miraba. Tenía la sensación de que quería proteger a Miranda.

"Podría decir que mi instinto", dije. "Y después de conocer a Miranda, creo que es seguro decir que mi instinto estaba en lo cierto".

Me arriesgué a echar un vistazo a Miranda y me di cuenta de que escondía una sonrisa detrás de una mano manchada de harina.

"Supongo que tu instinto no se ha equivocado", dijo Catherine y empezó a sonreír.

Sólo me di cuenta de lo rígida que se me había puesto la columna cuando me relajé. Quería gustarle a la familia de Miranda. Nunca había conocido a los padres de nadie, al menos de nadie con quien estuviera saliendo. Si se podía llamar así a esta cosa indefinida que estábamos haciendo.

"Definitivamente", asentí.

Anthony sonrió y negó con la cabeza.

"¿Por qué no te lleno la copa?", dijo, alcanzando la botella de vino que había traído, "parece que te vendría bien".

Asentí con gratitud, Anthony se lavó las manos y volvió a llenar mi copa.

"No tenías por qué ser estricta, cariño", le dijo Anthony a Catherine, pero sonaba divertido.

"¿Un hombre que no conocemos pagó nuestras deudas y luego salió con nuestra hija? Una madre se preocupa", dijo y continuó con los pasteles.

"Puedo cuidarme sola", dijo Miranda, la ternura deslizándose en su tono hosco.

Parecía una locura decirlo así. No podía explicar por qué mi deseo de ayudar a la familia de Miranda había sido tan fuerte. Podía atribuirlo a las dificultades con mi padre, pero no era suficiente. Incluso podía decir que quería impresionar a Miranda, pero tampoco era suficiente.

No creía mucho en el destino. Hasta que conocí a Miranda. Sabía que tenía que ayudar. No podía evitarlo.

"Bueno, si lo pone de esa manera", le dije, "puedo entender por qué estaba preocupada".

Seguimos cocinando y hablando. Me llevaba bien con Catherine y Anthony. Sentí que realmente pertenecíamos el uno al otro, lo que era una experiencia tan nueva para mí como cocinar en familia. Cuando el pastel de pollo estuvo en el horno, sentí que había logrado algo, aunque sólo hubiera picado verduras.

Fue casi tan satisfactorio como cocinar con Miranda anoche. Después de pasar tanto tiempo solo -tanto de adulto como de niño- era extraño pero bueno formar parte de algo para variar.

Me acordé de las fotos familiares que había visto por el camino y le pedí a Miranda que me las enseñara. Estuvo encantada y me explicó las historias que había detrás de cada foto. Por ejemplo, el concurso de talentos que ella y su hermana Vanessa habían celebrado en el patio trasero.

"Por alguna razón Vanessa decidió que teníamos que hacer malabares", dijo Miranda riendo. "Sólo que ninguna de nosotras sabía hacerlo, así que lo dejamos todo".

"Yo no podría hacer eso con mi hermana", dije, deseando haber tenido la misma experiencia que Miranda. Mi soledad me dolía como una vieja cicatriz. Era algo que ya no sentía muy a menudo. Estaba demasiado ocupado con mi trabajo para notarlo.

"Espera, ¿tienes una hermana? ¿Por qué no lo sé?", preguntó frunciendo el ceño.

Me froté la nuca.

"Media hermana", corregí. "Fiona es siete años menor que yo y sólo supe que era mi hermana después de que mis padres se divorciaran".

Se me apretó el estómago al pensar en aquella vieja herida. Quería a Fiona y no era culpa suya que mi padre hubiera hecho lo que había hecho.

"Parece que hay una historia ahí", dijo Miranda en voz baja.

Sí. Básicamente, mi padre engañó a mi madre con una de nuestras criadas. Cuando mi madre se enteró, por fin fue el empujón que necesitaba para divorciarse. La habían educado a la vieja usanza, creía que era su deber quedarse con un hombre por muy cruel que fuera. Pero eso era algo que ella no podía soportar. No es culpa de Fiona, ella es genial. Pero no tuvimos la oportunidad de hacer cosas de hermanos como tú".

"Lo siento", dijo, y yo me limité a encogerme de hombros. No buscaba compasión.

"Me encanta esta casa", dije sin cambiar de tema, pero me desvié. "Es tan acogedora. Cocinar aquí con tu familia fue realmente un placer. Nunca había hecho algo así".

Miranda ladeó la cabeza: "Es curioso, claro que quiero a mi familia, pero no me había dado cuenta de lo afortunada que soy. Creo que la mayoría de la gente se centra más en las cosas que no tiene que en las que tiene. El dinero siempre ha sido un problema para nosotros, así que me imaginaba a toda la gente rica de esta ciudad viviendo mucho mejor que nosotros".

"Ni mucho menos", dije sacudiendo la cabeza. "Todo el dinero del mundo no puede hacer que la gente mala sea amable ni que la gente dura se ablande. Claro que importa cuando se trata de cosas prácticas. Pero incluso sin todas las dificultades a las que se enfrenta la mayoría de la gente, según mi experiencia, la mayoría de los ricos son desgraciados."

"Creo que todo el mundo tiene problemas", dijo, "y nadie puede saber realmente cómo es la vida de los demás".

"Creo que sí".

Volvimos a encontrarnos con Catherine y Anthony en el salón, donde me contaron historias de Miranda cuando era niña. En algunas de ellas Miranda escondía la cara avergonzada, en otras se

reía y terminaba la historia. Todas me encantaron.

Sonó el temporizador del horno y Miranda fue a echar una mano a Catherine mientras yo ayudaba a Anthony a poner la mesa. Después de sólo unas horas, ya sentía que encajaba aquí. Me sentía más en casa que nunca.

Miranda

Mi mente estaba concentrada en Harrison mientras ayudaba a mamá a sacar los pasteles de pollo y comprobar que estaban bien cocinados. Era mucho más de lo que pensaba, e incluso semanas después seguía aprendiendo cosas nuevas sobre él que no hacían más que enamorarme aún más.

Me gusta. Qué palabra tan débil para describir cómo mi corazón se siente lleno a reventar cuando estoy con él.

Cuando casi se me cae uno, mamá me miró pensativa.

"Tú Harrison parece simpático", dijo en voz baja, sabiendo que él y mi padre estaban en la otra habitación.

"No es mío", respondí automáticamente. Otra mirada de mi madre me hizo añadir. "Pero a lo mejor quiero que lo sea".

"¿Cuál es el problema?", preguntó, sacando el resto de los pasteles sin mi ayuda. Mamá no quería arriesgar la cena, y no podía culparla.

Suspiré. Ni yo misma estaba segura.

"Creo que sólo tengo miedo", dije finalmente.

Mamá dejó la comida y se volvió hacia mí. Supe que hablaba en serio cuando ignoró la comida.

"¿De qué tienes miedo?"

Me mordí el labio. "Supongo que... que son un par de cosas. No quiero ser una de esas chicas que se definen por su relación".

"Cariño, no podrías ser definida por un hombre aunque lo intentaras", dijo con una risa amistosa.

"Lo sé, yo sólo..." No sabía cómo explicarlo.

Me miró como si me estuviera atravesando con la mirada. Siempre había sido capaz de hacer eso. "¿Se trata de Paul?"

Me estremecí al escuchar su nombre. "Así que se trata de él", añadió.

"No quiero acabar con alguien así", dije, esperando que mi madre no se lo tomara a mal. "No es que la gente anuncie que son abusivos".

"¿Crees que Harrison es así?", preguntó ella, enarcando las cejas con sorpresa.

"No", admití. "Sé que es ilógico. Es sólo que no quiero involucrarme demasiado con nadie. No es sólo él".

Mamá suspiró y se acercó a darme un abrazo.

"Sé que da miedo jugarse el corazón", dijo, apretándome y luego soltándome. "Nunca pensé que podría tener una relación de nuevo hasta que tu padre - es decir, Anthony - apareció. Y entonces también tuve que pensar en ustedes. Hubo tantos momentos en los que me pregunté si estaba haciendo lo correcto".

"¿Cómo sabías que tenías que arriesgarte con papá?", le pregunté.

"En realidad fueron dos cosas. La forma en que las trató fue lo más importante para mí. Pero aparte de eso, me di cuenta de que mi vida sería mucho peor sin su amor. Que él me hizo una persona más plena".

"¿No puede una persona ser íntegra por sí misma sin depender de nadie?", pregunté, negándome a creer que la vida funcionara así.

"Claro", dijo mamá, encogiéndose de hombros. "Creo que la gente puede ser muy feliz de soltera, siempre que realmente quiera serlo. No se trata de estar entero, sino de si la vida es mejor o peor con alguien al lado. Tiene que hacer que incluso los peores momentos sean un poco mejores porque sabes que puedes contar con ese alguien. Tienes que ser la persona a la que quiere contar sus buenas noticias, o la persona con la que quiere volver a casa para poder quejarse de su mal día".

Asentí a lo que decía mamá. Tenía mucho sentido cuando lo decía así.

"Sólo una advertencia", dijo, captando toda mi atención. "No esperes demasiado para averiguarlo, ¿vale? Aquí nadie espera eternamente. Sé sincera antes de que sea demasiado tarde".

"¿Y si él no siente lo mismo?", pregunté.

Me miró como si fuera estúpida.

"Está aquí, ¿verdad?", dijo, como si fuera tan obvio. "Pero incluso si no se siente así, no te quedarás a oscuras. Sería mucho peor no correr el riesgo y seguir preguntándonos".

Asentí con la cabeza. Mamá tenía razón.

"Ahora vamos a poner la cena en la mesa antes de que se enfríe", dijo.

Le ayudé a repasar todo y tuvimos una cena previsiblemente estupenda. La conversación fue sobre ruedas, como siempre con Harrison. Se llevaba bien con mis padres.

Simplemente encaja. A todo en mi vida.

Después de cenar, mamá nos dijo que habría tarta de melocotón de postre, pero que necesitaría un rato en el horno. Decidí que no quería esperar para hablar con Harrison, así que le pedí que me acompañara a un parque cercano. Aceptó encantado y emprendimos el camino, al menos para mí familiar, hacia el parque donde Vanessa y yo habíamos jugado de pequeñas.

El sol acababa de ponerse, bañando el cielo de colores cálidos y brillantes. Me encantaban estos días más largos en los que el sol parecía reacio a desaparecer. Una suave brisa hacía crujir las hojas de los árboles. Todo parecía tan lleno de vida, excitante y tranquilizador al mismo tiempo. Me sentía nerviosa y valiente al mismo tiempo.

Cuando llegamos al parque, una bandada de palomas picoteaba sin éxito un trozo de pan en el suelo.

"Oh", dijo Harrison, caminando lentamente hacia las palomas y poniéndose en cuclillas para coger el pan. Empezó a desmenuzarlo y a esparcirlo por las palomas mientras éstas picoteaban a sus pies. "¿Quieres ayudar?"

Sonreí, cogí un poco del pan que me ofreció y le ayudé a dar de comer a los pájaros.

¿Cómo iba a pensar que un hombre como él podría convertirse en un mal tipo?

Las palomas picotearon con avidez las migas, las devoraron y arrullaron.

"La gente no aprecia lo suficiente a las palomas", dijo Harrison. "Mira cómo brillan sus alas verdes. Son preciosas".

"Lo son", dije, mirándolas con ojos nuevos. Harrison tenía una forma de hacerme ver todo de otra manera.

Cuando se acabó el pan, Harrison dejó que su mano se deslizara entre las mías mientras

veíamos desaparecer las últimas migas. Su mano estaba tan caliente y sujetaba la mía con tanta seguridad. De algún modo, parecía más íntimo que el sexo. Me había acostado con muchos hombres, pero ninguno de ellos podría haber convertido el hecho de dar de comer a las palomas en un momento así. Ninguno de ellos podría haber conseguido cogerme de la mano, hacer que mi corazón se acelerara y sentirme llena al mismo tiempo.

"Tengo la sensación de que aquí tenemos algo muy especial", dije, casi con miedo de ver la expresión de la cara de Harrison, pero incapaz de apartar la mirada.

Por favor, que sienta lo mismo.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

"¿Sí? Yo también", dijo. "¿Una conexión real?"

Lo formuló como una pregunta, pero no lo pareció. Quizá los dos teníamos miedo de dar el siguiente paso, pero recordé el consejo de mi madre. Retenernos no nos ayudaría.

"Por supuesto", dije y puse mi mano alrededor de la suya. "Sé que sólo nos conocemos desde hace unas semanas, no quiero apresurar las cosas, pero..."

"Esto no se siente como apresurarse, sólo se siente ..."

"Muy bien", añadí a la frase.

"Sí", dijo Harrison y se volvió hacia mí. Los últimos rayos del sol coloreaban su rostro en tonos dorados, mientras el cielo se tornaba ya de un púrpura intenso. Seguí su luz. Incluso cuando el sol se hundía en el horizonte y se acercaban las sombras de la noche, él seguía brillando para mí.

Nuestros labios se encontraron y el beso comenzó lenta y tiernamente. La mayoría de nuestros besos terminaban en sexo, pero éste era la expresión de algo mucho más profundo. Algo para lo que aún no encontrábamos las palabras adecuadas, pero que ambos sentíamos.

Lucy tenía razón, cuando tienes a alguien en tu vida con quien compartirlo todo, todo mejora.

Capítulo 14

Harrison

El lunes por la mañana llegué a la oficina con paso ligero. Cada vez que pensaba en Miranda y en nuestro momento en el parque, se me llenaba el estómago de mariposas emocionadas. Casi me habría dado vergüenza si no me hubiera sentido tan bien. El hecho de que me llevara tan bien con sus padres era una ventaja añadida. Me habían acogido en su casa con tanta calidez que me quedé boquiabierto.

Incluso cuando Marcus me estaba esperando en mi despacho con una expresión severa en la cara, eso no empañó mi estado de ánimo.

"Tenemos que hablar", dijo en voz baja y seria. Cerró la puerta y el sonido tuvo algo de definitivo que me quitó las mariposas del estómago.

"¿De qué va esto?", pregunté mientras la nuca empezaba a punzarme. Marcus era un tipo bastante serio en un buen día, pero su cara era como un trueno.

"Los vi besándose a ti y a la señorita Davenport", dijo con voz de acero.

El aire parecía escaparse de mi despacho mientras la sangre se me helaba en las venas.

"No es ... No estaba..." Busqué la forma de negarlo, pero me tropecé con las palabras como un alumno de primaria al que pillan con la mano en la lata de galletas.

"No me vengas con eso", se burló Marcus, como si fuera a ofenderle si intentaba negarlo. "Silver Lake. El parque. Anoche. ¿Te suena?"

Tragué saliva. ¿Cuántas horas había pasado en salas de vistas y comparencias de testigos, enfrentándome a los adversarios más duros sin siquiera sudar? Pero esta acusación me hizo chasquear la lengua y me hizo entrar en pánico.

Sí, porque normalmente no se trata de mi culo.

"¿Tienes idea de lo que esto puede significar para el bufete?", preguntó Marcus, con la voz hinchada por la ira. "Por no hablar de los problemas éticos de acostarse con una cliente inmersa en un litigio".

"Mi vida privada no es asunto del bufete", dije cuando por fin recuperé la voz. "Tampoco es asunto tuyo".

"Lo hará si puede costarme un caso", siseó Marcus.

"Tenemos cuidado", dije, pero sabía que era una defensa débil.

"Ajá, así que se estaban besuqueando en un parque público", dijo en tono llano y enfadado.

Agaché la cabeza. No tenía una respuesta preparada. Desde el principio supe que era una situación precaria, que estaba sobre hielo delgado cuando me reunía con alguien que se encontraba en un caso con el bufete.

Gracias a Dios que no sabe nada de cómo les ayudé económicamente.

"Termina esto", dijo fríamente. "Ahora."

Abrí la boca para protestar. Marcus no tenía derecho a decirme con quién podía tener una relación. Pero se me adelantó.

"Esto podría costarnos la carrera a los dos", dijo, sin echarse atrás pero siendo razonable. Esa fue la peor parte. "Tienes suerte de que acuda a ti y te diga que lo dejes por hoy en lugar de ir directamente al socio director".

Si nuestro jefe se entera, podría despedirme de este trabajo inmediatamente.

"Lo entiendo", dije, con un nudo en la garganta.

Marcus me miró largamente antes de asentir y salir de mi despacho. Me desplomé en la silla y apoyé la cara entre las manos. Conocía los riesgos, pero de algún modo había conseguido ignorarlos. Estaba demasiado atrapado en mis deseos egoístas como para pensar en las consecuencias.

Decidí ir al gimnasio de boxeo después del trabajo. No había ido desde que Miranda y yo estábamos juntos. Pero necesitaba despejarme, pensar en todo esto. Tenía que ser cuidadoso para seguir adelante.

Miranda

Cuando vi la cara de mi madre al entrar a trabajar en el restaurante aquella mañana, supe inmediatamente que algo iba mal.

"¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?", pregunté mientras las posibilidades corrían por mi cabeza. ¿Vanessa estaba bien? Hacía tiempo que no sabía nada de mi hermana. ¿Era papá?

"Acabo de hablar por teléfono con nuestro abogado", dijo mamá, con la cara blanca y la boca tensa. "Aparentemente Paul tiene pruebas de que es su receta".

Negué con la cabeza: "¿Cómo? Es nuestra receta familiar, ¿cómo puede demostrar que es suya?".

"No lo sé", dijo mamá, a punto de llorar. Me acerqué rápidamente para abrazarla. Odiaba cómo la estaba afectando este juicio. Odiaba que Paul estuviera haciendo esto y que mi querida y fuerte madre estuviera siendo tratada así. "Si consigue los derechos de esta receta, estamos arruinados. El restaurante no gana lo suficiente para mantenerse a flote sin ella".

El miedo me revolvía el estómago. No sabía qué haríamos si el restaurante quebraba. Pero no se trataba sólo del aspecto práctico y financiero. No quería que el bastardo biológico de mi padre ganara. No quería que usurpara nuestro patrimonio familiar, que destruyera nuestra reputación y, con ella, nuestras vidas. Mi madre había trabajado muy duro para sacar adelante este restaurante. No podía perderse todo sólo porque un gilipollas fuera un buen mentiroso.

"¿Qué dijo el abogado?", pregunté, buscando esperanza, un camino a seguir. "¿Cómo quieres proceder?".

Mamá negó con la cabeza. "Dijo que no es exactamente de su especialidad y que para eso tenemos que traer abogados especializados. Pero son tan caros que no sé si podremos costearlos".

"Tenemos que intentarlo", dije inmediatamente, sonando más fuerte de lo que me sentía. Ojalá pudiera hablar con Harrison, pedirle consejos. Pero no podía ponerle en esta situación, no era justo. Sabía que las cosas ya estaban al borde de lo ético. "¿Segura que nunca anotaste la receta?".

"Estoy segura", dijo mamá, bajando los hombros. "Conozco la receta de memoria desde que era niña".

"¿Hay fotos tuyas cocinándola?", pregunté, buscando una pizca de esperanza.

"Ninguna", dijo. "De pequeños no teníamos cámara".

"Cualquier prueba que tenga debe ser falsa", razoné. "¿No hay formas de probar esas cosas?"

"No tengo ni idea", dijo, sonando tan desesperada como yo empezaba a sentirme.

Busqué otra solución, pero me estaba agarrando a un clavo ardiendo.

"¿Hay algún otro familiar que pueda responder por ti?", le pregunté.

Sacudió la cabeza. "Cualquiera que lo supiera hace tiempo que está muerto. Además, si tiene pruebas..."

"Pero no *puede* tener *ninguna* prueba", gruñí. Nada de esto era justo y sentía que me estaba volviendo loca.

"Lo sé, pero ¿qué hacemos?", preguntó.

Apreté los puños. "Tenemos que luchar contra esto, tenemos la verdad de nuestro lado".

"Quizá la verdad no importe", dijo abatida. "Tal vez sea mejor dejarle la receta y cerrar el restaurante antes de que las cosas se pongan realmente mal. Harrison compró nuestra deuda, así que por qué no cortar nuestras pérdidas antes de volver a ese lugar. Puede que tengamos que vender la casa, pero..."

"No", la interrumpí, "no te dejaré hacer eso".

La mención de Harrison sólo hizo que me dieran más ganas de acudir a él. Sabía que encontraría la manera de resolver el problema. Pero me importaba demasiado como para cargar con él. También deseaba acurrucarme en sus brazos y esconderme de todo durante un rato. Aunque no pudiera pedirle ningún consejo, él podría hacer que todo fuera mejor con sólo abrazarme.

Era una sensación a la que no estaba acostumbrada. Nunca quise depender de nadie. Pero Harrison me lo puso fácil. Él era mi lado bueno en todo esto.

Intenté pensar en otra forma de demostrar que la receta pertenecía a nuestra familia. No estaba segura de que hubiera alguna. Cuando era sólo nuestra palabra contra la de Paul, pensé que podríamos tener una oportunidad. ¿Pero con sus supuestas pruebas? La esperanza se me escurría entre los dedos como la arena.

Después de las pocas semanas con Harrison, sentía que el futuro era algo a lo que aspirar. Ahora no estaba tan segura.

Harrison

Entré en la sala de boxeo poco iluminada y respiré hondo mientras el golpe rítmico de los guantes sobre el saco de boxeo resonaba en la sala. El peso de la situación me pesaba sobre los hombros.

Siempre había sido un hombre de principios, pero mis sentimientos por Miranda nublaban mi juicio. Mientras acunaba mis manos, no podía evitar pensar en ella: su sonrisa radiante, su espíritu ardiente, la forma en que me desafiaba de maneras que nunca creí posibles. Había llenado mi vida de alegría y sentido y me había hecho darme cuenta de lo vacío que me había parecido todo hasta que ella estuvo conmigo.

Entré en el ring y sentí el frescor de las cuerdas contra mi espalda. Mi oponente me esperaba con la barbilla levantada. Empecé a lanzar puñetazos, mis movimientos se hicieron más fluidos mientras me concentraba en mi respiración. El sudor goteaba de mi frente mientras luchaba contra el impulso de ceder a mi deseo. Al asestar un golpe especialmente fuerte, me di cuenta de que ya no podía ver a Miranda.

No sólo era moralmente incorrecto, sino que podía tener graves consecuencias para su familia. Si metía la pata, podrían perder la batalla legal. No estaba preparado para ser la razón por la que

se arruinara la vida de alguien, especialmente la suya. Yo no era mi padre, que podía jugar tan displicentemente con la vida de los demás y satisfacer cualquier deseo.

Con cada puñetazo y cada gancho, mi determinación se hacía más fuerte. Sabía que tenía que romper con Miranda, por mucho que me doliera. Catherine no merecía perder su restaurante. No podía dejar que un hombre como Paul Gunn ganara. La gente como él, la gente como mi padre, ganaba demasiado en este mundo. Mientras esquivaba un puñetazo, pensé en las consecuencias de mis actos y en lo que pasaría si no hacía lo correcto. No podría vivir conmigo mismo.

La idea de perder a Miranda me dolía. Incluso más de lo que pensaba. Mi oponente me clavó un afilado gancho en la mejilla izquierda. Mis dientes lo mordieron, llenándome la boca con el sabor metálico de la sangre, pero no podía sentirla. El dolor no era nada comparado con perder a Miranda.

Me estoy enamorando de ella.

Un puñetazo en la boca del estómago me hizo jadear, me acurruqué y me aferré a mí mismo. Pero si amaba a Miranda, esa era una razón más para ponerla en primer lugar. Sería egoísta seguir viéndola. Si el caso llegaba a los tribunales, él podría utilizar mi implicación para desacreditar su caso e inventar una historia sobre cómo yo le había dado información. Sería un juego de niños para un abogado como Marcus influir en el jurado en contra de ella.

Me lancé y golpeé un gancho tras otro hasta que mi oponente estuvo contra las cuerdas. Gruñí mientras asestaba un golpe tras otro hasta que el entrenador hizo sonar su silbato y me dijo que retrocediera. Tragué saliva y retrocedí unos pasos.

Me aseguré de que mi adversario estaba bien y parecía estarlo. Yo respiraba con dificultad y el entrenador pidió un descanso.

Me senté en el banco, con el sudor corriéndome por la cara. Respiré hondo y sentí el ardor en los músculos. Sabía que sería difícil romper con Miranda, pero también sabía que era la única manera. No podía permitir que mis sentimientos se interpusieran en mis obligaciones como abogado y como ser humano decente. Cuando me levanté, sentí que me invadía una sensación de claridad. Sabía lo que tenía que hacer. Dolería, pero si la decisión correcta fuera sencilla, más gente la tomaría.

Luché dos asaltos más en el ring, tambaleándome y golpeando a una velocidad que nunca había alcanzado. Al final, apenas sentía los brazos. Ni el dolor de mi corazón. Fui a ducharme y abrí el grifo con el agua demasiado caliente.

Salí del gimnasio agotado física y mentalmente. Pero con una sensación de alivio. Sabía que había tomado la decisión correcta, aunque fuera difícil. No podía dejar que mis sentimientos personales afectaran a mi trabajo y a la vida de los demás. Al marcharme, me sentí orgulloso de mí mismo. Me había enfrentado a mis demonios y había salido fortalecido.

Ahora sólo tenía que enfrentarme a Miranda. Ignoré el creciente hueco en mi corazón y me atuve a mi conciencia y a mi deber.

Capítulo 15

Miranda

"No podemos vernos más".

Se me paró el corazón cuando Harrison habló. Cuando me había enviado un mensaje pidiéndome que viniera, me había emocionado. Llevaba todo el día devanándome los sesos sobre qué hacer con la demanda, y la idea de que podía recurrir a él en busca de consuelo me había calmado los nervios.

Ya debería haberlo aprendido. En el momento en que parece que las cosas van bien, es cuando tengo más problemas.

"¿Por qué?", pregunté, odiándome por sonar tan necesitada.

Harrison hizo una mueca. "Si se tratara sólo de mi trabajo, podría correr ese riesgo", explicó. "Pero la batalla legal se está complicando. Y Marcus sabe lo nuestro. No puedo dejar que me utilice en tu contra. No seré la razón por la que tu familia pierda la receta o el restaurante. No podría vivir con eso".

Pude ver el dolor en los ojos de Harrison y resonó en mi pecho. Reprimí las ganas de llorar. No quería ponérselo más difícil. Comprendía de dónde venía y no quería que arriesgara su trabajo por mí ni que la batalla legal fuera más difícil de lo que ya era.

No sabía cómo podía estar tan tranquilo al respecto. Ayer habíamos estado hablando de cómo teníamos una conexión especial, y ahora Harrison estaba explicando que teníamos que romper como si fuera fácil. Sólo un hecho comprensible pero desafortunado. Ojalá pudiera enfadarme, enfrentarme a él y desquitar mi dolor con ese hombre que me había hecho creer que era seguro abrirme. Harrison me había dado esperanza y valor, y ahora me estaba tirando de la manta.

¿No son los abogados buenos sacando a la gente de estas situaciones? ¿Por qué deja que el Sr. King se salga con la suya?

"Nunca pensé que preocuparse demasiado pudiera ser el motivo de una ruptura", dije, intentando hacer una broma, pero mi voz era demasiado temblorosa para que calara.

"¿Verdad?", dijo Harrison con una risa hueca, rascándose la nuca. "Lo siento, Miranda".

"No, lo entiendo", dije, poniendo cara de valiente. Por fin me había permitido abrirme a alguien, y ahora "Creo que deberías irte ya".

Ya no podía soportar estar cerca de él, no cuando era tan amable y razonable. No cuando el agujero de mi pecho se hacía cada vez más grande y la única persona que podía arreglarlo era la única que no podía tener.

Harrison asintió, estoico excepto por las tensas líneas de dolor alrededor de sus ojos. Ya no podía mirarlo porque lo único que quería era quitarle ese dolor. Habría sido mucho más fácil si hubiera podido odiarle por ello. Pero eso sólo demostraba que era un buen hombre, el tipo de hombre con el que podía imaginarme a su lado por el resto de mi vida.

El tipo de hombre que no lucharía por mí porque es demasiado noble.

Era demasiado orgullosa para pedirle que reconsiderara su decisión. Yo no era esa clase de persona. Si Harrison quería poner fin a las cosas, que lo hiciera. Ni siquiera había considerado la posibilidad de mantener nuestra relación en secreto hasta que se cerrara el caso.

Tal vez nuestra relación no era tan especial después de todo, si una amenaza de su colega es suficiente para poner fin a la relación.

Mientras mi mirada vagaba, noté una marca roja en su mandíbula, una ligera hinchazón. Quise preguntarle qué había pasado, pero eso ya no me importaba.

Quizá no podía odiar a Harrison, pero me odiaba a mí misma por seguir preocupándome tanto. Harrison volvió a su vida perfecta, con su trabajo bien pagado y el sentido de propósito que había encontrado en ayudar a la gente, y con todo el trabajo pro bono que estaba haciendo. Mi vida estaba en ruinas, y ahora lo único que significaba algo para mí había desaparecido de mi vida como si fuera casi nada. Claro que se sentía mal. Incluso creía que me echaría de menos. Pero si le importara tanto como a mí, habría encontrado otra solución.

Tal vez yo era sólo un caso de caridad para él, alguien con quien podía estar y sentirse bien. Y ahora que soy demasiado problema para él ...

"Por favor, vete", dije, apenas capaz de elevar la voz por encima de un susurro.

Harrison se levantó lentamente y se dirigió a la puerta. No me ocupé de él. No podía. Hizo una pausa y yo contuve la respiración, mantuve la espalda recta y giré la cabeza. Intenté reprimir todas las emociones que bullían en mi interior.

Sólo le conocía desde hacía unas semanas, era estúpido enfadarse tanto. Era mejor terminar las cosas ahora antes de llegar demasiado lejos. El desarrollo de los sentimientos podría desvanecerse tan rápido como surgieron. Sólo era una aventura divertida, una buena distracción de mis problemas.

Tengo cosas mucho más serias de las que ocuparme.

La puerta se cerró y permanecí sentada hasta que dejé de oír los pasos de Harrison que se desvanecían. Pero entonces llegó el momento de mover el culo. Había ignorado el proceso en favor de citas extravagantes con un tipo al que apenas conocía, cuando debería haber estado pensando en cómo arreglar las cosas.

Mi primer paso fue averiguar cómo hacer que el restaurante fuera más rentable. Aunque pase lo peor y perdamos los derechos de la receta, no tiene por qué significar el fin de Heartland Kitchen.

Lo primero que hice fue revisar nuestra página en las redes sociales, que había descuidado últimamente. Si queríamos atraer a un público nuevo, ese era el lugar donde podíamos progresar más y de forma más barata. Últimamente no había publicado fotos del restaurante, sólo de la comida. Quizá podría mostrar a la gente cómo había transformado el local y hacerles saber que, a pesar de la cocina casera clásica, el ambiente seguía siendo joven y moderno.

¿Podré retomar mi carrera de interiorista?

Hacía semanas que no tenía un trabajo de diseño freelance y, mientras estaba ocupada con Harrison, me había olvidado de él. Probablemente fue mejor que rompiéramos. Toda mi vida me había preocupado que una relación me definiera, y en el momento en que un hombre compatible entró en mi vida, había perdido de vista mis objetivos profesionales.

Soy una maldita idiota.

Una vez resuelto el pleito, volvería a centrarme e intentaría poner mi vida en orden. Había rechazado el trabajo de mis sueños como diseñadora en Nueva York para ayudar a mis padres, y necesitaba asegurarme de que esa decisión había merecido la pena. Si no hubiera sido por mi padre biológico, nada de esto habría ocurrido y yo estaría a gusto en Nueva York y mi corazón no se sentiría como si alguien lo hubiera metido en una batidora.

Durante los días siguientes, me enterré en el trabajo. Publiqué ofertas especiales en Internet, di lo mejor de mí a los clientes en el restaurante y pedí a los más amables que nos dejaran una reseña. Cuando no estaba ocupada con asuntos del restaurante, investigaba sobre la ley de

propiedad intelectual. No entendía casi nada, pero todo lo que leía me decía que la prueba física, sobre todo si llevaba fecha, era lo más importante. Lo único que no teníamos.

Cuanto más trabajaba, menos dolor sentía. Me quedaba despierta hasta tarde, sin poder dormir hasta que estaba demasiado cansada para seguir trabajando. Esto se debía en parte a la ansiedad que me carcomía cada vez que me tomaba un momento, y en parte a que en cuanto no estaba distraída, empezaba a pensar en él.

Cuando me concentro en lo mucho que odio a Paul, no siento lo mucho que echo de menos a Harrison.

Lucy me encontró tarde una noche cuando volvía a casa de una reunión con su novio Ben.

"Cariño", me dijo, y su tono compasivo me hizo ver lo mal que debía de estar.

"Hola", dije, intentando sonreír. "¿Tuviste una buena noche?"

"Sí", admitió, como si se sintiera culpable por ello.

"Me alegro", respondí sinceramente. Nunca le negaría a mi amiga su felicidad.

Lucy se sentó a mi lado en el sofá y preguntó: "¿Puedo traerte algo? ¿Puedo ayudarte en algo?"

"Gracias, pero creo que no", dije, complacida por la oferta.

"¿De verdad no hay esperanza para ti y Harrison?", preguntó.

Me encogí de hombros. "Obviamente no".

"Nada de esto es justo", dijo Lucy, rodeándome con el brazo. "Pero, por favor, no te rindas. De verdad creo que Harrison y tú están hechos el uno para el otro. Encontrarás la forma de vencer a tu padre biológico y entonces podrás volver a estar con Harrison".

"Si es que aún me quiere", dije, demasiado cansada para contener mis temores. "Parecía bastante definitivo cuando rompió conmigo".

"No puedo creer que no quiera estar contigo", me dijo, dándome un abrazo. "Rompió contigo *porque* se preocupa por ti".

Me encogí de hombros. Ella tenía razón, pero en medio de mi estrés y dolor, era difícil verlo. Tal vez sólo era una excusa conveniente para él.

"Este caso podría alargarse durante meses, incluso años", dije. "No esperará tanto por mí, y no puedo culparle. Además, siempre habrá sospechas sobre nosotros, sobre todo si mamá gana el caso."

"Eso no lo sabes", intentó argumentar, pero era inútil. "Ustedes dos están hechos el uno para el otro, como Ben y yo."

Sacudí la cabeza. Si estábamos hechos el uno para el otro, ¿por qué la lógica decía que no debíamos estarlo?

"¿Y si la demanda era sólo un pretexto?", pregunté, expresando el temor que me inquietaba desde hacía días. "¿Le dije que sentía que teníamos una relación de verdad y al día siguiente me dice de repente que tenemos que romper? Nunca pensó en las consecuencias de nuestra relación cuando nos lo tomábamos con calma".

"Lo tuyo con Harrison nunca fue realmente casual", insistió.

Lucy me miró con mucha más lástima de la que me hubiera gustado.

"Ya no importa", dije, intentando no pensar demasiado en lo que había perdido.

"Importa", insistió. "Cuando pienso en perder a Ben..."

"Me alegro mucho de que hayas encontrado a tu persona ideal", dije en lugar de centrarme en mí.

Lucy me dedicó una sonrisa triste: "Te mereces la misma felicidad que yo".

"No estoy segura de que al universo le importe realmente lo que la gente se merece", dije cabizbaja. "Si las cosas fueran justas, este pleito ni siquiera existiría y Paul nunca habría vuelto a entrar en nuestras vidas".

Lucy no tenía respuesta a eso, y no podía culparla.

"Lamento haber sido tan..." No tenía una palabra para lo que era.

"No tienes que disculparte", dijo amablemente. "Sólo me gustaría poder ayudar".

"Gracias", dije. "¿Por qué no te vas a la cama? Probablemente terminaré aquí pronto de todos modos".

Lucy asintió y se fue. No volví a dormirme hasta pasadas tres horas, sola con mi dolor como compañía.

Pero a pesar de mi angustia, al día siguiente me levanté decidida a luchar. No iba a dejar que Paul ganara. No iba a admitir la derrota. Me mataría antes de tiempo si eso significaba proteger a mi familia. Me volqué en el juicio y en el restaurante, intentando no dejar espacio para nada más.

Tuve que ignorar la parte de mi cerebro que seguía preguntando: ¿Y si...? En otro universo, Harrison y yo podríamos haber sido algo. Pero en éste, sólo tenía que lidiar con perderlo. Los sentimientos eventualmente se calmarían. Con el tiempo.

Sólo tengo que esforzarme más.

No quiero pensar más en Harrison. El tiempo que pasé con él fue divertido, pero ahora he vuelto a la vida real y tengo que dejarlo atrás.

Capítulo 16

Harrison

Me volqué en el trabajo, tanto en el bufete como en mis casos pro bono. Terminé en el gimnasio de boxeo todas las noches. Hice todo lo que pude para llenar el hueco que Miranda había dejado en mi vida.

Sabía que había hecho lo correcto, pero eso no lo hacía menos doloroso. Solo necesitaba tiempo para acostumbrarme, para volver a mi vida normal. Nunca sería el tipo de persona que antepone sus deseos egoístas a lo que es correcto, y me lo había demostrado a mí mismo. Tenía la conciencia tranquila, aunque mi corazón tardara en recuperarse.

En el trabajo estaba incluso más concentrado de lo habitual, tanto que hasta Elliot me dijo que me tomara un descanso. Y él podía ser tan serio como yo. Ni siquiera le había contado lo de Miranda; otra señal de que no debería haberme involucrado con ella en primer lugar. Sabía que estaba mal. Pero al menos había terminado antes de que nos involucráramos demasiado o pasara algo.

Estaba terminando unos encargos para Desmond, que estaba a punto de cerrar otro negocio inmobiliario, cuando Marcus volvió a aparecer en la puerta de mi despacho.

"¿Estás ocupado?", preguntó.

"Sí, pero entra de todos modos", respondí, sin ganas de juegos. Pensé que me había ganado el derecho a ser un poco sarcástico.

"Quería hacer un seguimiento de nuestra conversación", dijo Marcus, dirigiéndome una mirada fría.

"He roto con ella", dije en tono cortante. "No la he visto ni he hablado con ella desde el último día que estuviste en mi despacho".

Asintió y no parecía tan triunfante como yo esperaba.

"No he decidido si hablarlo con el socio gerente", dijo con los labios finos.

"¿Por qué me cuentas esto?", pregunté, sintiendo que había caído en una trampa. "Si vas a entregarme, hazlo. Ya he perdido a alguien que me importa, ¡también podría perder mi trabajo!".

No esperaba que toda esta rabia saliera a la superficie. Después de todo, había tomado la decisión de poner fin a las cosas porque creía que era lo correcto. Pero no necesitaba más amenazas ni el comportamiento petulante de Marcus.

La verdad era que no quería perder mi trabajo. Era lo único que me quedaba. Era mi único propósito en la vida hasta que llegó Miranda. Intentaba volver a mi antigua vida y era más difícil de lo que esperaba. Ya nada era tan satisfactorio. Redactar contratos ya no me daba mucho placer. Era difícil creer que alguna vez había disfrutado de esta vida.

Tal vez nunca lo hice. Tal vez simplemente no sabía nada mejor.

Marcus me miraba desde el otro lado de mi despacho con cara de asombro. Nunca había levantado la voz en el despacho. Nunca había mostrado ninguna emoción.

"Te advertí por cortesía profesional", dijo ajustándose las solapas.

"Entonces considérame advertido", dije cansado, y la ira me abandonó tan rápido como había llegado.

Con un gesto seco de la cabeza, Marcus salió de mi despacho. Me pasé las manos por la cara, preguntándome qué hacer, y decidí que ya no me importaba. Marcus podía decidir denunciarme

o guardárselo para sí mismo. En cualquier caso, no podía impedírselo.

Esa noche no fui al gimnasio de boxeo. Al salir, me detuve en la oficina de Elliot y le pregunté si quería ir a tomar algo. Aceptó de buena gana y elegí un bar cerca de mi ático, algo elegante y lleno de influencers molestos.

"Este no es tu tipo de bares", dijo Elliot levantando una ceja mientras nos sentábamos en sillas incómodas a sorber bebidas demasiado caras.

"Me apetecía algo diferente", dije, incapaz de admitir que necesitaba ir a algún sitio que no me recordara a Miranda, y este bar pretencioso lleno de gente insincera era todo lo contrario a ella.

Pedí un tequila doble y Elliot tuvo la decencia de esperar a que me lo acabara antes de preguntarme: "¿Estás preparado para contarme qué has estado haciendo estas últimas semanas? ¿Y qué te ha enfadado tanto ahora? Te has estado matando a trabajar, tío".

Suspiré. "Voy a tener que estar mucho más borracho para darme cuenta".

Elliot tuvo la amabilidad de asentir y pedirnos otra ronda de chupitos y un par de botellas de cerveza para seguir. Miré alrededor del bar mientras esperaba a que el alcohol hiciera efecto. Las luces de neón hacían que los clientes parecieran falsos y poco naturales. Había sonrisas falsas y poses dignas de Instagram a nuestro alrededor. La gente pedía bebidas que parecían buenas sin importarle su sabor. Era todo lo que Miranda no era. Pensé que me ayudaría no acordarme más de ella, pero solo sentí más su ausencia.

Le conté a Elliot la historia poco a poco, esperando que no pensara que era un idiota por haberme liado con Miranda en primer lugar. Cuando terminé de contarle toda la triste historia, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la encimera.

"Qué duro, tío", dijo en voz baja y comprensiva. "Ibas muy en serio con ella, ¿eh?"

Asentí con la cabeza y le di un buen trago a mi cerveza. "Sí, creo que sí. Pero era lo mejor. No podía seguir viéndola, no con todo lo que estaba pasando. Aunque dejáramos las cosas en suspenso hasta que se cerrara el caso, Marcus podría aprovecharlo para reabrirlo y todo el asunto no acabaría nunca. Su padre es un auténtico cabrón, aunque ganara los derechos de la receta, imagino que intentaría demandarla de nuevo por mala praxis o alguna otra acusación inventada."

"¿Hay otros tipos de padres peores que este?", preguntó con una mirada irónica.

"No según mi experiencia", suspiré, frotándome la cara. "Si alguna vez tenemos hijos, espero que lo hagamos mejor que nuestros padres".

"Si vas a ir a por ello, ve a por ello", subrayó.

"Sí", dije en voz baja, intentando no preocuparme por cómo sería mi futuro con Miranda. No tenía sentido hacerme más daño pensando en lo que podría haber sido.

"No me imagino que fuera una decisión fácil", dijo Elliot, volviendo al tema. Sus ojos buscaron los míos. "Pareces... diferente. Nunca te vi tan feliz y contento cuando estabas con ella, aunque no supiera por qué. ¿Pero ahora? Esta ruptura te está matando, tío."

Suspiré y me pasé una mano por el pelo. "Sólo intento volver a mi antigua vida, ¿sabes? El trabajo, el gimnasio. Es todo lo que me queda".

"Antes no te hacía tan infeliz", observó astutamente.

Respondí encogiéndome de hombros.

"¿Y Miranda?", preguntó. "¿Realmente no hay solución?"

"No mientras el pleito no esté resuelto y Marcus lo tenga pendiendo sobre mi cabeza", dije, con las palabras amargas en la lengua. "No puedo arriesgarme a que la familia de Miranda salga lastimada. Son buenas personas".

Di otro largo sorbo a mi cerveza e intenté no sentir demasiado la pérdida de Miranda. El

alcohol no tuvo el efecto que esperaba.

Elliot me miró largamente. "Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? Estoy aquí para escucharte, tío".

"Lo sé. Es que... es duro. Pensé que tenía todo bajo control y entonces llegó ella y todo cambió. Y ahora ella se ha ido y estoy tratando de fingir que no pasó nada."

"No tienes que fingir. Está bien tener el corazón roto, Harrison. Está bien admitir que ella te importaba".

Sacudí la cabeza. "Eso no cambia nada. Tenía que poner fin a las cosas. Fue la decisión correcta".

"Es difícil preocuparse tanto por alguien que no puedes tener", dijo, sonando como si lo supiera por experiencia.

"¿Hablas por experiencia?", pregunté. Elliot se rió y negó con la cabeza.

Nos sumimos en un cómodo silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos. Era extraño hablar con Elliot de Miranda por primera vez. Había estado ocultando todo durante tanto tiempo y ahora sentía como si me hubieran quitado un peso de encima.

"Gracias por escucharme", dije finalmente, levantando mi cerveza en un brindis silencioso.

"Cuando quieras, tío", contestó Elliot, chocando su botella contra la mía. "Pero tengo que decir que me gustó el nuevo Harrison, el que no era tan adicto al trabajo. Me gustó verle relajado para variar".

Me obligué a sonreír, aunque parecía mentira. "Sólo intento volver a la normalidad, eso es todo".

Elliot no parecía convencido, pero tampoco insistió. Terminamos nuestras bebidas en silencio. Tomé un taxi a casa y me fui directo a la cama. Intenté no pensar en la sensación de dormirme abrazado a Miranda. Tenía que soltarla. No podía aferrarme a alguien que no podía tener, y había tomado la decisión correcta cuando rompí. Era lo mejor para ella.

Capítulo 17

Miranda

Una llamada interrumpió mi centésima búsqueda de un resquicio que aún no habíamos visto, de algún dato aleatorio que nos ayudara. Era un número que no conocía y estuve a punto de no contestar, demasiado concentrada en encontrar algo que arreglara este lío.

"Hola, soy Miranda Davenport", contesté, dispuesta a colgar por si era una llamada imprevista.

"Señorita Davenport, soy Sharon Westbury, de Futures Design", se presentó una mujer. Parpadeé sorprendida. Era la empresa de diseño que me había ofrecido el trabajo en Nueva York.

"Señorita Westbury", dije, casi tropezando con mis palabras. Era la última llamada que esperaba. "¿Qué puedo hacer por usted?"

"Nos decepcionó mucho que rechazaras nuestra oferta de trabajo hace unas semanas", dijo, con un tono más curioso que serio.

"Lo siento", contesté, preguntándome por qué me llamaba para decirme esto. "Tuve que ocuparme de unos asuntos familiares aquí en Los Ángeles".

"Tal como escribiste en tu correo electrónico", respondió ella. Hubo una breve pausa. "Me gustaría volver a ofrecerte el trabajo".

"¿En serio?", pregunté antes de poder contenerme. Probablemente no era buena idea sonar tan atónita ante la oferta de trabajo. Afortunadamente, la señorita Westbury soltó una risita.

"Sí", confirmó. "Entonces, ¿te interesa?"

"¿Puedo preguntar por qué yo?" Sabía que debía decir que sí. ¿A quién demonios le ofrecen el trabajo de sus sueños dos veces? Pero no podía quitarme la sensación de que era demasiado bueno para ser verdad. Nunca me había salido nada bien, ¿por qué iba a ser diferente aquí?

"He visto su trabajo como freelance y es exactamente lo que buscamos", explicó, "usted no sigue las tendencias, va por delante. Queremos a alguien que pueda conciliar la sostenibilidad y el diseño moderno. He visto lo que se puede hacer con materiales y piezas antiguas. Das nueva vida a las cosas".

"Es un honor", respondí, paseándome de un lado a otro en mi piso. Estaba alucinada. En el fondo, nunca me había sentido lo bastante bien. Había soñado con una carrera floreciente, pero nunca creí que pudiera conseguirla.

"¿Así que aceptas?", preguntó. "No suelo ofrecer trabajo dos veces. No habrá una tercera vez".

Tragué saliva. Mis razones para rechazar el trabajo la primera vez seguían siendo igual de problemáticas. Sabía que sería una tonta si decía que no, pero por alguna razón la idea de decir que sí me daba náuseas.

"Agradezco mucho la oferta, ¿puedo tomarme un tiempo para pensarlo?", respondí mientras hacía una mueca física de dolor, esperando no dispararme en el pie. "Es un gran paso, necesito poner algunas cosas en orden".

"Tienes hasta el lunes", me contestó. Me di cuenta de que no le gustaba que le pidiera más tiempo. "Eres buena, Miranda, eres nuestra primera opción, pero nadie es insustituible".

"Lo comprendo", dije asintiendo con la cabeza. "Se lo agradezco mucho. Gracias".

"Mientras tanto, le enviaré por correo electrónico la oferta, creo que le resultará interesante", dijo la señorita Westbury antes de finalizar la llamada.

No estaba segura de si debía dejarme caer en el sofá para recuperar el aliento o dar otra vuelta

por el salón y dar rienda suelta a mis pensamientos arremolinados.

Me llegó el correo electrónico y lo abrí con manos temblorosas. No sólo me ofrecían lo mismo que la última vez, sino que me habían subido el sueldo. Era más de lo que jamás había esperado ganar a estas alturas de mi carrera. Significaría no sólo que podría vivir bien en Nueva York, sino también que podría mantener a mis padres. Era el trabajo de mis sueños y tenía una segunda oportunidad.

Entonces, ¿por qué siento que no puedo respirar?

Cerré el teléfono y salí a tomar aire. Necesitaba moverme, salir de mi piso y alejarme de todo el trabajo interminable y muerto que había estado haciendo. Intenté despejarme mientras caminaba por la calle, tratando de disfrutar del sol radiante y de la brisa refrescante que soplaba entre las hojas de los árboles que de vez en cuando bordeaban la acera. Pero por lo que a mí respecta, bien podría haber sido un día aburrido y lluvioso.

No podía abandonar a mis padres. Con la demanda, parecía aún peor, me necesitaban ahora más que nunca. También me sentía como si estuviera huyendo y renunciando a la lucha. No podía dejar que Paul ganara, no después de todo lo que había hecho. Una vez más, la empresa de diseño quería que empezara lo antes posible y yo no me atrevía a irme hasta que el caso hubiera terminado. Si llegaba a los tribunales, mis padres necesitarían mi apoyo. Pero si aceptaba el trabajo, al menos podría ayudarles a pagar los honorarios del pleito. Y podría mantenerlos si el restaurante quebraba.

No me di cuenta de adónde me llevaban mis pies hasta que estuve en la calle de mis padres. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba caminando. Mi teléfono volvió a sonar y miré otro mensaje de la agencia de diseño. Estaban muy ansiosos por tenerme y debería habérmelo tomado como un cumplido, pero por el momento no era más que otra cosa en mi plato.

Suspiré. No era sólo porque no quisiera decepcionar a mis padres ahora. Si me iba de Los Ángeles, significaría que todo había terminado por completo con Harrison. Eso era estúpido, ya se había acabado. Pero mudarme lo haría definitivo. No había vuelta atrás.

¿Y si llego a Nueva York y se dan cuenta de que se han equivocado? ¿Y si no puedo cumplir sus expectativas?

Como me faltaba poco, decidí ir a casa de mis padres. La creciente amenaza de que pudieran perder la casa desencadenó en mí una especie de nostalgia estresada, como si tuviera que refugiarme en la casa de mi infancia. Quería conservar todas las antigüedades y chucherías para mí, mantener vivos los recuerdos felices y la historia.

Mamá y papá no estaban en casa, así que entré y deambulé un rato por toda la casa. Hice fotos en mi cabeza y traté de recordar no solo el aspecto de todo, sino también el olor, los recuerdos y las sensaciones. Este era el lugar donde mi familia se había curado, donde habíamos encontrado la felicidad. No quería que perdiéramos eso.

En medio de mi melancolía, recordé que hacía unos meses mi madre había mencionado que había fotos antiguas y reliquias familiares en el desván. O lo que en nuestra familia se consideraban reliquias. Nada de valor económico, estaba segura, pero sin duda llenas de corazón y de historia.

Al subir las estrechas escaleras del ático y encender la tenue luz, me invadió una oleada de nostalgia. El desván estaba lleno de cajas y cajones con viejos recuerdos familiares, fotos polvorientas y tesoros olvidados. Hacía años que no subía allí y fue como entrar en una cápsula del tiempo. El aire estaba cargado de olor a papel viejo y a recuerdos.

Empecé a rebuscar en las cajas y encontré con los dedos viejas baratijas y tesoros olvidados.

Encontré una vieja caja de música en la cómoda de mi madre, en nuestro viejo y desvencijado piso. Cuando le di cuerda, sonó una melodía familiar que me produjo un escalofrío. Recuerdo que bailaba en su habitación al son de aquella música y me sentía la niña más afortunada del mundo.

Luego encontré una pila de viejos álbumes de fotos. Al hojear las páginas, vi fotos mías y de mi familia de hace muchos años. Había una foto de mis padres el día de su boda que no recordaba. Los dos estaban radiantes de felicidad mientras Vanessa y yo les lanzábamos pétalos de flores al salir de la iglesia. Estábamos muy contentas de que papá entrara en nuestra familia y no tardó mucho en adoptarnos oficialmente.

No podía dejar de pensar en Harrison. Él era probablemente mi única oportunidad de tener la felicidad que tuvieron mamá y papá. Aparté el dolor y seguí hojeando el álbum de fotos.

Pasé la página y vi una foto de mi hermana y yo en el patio trasero de la casa. Estábamos construyendo una casa con viejas cajas de cartón, nuestras caras contorsionadas por la concentración. Antes incluso de que hubiéramos terminado de construir, yo ya había sacado las pinturas e intentado dibujar un patrón, incluso cuando tenía ocho años. Por muy en serio que me lo tomara, seguía divirtiéndome mucho haciéndolo. Era difícil creer que antes vivíamos tan despreocupados. Ahora todo me parecía tan pesado.

Me preguntaba si todo volvería a ser como antes. Era un pensamiento infantil -o tal vez inocente-, pero seguía añorando la época en que el futuro era algo que esperar en lugar de temer. Mi breve estancia con Harrison me había hecho saborear de nuevo esa sensación, y sabía que era capaz de hacerlo.

Me distraje de este dolor en particular rebuscando en el resto de las cajas. Mamá había mencionado que aquí arriba había reliquias de sus padres, pero hasta ahora solo había encontrado nuestras propias cosas.

La siguiente caja resultó ser más productiva. En el fondo, bajo unos papeles viejos, encontré un pequeño cofre de madera. Era bastante anodino, con marcas de arañazos y desconchones en las esquinas. Probablemente era de madera de cerezo, con las iniciales de mi abuelo talladas a mano en la tapa.

Curiosa, lo abrí y encontré un montón de cartas antiguas sujetas con un cordel. Las hojeé y enseguida me di cuenta de que eran cartas de amor entre mi abuelo y mi abuela. Me avergoncé de no saber mucho sobre ellos y me comprometí a preguntar a mi madre.

Cuando miré las cartas, enarqué las cejas al descubrir que mi abuelo había vivido un tiempo en Los Ángeles. Tenía la impresión de que en realidad nunca habían salido del pequeño pueblo donde se había criado mi madre. Cuanto más leía, más se me abrían los ojos. Mi abuelo había trabajado en un restaurante y se había formado como chef, mientras mi abuela se quedaba en casa. A menudo hablaban de su sueño de abrir su propio restaurante y de cómo llevaría a mi abuela en avión si pudiera pagar por ello.

Cuando leí las dos últimas cartas del montón, se me saltaron las lágrimas. La primera era de mi abuela, diciéndole a mi abuelo que su madre había caído enferma y que tenía que volver a casa. La segunda, de mi abuelo, decía que estaba enviando dinero por adelantado -lo último que le quedaba de sus ahorros- y que estaría en casa en una semana, solo tenía que trabajar el último de sus turnos para poder pagar el billete de tren.

Que yo supiera, nunca había vuelto a Los Ángeles. Mi madre me había contado que su padre había trabajado en una conservera. Yo siempre había supuesto que su afición a la cocina no era más que un hobby. Supongo que al final sólo era eso.

¿Estamos condenados como familia a que nos arrebaten nuestros sueños una y otra vez? Espero que no.

Entonces me fijé en el cuaderno que yacía en el fondo del cofre. Lo cogí y lo abrí. Era un libro de recetas, escrito a mano por mi abuelo. Cada página estaba fechada y numerada, pulcramente catalogada y dividida en secciones para entrantes, platos principales y postres, y ordenada alfabéticamente. Había instrucciones claras y concisas, con notas al final sobre la forma en que él lo había hecho, lo que funcionaba y lo que no. Estaba claro que las recetas las había inventado mi abuelo.

Reconocí algunas de las recetas. Mi madre aún las utilizaba, tanto en casa como en el restaurante. Con el corazón palpitante, empecé a hojearlas con cuidado. Había muchas posibilidades de que la receta de la cazuela de pollo con fideos estuviera aquí. Y si la teníamos, podríamos demostrar que la receta era nuestra. Ganaríamos el juicio y salvaríamos el restaurante.

Se me aceleró el pulso de pensarlo. Eso era. Estaba a punto de encontrar las pruebas que necesitábamos.

Podría haber llorado cuando encontré los bordes dentados de una página rota en lugar de la receta. Miré los números de página, las recetas anteriores y posteriores. Debería haber estado ahí. La única página que necesitábamos había sido arrancada.

Pero aún no estaba preparada para caer en la desesperación. No cuando estaba tan cerca. Busqué en el resto de la caja, hojeando cada papel que encontraba. Intenté ser metódica, pero tras media hora sin éxito y muchas cajas más, decidí llamar a Lucy y preguntarle si podía ayudarme.

Afortunadamente, tenía tiempo y estaba más que dispuesta a ayudar. Se unió a mí inmediatamente y nos pusimos manos a la obra, revisando cada caja y revolviendo cada trozo de papel. El optimismo y la minuciosa ayuda de Lucy me levantaron el ánimo. Por un tiempo. Pero tras dos horas de búsqueda y nada que mostrar, incluso Lucy empezó a dudar.

"Creo que es eso", dijo con el ceño fruncido. "No estoy segura de que esté aquí".

Suspiré y me senté en el suelo. "Sí, no lo creo".

Tal vez la página rota era sólo una pista falsa. Ni siquiera sabía lo que decía, sólo que había desaparecido. Pero cuando pensé en los sueños truncados de mi abuelo de abrir un restaurante y en lo mucho que había trabajado mamá para mantener vivo su sueño, supe que no podía rendirme. Les debía a los dos seguir intentándolo.

No permitiré que muera otro sueño en esta familia. No en mi guardia.

El libro de recetas era el principio, no el final. La tarea que tenía por delante era abrumadora y sabía que no sería fácil. Tendría que ser estratégica. Aunque no encontrara la página -y en el fondo seguía creyendo que estaba en alguna parte-, las recetas tenían que valer algo.

Me levanté con energías renovadas. Pasara lo que pasara, encontraría la forma de salvar el restaurante.

Y si lo hiciera, quizá podría empezar a perseguir mis propios sueños.

Ojalá Harrison pudiera compartir estos sueños conmigo.

Capítulo 18

Harrison

Al día siguiente me arrastré hasta el trabajo y me arrepentí del tercer vaso de whisky que había bebido la noche anterior. ¿O era el cuarto? Todo estaba borroso y el alcohol no había quemado mis sentimientos como esperaba.

Al menos el dolor de cabeza es tan fuerte que hoy no siento tanto el dolor en el corazón.

Mi ayudante me echó un vistazo e inmediatamente me dijo que me traería un café, diciendo algo de un espresso doble. Obviamente, tenía tan mal aspecto como me sentía. Me alegré de no tener clientes hoy.

Unos minutos más tarde, mi ayudante regresó no sólo con la taza de café prometida, sino también con un vaso de líquido burbujeante de color amarillo brillante.

"Vitamina B reventada, Sr. Blake", dijo, y tomé nota mental de que se merecía un aumento.

"Gracias", dije, tomando las dos copas y enviándole de vuelta a su escritorio.

Primero me bebí el líquido carbonatado. Tenía sabor a naranja y me recordó al desastroso batido que había hecho en la cocina de Miranda. Rápidamente cogí el café, deformando el vaso de papel con el apretón mientras engullía el líquido ligeramente demasiado caliente. Cualquier cosa con tal de desterrar el recuerdo.

Tuve que lanzarme a trabajar y distraerme. Primero revisé mis correos electrónicos, pero no había nada especialmente urgente o interesante. Tenía que leer un documento jurídico muy árido y muy largo, algo que no solía ser tan molesto.

Hice todo lo posible por concentrarme, pero media hora después me desplomé en la silla y me quedé mirando los expedientes que tenía delante. El trabajo que antes me encantaba había perdido su brillo. Desde que había roto con Miranda, me sentía perdido.

Ya no parecía importante. Parecía superficial y sin sentido. Ojalá no tuviera que ser así. Si el restaurante familiar de Miranda no estuviera en juego, si su herencia, su buen nombre y su futuro financiero no estuvieran en peligro, tal vez las cosas serían diferentes. Sabiendo lo vacía que se sentiría mi vida sin ella, habría dejado mi trabajo para estar con ella. Pero aunque hubiera renunciado, no había garantía de que Marcus no usara nuestro enredo contra ella. Lo haría para servir a mi cliente.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos y levanté la vista para ver a Marcus de pie en el umbral. Reprimí las ganas de decir algo. Tal vez sólo venía a decirme que me había denunciado y que iba a acabar con mi sufrimiento. Al menos en lo que respecta a mi pasión perdida por este trabajo. Se sentó frente a mí y me dedicó una pequeña sonrisa.

"Tengo buenas noticias", dijo. Me quedé mirándole sin comprender.

¿Buenas noticias para ti o buenas noticias para mí?

Marcus continuó: "Tenemos pruebas que ayudarán a nuestro caso. Una página de diario fechada con la receta, que demuestra que pertenece a mi cliente. Es pan comido y el caso debería cerrarse pronto. Tu trabajo está a salvo".

Me quedé de piedra. Esto podría significar que la madre de Miranda perdería el juicio y el restaurante. Realmente creía que la receta pertenecía a Catherine. No parecía del tipo que miente o roba. Llevaba suficiente tiempo en este trabajo como para conocer a la gente honesta.

"¿Cómo conseguiste la página del diario?", pregunté, con la voz apenas por encima de un

susurro.

"El cliente lo tuvo todo el tiempo. No sé por qué no me lo dio al principio, pero ya sabes cómo son los clientes", dijo Marcus encogiéndose de hombros.

"¿Y estás seguro de que es real?", pregunté.

"Hemos hecho pruebas para confirmar su autenticidad", dijo. Por supuesto. Marcus era meticuloso y no dejaba lugar a la sorpresa. "Acabo de recibir los resultados".

Se me encogió el corazón. Esto habría sido un golpe devastador para Miranda y su familia. No podía creer que la receta fuera del padre biológico de Miranda. La evidencia era clara, Marcus no la habría falsificado.

Pero mi instinto me decía que algo iba mal. Con todo lo que sabía de este hijo de puta, habría creído que Paul Gunn era el que estaba fingiendo. Pero los resultados de las pruebas...

"Concertaré una cita pronto", dijo Marcus. Se notaba que estaba contento por haber ganado el caso.

"¿Por qué me cuentas todo esto?", le pregunté. "¿Por schadenfreude?"

Marcus parecía ofendido, con una profunda arruga entre las cejas.

"¿No bastó con decirte que tu trabajo era seguro?", preguntó, ofendido.

"Qué amable de tu parte dejar de amenazar mi trabajo, ¿algo más?", pregunté.

Marcus me miró mal y se levantó. "Pensé que te alegraría que el caso se cerrara tan rápido", dijo y se fue.

"¿Por qué?", pregunté frunciendo el ceño.

"Ahora no hay nada entre tú y la señorita Davenport", dijo, como si fuera tan obvio que no me soltaría una bomba.

Se fue antes de que pudiera contestar. Marcus podía ser un gilipollas, pero en realidad eso era casi decente por su parte.

Algo parecido a la esperanza se extendió por mi pecho. Tenía razón, no había ninguna razón por la que no pudiéramos estar juntos una vez cerrado el caso. Pero no era tan sencillo. No sabía si Miranda me aceptaría de nuevo. Tal vez no quisiera volver a verme después de que rompí con ella. Y aunque hubiera una posibilidad, si el juicio salía a favor de su padre...

¿Y si me culpa a mí?

Podría haber hecho más para ayudarla, al menos darle asesoramiento jurídico. Incluso podría haberle pagado un abogado mejor. De repente, mi moral no me parecía tan correcta. Había sobrepasado los límites en mi propio beneficio, diciéndome a mí mismo que estaba bien salir con ella siempre que mantuviera mi trabajo separado. Pero ni siquiera me había planteado cruzar los límites para ayudarla.

Tenía que advertir a Miranda. No podía dejar que fuera a esta reunión y que la pillaran desprevenida. Tal vez había algo que yo no sabía que podía resolver todo esto. O tal vez era real, pero en cualquier caso tenía que hacer todo lo posible para protegerla.

No importaba si ella me aceptaría de vuelta -aunque yo deseaba desesperadamente que lo hiciera- lo que importaba era que yo podía ayudarla de alguna manera. Aunque sólo pudiera advertirla.

Lo sabía todo sobre la letra y el espíritu de la ley. Había defendido tantas veces el espíritu. Pero, ¿y mi moral? ¿Quería ayudar a la gente o ceñirme a la letra de la ley como un niño bueno?

Saqué el móvil y le envié un mensaje.

Harrison: Hola Miranda, acabo de descubrir algo que realmente necesitas saber.

Harrison: Marcus dijo que Paul presentó una página de un cuaderno demostrando que fue él quien escribió la receta.

Harrison: Tenía la página autenticada, es real. No sé cómo.

Harrison: Quería avisarte antes de que te pillara desprevenida.

Con un suspiro, dejé el teléfono sobre la mesa. Ojalá hubiera podido dar la noticia en persona. Habría sido un golpe devastador. Sólo quería volver a tomarla en mis brazos, abrazarla y protegerla.

Mi teléfono vibró con fuerza sobre el escritorio.

Tardé un momento en mirarlo, esperando y temiendo al mismo tiempo que fuera Miranda. No sabía cómo reaccionaría, pero tenía todo el derecho a estar enfadada o triste. Cuando por fin abrí el mensaje, parpadeé sorprendido.

Miranda: ¿Podemos vernos? Es muy urgente.

Miranda: En mi piso.

Harrison: Estaré allí lo antes posible.

No sabía qué podía ser tan urgente, pero haría cualquier cosa por Miranda. Le dije a mi ayudante que estaría fuera de la oficina y que no sabía cuándo volvería.

En pleno mediodía, el tráfico no era demasiado malo y llegué a su piso en un tiempo récord. Fue una nostalgia agridulce detenerme en la puerta. Lo único que quería era cruzar su puerta y besarla como si nada hubiera cambiado.

Pero eso era todo. No sabía por qué quería verme, tenía que estar preparado para cualquier cosa. Incluso si estaba enfadada o devastada.

Me quedé un momento delante de su puerta antes de llamar. Respiré hondo y supe que estaría a su lado pasara lo que pasara.

Capítulo 19

Miranda

Volver a ver a Harrison fue como ser atropellada por un camión de diez toneladas. No estaba preparada para el hecho de que verle me dolería aún más que todo el tiempo que había pasado sin él junto.

Pasó un momento antes de que pudiera decir una palabra, porque Harrison estaba de pie en mi puerta con un aspecto aún más impresionante de lo que recordaba, pero parecía cansado y exhausto. Tenía el mismo aspecto que yo. Imaginé que era porque me echaba tanto de menos, pero no podía estar segura.

Nada de eso es importante. Tengo que concentrarme en ganar la batalla legal y salvar el restaurante.

"Gracias por tu mensaje", dije, en lugar de las palabras que quería decir.

¿Cómo estás? ¿Me echas de menos tanto como yo a ti?

¿De verdad tiene que ser así?

Tenía que mantener la concentración. "Tengo algo que enseñarte. Encontré esto en el ático de mi madre ayer".

Harrison entró y cerró la puerta tras de sí mientras yo cogía el libro de recetas de la mesita. Acababa de hojearlo cuando me envió un mensaje. Se lo entregué e intenté no pensar en el cosquilleo que sentía en la piel cuando nuestros dedos se tocaban.

"¿Qué es esto?", preguntó y empezó a hojear el libro.

"Las preciosas recetas de mi abuelo", dije, sintiendo que el nerviosismo y la emoción bullían en mi interior. "Las escribió todas, las catalogó, las numeró, las fechó. Pero falta una página. Justo donde debería estar la receta de la cazuela de pollo con fideos".

Harrison levantó la cabeza y me miró. Sus ojos cansados se llenaron de sorpresa y esperanza.

"Si la página que tiene Paul coincide con esto, entonces tenemos pruebas de que la robó, ¿no?", pregunté, necesitando la confirmación de Harrison pero atreviéndome a tener esperanzas. Confiaba en su experiencia y tenía que estar segura de que funcionaría.

"Miranda, eso es brillante", dijo, empezando a sonreír. "Sí, absolutamente. Ningún abogado en su sano juicio seguiría demandando después de una prueba tan irrefutable".

"Si no me equivoco, es la página de este libro", dije y volví a cogerle el cuaderno.

"Tienes razón", dijo. "Estoy seguro que así es".

Apreciaba su fe y me ayudaba a contener el miedo a que todo volviera a desmoronarse. Incluso cuando ya no nos frecuentábamos, Harrison seguía inspirándome esperanza.

Levanté la vista hacia él y noté cómo sus ojos parpadeaban con intensidad. Esos malditos ojos color avellana que tanto me gustaban, en los que podía caer rendida. Sus labios se torcieron en una leve sonrisa, la misma expresión que ponía cada vez que pensaba en besarme. Quería acortar la distancia que nos separaba. Quería arrastrarlo hasta mi habitación, que estaba a pocos metros, y no dejarle marchar.

Pero no sólo echaba de menos el sexo. Más que nada, quería acurrucarme contra su pecho, rodearme con sus brazos y empaparme de su presencia. El sexo era fácil de conseguir, pero la intimidad era difícil. Era el único hombre en el que había confiado así.

"Tenemos que mantener esto en secreto", dijo Harrison de repente. Tardé un momento en

darme cuenta de que se refería al cuaderno y a la página. "Incluso deberíamos borrar nuestros mensajes, por si acaso. Si alguien se entera de que te lo he contado...".

Tragué saliva. Harrison había corrido un gran riesgo cuando me habló de la página que Paul había presentado. Gracias a él, ahora estaba preparada y la batalla legal se desvanecería en el aire. Se me apretó tanto el corazón que tuve que dejar de frotarme el pecho. Estaba tan agradecida que ni siquiera encontraba las palabras para expresárselo.

¿Sabe siquiera lo mucho que significa para mí?

Pero ahora no era el momento de pensar en nuestra relación. O la falta de ella.

"Tienes razón", dije, sacando mi teléfono y borrando los mensajes mientras Harrison hacía lo mismo en el suyo. Era mejor centrarse en la batalla legal y archivarla. Eso era lo realmente importante.

Respiré hondo e intenté deshacerme de los sentimientos que nublaban mi juicio. Tenía que establecer bien mis prioridades. Podría pensar en todo lo demás una vez que este pleito se resolviera y mi familia estuviera a salvo.

"¿Qué te espera ahora?", preguntó Harrison.

Sonaba tan definitivo, como si supiera que ya no tendría ningún papel en mi futuro. "¿Qué sigue para ti?", no para nosotros.

Oh Dios, soy una idiota por pensar que me iba a besar antes.

Ahora parecía tan obvio que Harrison quería seguir adelante. No estaba aquí porque yo le importara, sino porque era un buen tipo. Quizá nuestra breve separación le había hecho darse cuenta de que prefería vivir sin mí. Me dolía pensarlo, pero tenía que ser realista.

Es exactamente por eso que debo evitar las relaciones. Al final, siempre saldré herida.

"No estoy seguro", respondí a su pregunta. Pensé en la oferta de trabajo de la empresa de diseño de Nueva York. Si todo iba bien con la demanda, no tendría motivos para no aceptarla. Nada me retendría en Los Ángeles, mis padres estarían bien y el trabajo era todo lo que siempre había soñado.

Entonces, ¿por qué tengo tanto miedo de tomarla?

"Tengo una oferta de trabajo, una empresa de diseño en Nueva York. Aún estoy pensando si aceptarla".

Harrison parecía sorprendido. Ignoré mi intuición de que incluso parecía un poco molesto. Sabía que no era más que una ilusión.

"Vaya, eso es genial", dijo, curvando los labios en una sonrisa genuina. El hecho de que fuera tan bueno, incluso después de una ruptura, sólo hizo que le echara más de menos. "Tienes mucho talento, te mereces perseguir tu sueño".

"Gracias", dije, tratando de no sentirme triste de que me estuviera animando a alejarme. "Como dije, todavía lo estoy pensando".

Harrison asintió. Parecía como si quisiera decir algo más, sus cejas se fruncieron y su boca se abrió ligeramente. Pero negó con la cabeza.

"Debería volver al trabajo", dijo en su lugar. Quería decirle que se quedara, pero era inútil.

"Claro", dije simplemente y caminé con él hacia la puerta.

Al cruzar el umbral, se dio la vuelta y quiso volver a hablar, pero no dijo nada.

"Te arriesgaste mucho diciéndome eso, ¿no?", pregunté, sabiendo la respuesta pero queriendo que me la confirmaran.

¿Tengo razón en que ya no siente nada por mí?

"Sí", confirmó, mirándome a los ojos. Un cosquilleo me recorrió la espalda. "Pero tenía que

hacer lo correcto".

Miré hacia otro lado. Lo correcto. Su código moral. No tenía nada que ver con lo que sentía.

"Gracias", dije. Esta palabra no podía ni siquiera empezar a expresar lo agradecida que estaba.

"De nada", dijo, con la parte derecha de los labios torcidos en una pequeña sonrisa torcida. La pausa fue demasiado larga. "Adiós, Miranda".

"Adiós", murmuré, sintiendo la finalidad de la palabra.

No vi a Harrison irse. Seguía sin atreverme a hacerlo. Sola en mi piso, me permití un momento de autocompasión. Pero luego me obligué a sacudírmela y concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

Tenía que hablar con mis padres y averiguar si el abogado de Paul ya había convocado una reunión. Sin embargo, no quería decirles lo que sabía sobre la página del diario. Quería disipar sus temores, pero quería proteger a Harrison como él me había protegido a mí.

Capítulo 20

Miranda

La reunión estaba prevista para el día siguiente. Lo único que les dije a mis padres fue que tenía un plan y que debían confiar en mí. Entré en el despacho del abogado con la cabeza bien alta.

Había estado pensando en mi atuendo, tratando de decidir si debía llevar un traje pantalón discreto y de aspecto profesional para que me tomaran más en serio, o llevar uno de mis vestidos favoritos y ser yo misma. El vestido se impuso. No tenía que fingir ser otra persona para hacerlo. Me había puesto el vestido de té que llevé en mi primera cita real con Harrison. Era mi vestido favorito.

Graham, nuestro abogado, seguía intentando convencer a mis padres de que llegaran a un acuerdo antes de que las cosas empeoraran, mientras nosotros tomábamos el ascensor hasta la planta correcta.

"No cederemos", dije antes de que mis padres pudieran decir algo. Miré a mamá y le dirigí una mirada tranquilizadora. "La verdad está de nuestro lado".

Graham suspiró, pero no contradijo.

Cuando salimos al pasillo, no pude evitar mirar a mi alrededor en busca de Harrison. No pude verle, ni siquiera cuando pasamos por delante de su despacho de camino a la sala de conferencias. Intenté no desilusionarme demasiado, aunque me preguntaba si me estaría evitando deliberadamente o simplemente estaría ocupado.

El Sr. King y Paul ya nos esperaban en la sala de conferencias. Había un brillo de satisfacción en los ojos oscuros del Sr. King, aunque el resto de su rostro estaba cuidadosamente inexpresivo. Paul, en cambio, parecía tan engreído que me habría encantado darle un puñetazo en su estúpida cara por encima de la mesa. Pero me contentaría con borrarle aquella fea sonrisa de la cara mientras sacaba el libro de recetas y desbarataba sus planes.

Tomamos asiento, mi madre entre papá y yo, nuestro abogado al otro lado.

"Me alegro de volver a verte, Miranda", dijo Paul, su voz traicionaba una falsa sinceridad y adoptó una expresión triste y melancólica. No sabía a quién intentaba engañar con su actuación.

Era una sensación diferente verlo ahora que la primera vez. Me llenaba de justa ira, pero ahora la sentía como fuerza. Ya no sentía el dolor de verle, y no había más cicatrices porque nos había defraudado. Había visto exactamente quién era ese hombre y sabía que compartir su ADN no significaba nada. Él no era nada. Y si todo iba según lo previsto, pronto se habría ido para siempre.

"No puedo decir que sí", dije con ligereza, en respuesta a su intento de fingir que yo le importaba.

El destello de melancolía en su rostro desapareció en un instante, pero pude sentir su mirada de odio.

Sí, el sentimiento es mutuo.

"Solicité esta reunión porque han salido a la luz nuevas pruebas", dijo el Sr. King, pasando enérgicamente al asunto que nos ocupaba. "Sr. Gunn, si pudiera mostrarle la receta."

Paul sonrió como un tiburón mientras sacaba un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta. Hizo ademán de desplegarlo y alisarlo para nosotros sobre la mesa.

El corazón me dio un vuelco cuando reconocí la letra de mi abuelo. Había hojeado su cuaderno durante horas, leyendo meticulosamente cada receta, esperando encontrar una pista antes de que Harrison me hablara de la página. Me sabía su letra de memoria.

No obstante, busqué inmediatamente el número de página. Cincuenta y ocho. Esa era la página que faltaba. No podía estar equivocada.

"Como pueden ver", dijo el Sr. King, "tenemos pruebas de que el Sr. Gunn es el propietario de la receta, porque hay una fecha en la parte superior. Hemos hecho analizar la página y los resultados muestran que el papel y la tinta datan efectivamente de los años cincuenta. Por lo tanto, espero que los Davenport renuncien a reclamar la receta y pongan fin a su negocio de convertir la receta en comida preparada."

"No podemos fiarnos de tu palabra", dijo Graham, aunque por su tono me di cuenta de que se agarraba a un clavo ardiendo. "Quiero ver los resultados de las pruebas".

El Sr. King asintió y le presentó los papeles. Graham empezó a hojearlos, obviamente buscando una salida.

"¿Puedo ver la página?", pregunté, tan inocentemente como pude.

El Sr. King miró a Paul, que se encogió de hombros y asintió con la cabeza como diciendo: "*¿Cuál es el problema?*".

Los hombres siempre subestimaban así a las mujeres. Había visto esa expresión muchas veces en mi vida. Ni siquiera necesité mirar la página con detenimiento, simplemente fingí averiguar algo para que nadie sospechara que había venido preparada a esta reunión. Nadie podría acusar a Harrison de pasarme información si yo podía evitarlo.

Puse una expresión curiosa pero confusa, luego fingí iluminación. Era difícil mantener bajo control mi emoción. Estaba a punto de desencajar el caso de Paul y podía esperar.

"Me parece reconocer la letra", dije en voz alta.

Ni los abogados ni Paul me prestaron mucha atención. El señor King y Graham discutían sobre la validez de las pruebas y Paul estaba demasiado ocupado intentando parecer seguro de sí mismo. Mamá y papá, sin embargo, se asomaron.

"¿De qué estás hablando, cariño?", preguntó mamá.

No tenía que montar un espectáculo porque nadie me prestaba atención, salvo mis padres. Pero como sabía que íbamos a ganar, fue divertido.

"Sólo tengo una pregunta", dije, alzando la voz para que ya no fuera posible ignorarme. Me sentí un poco como una detective de un programa de televisión que está a punto de recitar sus asombrosas y sagaces observaciones y resolver el caso.

"¿Y cuál es esa pregunta?", preguntó Paul en tono condescendiente.

Metí la mano en el bolso y saqué el cuaderno.

"¿Cuándo robaste exactamente la página con la receta del cuaderno de mi abuelo?", pregunté, ladeando la cabeza inocentemente. "¿Fue la noche que abandonaste a tu familia sin decir palabra, o mancillaste su memoria en otro momento?"

Se hizo un silencio de sorpresa. Paul me miró fijamente. Incluso el señor King, que hasta entonces no parecía impresionado en absoluto, me miró con expresión atónita.

"No estoy seguro de lo que quieres decir", dijo Paul, que se recuperó primero y parecía inocente y dolido.

Dejé el cuaderno de golpe sobre la mesa y miré a Paul y al señor King. Lo abrí por la primera página, donde mi abuelo había escrito su nombre y la fecha.

"El padre de mi madre", dije, señalando su nombre. "1952."

Empecé a hojear el libro.

"Como puedes ver", dije, señalando los números de página y las fechas de cada receta. "Mi abuelo era meticuloso".

Entonces abrí la página que faltaba.

"¿Vamos a ver si nos queda bien?", pregunté. No esperé respuesta. Coloqué la página y los bordes dentados encajaban a la perfección. Aquello fue la guinda del pastel. Los números de página coincidían, la letra también. No se podía negar.

Nunca me había sentido tan segura, tan fuerte en toda mi vida. Por fin había cogido el toro por los cuernos.

"Sr. Gunn", dijo el Sr. King, volviéndose hacia Paul con un desprecio apenas velado. "¿Qué va a hacer ahora que las pruebas contra usted son tan abrumadoras?".

Fue un desaire tan grande que el Sr. King había subido en mi estima.

"Harás lo que yo te pague por hacer", dijo Paul, y su rostro se contorsionó con fea rabia.

"¡Ya basta!", dijo mamá en el tono que siempre usaba cuando Vanessa y yo nos portábamos mal. "Se acabó, Paul. Has perdido. Es hora de actuar como un adulto sensato".

Nunca me había sentido tan orgullosa. Había odiado ver a mamá tan intimidada en presencia de Paul. Era una mujer fuerte y él se lo había quitado. Pero al igual que yo, ella estaba recuperando su poder. Incluso el señor King parecía impresionado. Se volvió hacia Paul y lo miró expectante.

"Dejaré el caso", dijo entre dientes apretados.

Finalmente Graham habló: "Quiero eso por escrito. Y le sugiero que deje en paz a mis clientes a partir de ahora".

"Sí", dijo el Sr. King. "Creo que es lo mejor".

Paul suspiró, pero asintió. "No quiero más problemas".

Ojalá lo hubiera pensado antes. Nos habría ahorrado a todos mucho estrés... pero entonces no habría conocido a Harrison.

Ignoré cómo se me apretaba el corazón. Me acostumbré al dolor de no tenerlo.

El Sr. King consiguió que Paul firmara in situ el documento en el que confirmaba que no tenía derecho a las recetas de Heartland Kitchen y que no emprendería acciones legales contra nosotros.

Me invadieron la satisfacción y el alivio. El restaurante estaba a salvo, el negocio de comida preparada podía continuar y mis padres estarían bien. No me había rendido y había encontrado las pruebas que necesitábamos para zanjar el asunto. No estaba acostumbrada a sentirme orgullosa de mí misma, pero lo estaba. Me gustaba esa sensación.

Paul se marchó enfadado tras firmar el documento, murmurando que malgastaba su dinero en abogados. Nos levantamos y abracé a mamá con fuerza. Papá se unió a nosotros y nos rodeó con sus brazos. Por fin estábamos a salvo.

Cuando salimos de la sala de conferencias, vi a Harrison paseando por el pasillo. Incluso con el rabillo del ojo supe que era él, su complexión atlética le sentaba tan bien con un traje gris claro. Su pelo oscuro, perfectamente peinado. Hoy no parecía tan cansado, y me alegré de verlo.

Harrison me miró con ojos interrogantes y ansiosos. Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y asentí con la cabeza. No sabía si se nos permitía hablar o si eso lo pondría en peligro de algún modo en el trabajo. Me di la vuelta y me alejé con mis padres, preguntándome si sería la última vez que vería a Harrison.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, me distraje de mi anhelo cuando mamá se volvió hacia mí.

"Estoy muy orgullosa de ti", dijo acariciándome la cara. "Nos has salvado".

"No quería que ese hombre nos quitara nada más", dije.

"La forma en que te manejaste ahí dentro..." dijo papá, radiante. "Estoy impresionado."

"Gracias", dije, no acostumbrada a que me colmaran de elogios. Mis padres eran el tipo de personas que siempre estaban orgullosas de sus hijos, pero esto era diferente y todos lo sabíamos.

Salí del edificio sintiéndome ligera y esperanzada. Pensé en la oferta de trabajo que me esperaba y sentí cada vez más que debía aceptarla, ahora que mis padres ya no me necesitaban aquí. Volví la vista al edificio por un momento y pensé en Harrison. Tal vez esto también me resultaría más fácil si no me lo recordaran constantemente.

"Gracias", me dijo mamá mientras esperábamos un taxi. "Por todo lo que has hecho en las últimas semanas. No habríamos sobrevivido a esto sin ti. Pero ahora es el momento de que te cuides".

Asentí con la cabeza. Sabía que tenía razón. El trabajo de mis sueños me lo habían puesto en bandeja de plata y había llegado el momento de dejar de tener miedo de las cosas que quería. Sólo deseaba...

"¡Miranda!"

Me di la vuelta y vi a Harrison corriendo hacia mí. Me dio un vuelco el corazón.

Capítulo 21

Harrison

Al ver a Miranda entrar en el ascensor sentí que mi corazón se iba con ella. Las puertas se cerraron con una firmeza que me oprimió el pecho. Por sus sonrisas me di cuenta de que habían ganado el caso. Heartland Kitchen se salvaría, con su patrimonio familiar intacto.

Pero, ¿y la herencia de mi familia? ¿Realmente quería aferrarme a este trabajo que no amaba sólo para demostrarme algo a mí mismo? ¿Quería seguir demostrando que era mejor que un hombre al que yo le importaba un bledo? ¿O debía hacer acopio de la valentía y la fuerza de la familia de mi madre?

Habían venido a este país en busca de una vida mejor y habían luchado sin cesar para conseguirlo. Mi madre se había divorciado valientemente de mi padre, aunque le había costado mucho emocional y económicamente. Había sobrevivido a sus malos tratos y a la humillación de su traición y había salido adelante con un corazón bondadoso y el deseo de ayudar a la gente.

Legado familiar.

Poner la frase en el costado de un yate no era un honor para mi familia. Vivir mi vida sin pasión ni amor no era noble. Tenía que seguir a mi corazón y estaba a punto de partir.

Corrí hacia el ascensor y pulsé varias veces el botón de bajada. Tenía que hablar con Miranda, decirle lo que sentía. Si ella no sentía lo mismo, no me rompería el corazón más de lo que ya lo tenía. Y al menos tendría una certeza.

El ascensor tardaba una eternidad. Nuestras oficinas sólo tenían ocho pisos, pero se paraba en cada planta. Tenía que ver a Miranda ya, no podía perder ni un segundo más sin ella.

Me precipité al hueco de la escalera. Di dos pasos a la vez, bajé deprisa y no pensé en nada más que en ella. No me importaba el ardor en mis extremidades, apenas lo sentía. Me faltaba la parte más importante de mí, y sin ella bien podría ser un robot.

Cuando llegué a la planta baja, me apresuré a entrar en el vestíbulo y salir por la puerta. Recorrí la plazoleta y la acera más allá y la localicé enseguida. Su pelo castaño ondulado ondeaba ligeramente al viento, el vestido azul marino que había llevado en nuestra primera cita.

"¡Miranda!", grité y eché a correr por la plaza.

Se dio la vuelta, con la cara iluminada por la sorpresa y, esperaba, la alegría.

Me detuve frente a ella y mi corazón se aceleró no sólo por el entrenamiento de resistencia. Respiraba con dificultad, como si acabara de sobrevivir a diez asaltos en el ring de boxeo.

"Tengo algo que decirte", dije, sintiendo una oleada de emoción. Miré los profundos ojos azules de Miranda y estuve a punto de correr el mayor riesgo de mi vida. Me miraba expectante y un poco confundida, y se veía tan increíblemente hermosa. Tenía tantas ganas de tocarla, de cogerle la mano y no soltarla nunca.

"Te quiero", solté. Las tres palabras que no me había permitido pensar. "Si quieres, te seguiré a Nueva York".

Los ojos de Miranda se abrieron de par en par, sorprendida, y por una fracción de segundo temí haberme equivocado.

"¿Dejarías tu trabajo por mí?", me preguntó, y me sentí culpable de haber considerado alguna vez que mi trabajo era importante en comparación con ella.

"Haría cualquier cosa por ti", dije, esperando no haber dicho demasiado. "Puedo conseguir un

trabajo en Nueva York."

Cogí la mano de Miranda y no pude resistirme a tocarla ahora que estábamos cerca. Di un paso hacia ella, con el pulso acelerándose en mis oídos. La miré a los ojos. Estaban llenos de amor y afecto. Sentí que mi corazón la deseaba.

No pude contenerme más. La atraje en un beso, abracé suavemente su rostro y dejé que mis labios hablaran sin palabras.

La tensión y la angustia que había sentido en las últimas semanas se desvanecieron cuando ella me devolvió el beso. Volvió a insuflarme vida, volvió a pintar el mundo de colores brillantes. En silencio, reí aliviado. Me había quitado un gran peso de encima.

"Yo también te quiero", dijo Miranda en voz baja, pero llena de sentimiento.

Lo único que me impidió besarla sin aliento fue que me di cuenta de que Catherine y Anthony nos observaban con amplias sonrisas.

"Lo siento", les dije con una risa autocrítica. "¿Cómo están ustedes dos?"

"Creo que es justo decir que todos estamos muy contentos", contestó Catherine. "Estábamos a punto de ir a un almuerzo formal, ¿te gustaría unirte a nosotros?"

Miré a Miranda, me apretó la mano y asintió. Nunca me cansaría de cogerla de la mano.

"Me encantaría", dije, y no pude evitar sonreír. "Sería un placer mezclarme en una reunión familiar".

"El placer sería nuestro", dijo Anthony. "Además, ya has hecho mucho por nosotros."

Miré a Miranda: "Tú has hecho mucho más por mí. Ese tipo de felicidad no tiene precio".

Se acurrucó contra mi costado y me rodeó la cintura con el brazo.

"Creo que es justo decir que nuestras vidas son mejores cuando estamos juntos", dijo Miranda con una sonrisa.

Miranda

Un año después

"Me encanta tu nueva oficina", exclamó Lucy con voz metálica a través de la videollamada. Me acababan de ascender a diseñadora jefe de mi empresa y Lucy me había llamado para pedirme una visita. La oficina de la esquina tenía unas vistas preciosas de la ciudad y ejemplificaba las prácticas de diseño sostenible de la empresa con sus vigas de madera recuperada, ventanas de triple acristalamiento y muebles ecológicos que eran tan buenos para el planeta como elegantes.

"Todavía no puedo creer que sea mío", dije, radiante.

"Créelo", dijo Lucy. "Sólo te mereces cosas buenas. Tu gran ático, Harrison, todo".

Me puse la mano en el corazón, conmovida por las palabras de mi mejor amiga. Pero por muy feliz que estuviera por mí, había una expresión triste en sus ojos.

"¿Cómo estás?", le pregunté. Lucy lo había pasado mal. Se había enterado de que su novio Ben la había engañado y era comprensible que tuviera el corazón roto.

Lucy apartó la mirada un momento y tragó saliva.

"Oh, ya sabes", dijo vagamente. "Estoy aguantando".

"Ojalá pudiera abrazarte", dije. "Ese es el único inconveniente de vivir en Nueva York, no

puedo abrazar a mi mejor amiga cuando lo necesita".

Lucy me lanzó una mirada triste pero cariñosa: "Te echo de menos, las videollamadas sólo llegan hasta cierto punto".

"Lo sé, pero te prometo que volveremos a vernos pronto", dije. "Y puedo cazar a Ben y darle una patada en las pelotas por ti, esa opción siempre está abierta".

Esto hizo reír genuinamente a Lucy: "Lo tendré en cuenta".

"Todo irá bien", le dije, intentando consolarla en lo que podía.

Lucy se encogió de hombros: "Sí, probablemente".

Me di cuenta de que no me creía y entendí por qué. Antes de Harrison, nunca pensé que las cosas me saldrían bien, no solo en una relación, sino en la vida en general.

Nos despedimos y colgué con un suspiro triste. Justo cuando todo iba de maravilla en mi vida, algunas de las personas más cercanas a mí lo estaban pasando peor. Lucy no era la única persona con problemas de pareja.

Estaba preocupada por mi hermana Vanessa. Estaba atravesando una etapa difícil en su matrimonio y esa era una de las razones por las que agradecía estar en Nueva York, para poder estar más cerca de ella y apoyarla.

Me hizo pensar en mi propia vida y en lo afortunada que era. Por suerte, Harrison se había mudado a Nueva York conmigo y teníamos el ático más increíble. Lo habíamos amueblado juntos, aunque, por supuesto, yo era la de la última palabra en eso. Su lámpara vintage y las obras de arte abstracto de su dormitorio en Los Ángeles se habían mudado con nosotros, junto con mi maleta antigua que hacía las veces de mesa de centro. Nuestro piso tenía todos los lujos que el dinero podía comprar, pero lo mejor era lo cálido y lleno de amor que estaba.

Harrison había encontrado rápidamente trabajo en el bufete de su primo William, uno de los mejores del país. Harrison ejercía el tipo de abogacía que siempre había deseado: ayudar a la gente y hacer el bien. Tras su primera impresión en el bufete, cuando Harrison y yo nos conocimos, William me había caído demasiado bien.

Pero no todo era pesimismo en mi vida. A mi madre y a mi padre les iba bien. Heartland Kitchen había experimentado un gran auge después de que surgiera el negocio de los platos preparados. Atrajo a muchos clientes nuevos que querían ver qué otros platos ofrecían. Mi madre también estaba recopilando las recetas de su padre en un libro. Las recetas que no encajaban en el restaurante seguirían viendo la luz, y a los editores les gustó el enfoque de contar nuestra historia familiar a través de las recetas de mi abuelo.

Desde su fallido intento de robarnos la receta, ninguno de nosotros había vuelto a saber nada de Paul. Ya casi no pensaba en él, y me conformaba con eso. No merecía tener ni un centímetro de espacio mental de nosotros.

Sólo esperaba que Lucy y Vanessa encontraran la misma felicidad que yo. Si ellas sufrían, yo también lo hacía.

"¿Qué te preocupa?", oí la voz de Harrison. Levanté la vista y lo vi de pie en la puerta de mi despacho.

"No sabía que ibas a venir", dije con una sonrisa. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Entonces no sería una sorpresa", sonrió y entró en la habitación. Se detuvo frente a mí y se inclinó para darme un beso.

"Así está mejor", suspiró, acariciándome la mejilla con el nudillo como si quisiera borrar mis preocupaciones. Funcionó, un poco.

"Estaba hablando con Lucy por teléfono", le expliqué. "Y también estaba pensando en

Vanessa".

Harrison asintió en señal de comprensión: "¿Lucy sigue teniendo problemas?".

"Sí", suspiré, pero luego le miré con curiosidad. "¿Y por qué estás aquí?"

El bufete de Harrison estaba al otro lado de la ciudad, no había motivo para que pasara por allí de camino a casa y, por lo que yo sabía, no teníamos planes.

"Quiero llevarte a cenar", respondió antes de besarme de nuevo.

Por un momento perdí el hilo de mis pensamientos. Besar a Harrison seguía teniendo ese efecto en mí, incluso después de un año no sólo de estar juntos, sino de vivir juntos. Todavía no podía creer lo bien que encajábamos.

"Oh, ¿qué se celebra?", pregunté y empecé a recoger mis cosas.

"¿No puede un hombre salir con su chica?", preguntó.

Se me derribió el corazón. Harrison siempre hacía pequeñas cosas dulces por mí. A menudo le decía que no necesitaba nada especial, sólo a él. Pero él siempre insistía. Ya fuera un desayuno en la cama, un masaje en los hombros después de un largo día o mi película favorita cuando echaba de menos Los Ángeles. Incluso en los días más mundanos, cuando nos limitábamos a hacer la colada y limpiar el piso, todo me parecía mejor sólo porque tenía su compañía.

"¿Adónde vamos?", pregunté, lista para partir.

"Hay un sitio en el Upper East Side que me apetecía mucho probar", dijo.

Tomamos un taxi hasta el restaurante y hablamos de nuestros días. Yo le conté a Harrison el proyecto en el que estaba trabajando y él me habló de un caso que acababa de aceptar. Cuando llegamos al restaurante, me sentí abrumada. En Nueva York teníamos mucho donde elegir en cuanto a restaurantes, pero esto era algo totalmente distinto.

Al entrar, no pude evitar quedarme impresionada por el diseño moderno y lujoso. Las líneas limpias y la decoración minimalista eran un guiño a las últimas tendencias en diseño, pero había algo más: una calidez y un corazón que hacían que el espacio fuera acogedor y confortable.

Las paredes se cubrieron con papel pintado texturizado, que suavizaba las líneas duras de la arquitectura y daba a la sala un aire orgánico. La iluminación, cálida y acogedora, iluminaba a los comensales mientras disfrutaban de sus comidas.

El mobiliario era una mezcla de piezas de alta calidad y piezas a medida, elegidas cuidadosamente para complementar el espacio y proporcionar una experiencia gastronómica cómoda y con estilo. Cada zona era diferente, lo que permitía a los comensales elegir entre asientos cómodos e informales y sillas formales de respaldo alto. Sin embargo, el espacio tenía una sensación de cohesión. La combinación de colores era predominantemente neutra, con toques de color y estampados que añadían interés y personalidad al espacio.

Lo que más me impresionó, sin embargo, fue la atención al detalle. Desde las obras de arte cuidadosamente elegidas en las paredes hasta los toques juguetones en la decoración de las mesas, cada elemento había sido pensado y ejecutado con precisión.

Cuando nos sentamos a la mesa -en dos sillas de ala que, de algún modo, combinaban a la perfección con la mesa de comedor de cristal-, no pude evitar sentirme impresionada por la atención y el cuidado que se habían puesto en la creación de un espacio tan hermoso. Me recordé por qué me convertí en diseñadora de interiores: para crear espacios que no sólo fueran bonitos, sino también funcionales y significativos.

"¿Te gusta?", preguntó Harrison con una sonrisa.

"Me encanta", dije y puse mi mano sobre la suya al otro lado de la mesa.

Cuando llegó nuestro camarero, Harrison pidió una botella de champán.

"¿Es una ocasión especial?", pregunté, casi preguntándome si había olvidado una fecha importante.

"Cada cena contigo es una ocasión especial", me contestó, haciéndome poner los ojos en blanco cariñosamente.

El primer plato que nos sirvieron fue un delicado tartar de atún. Los cubos de atún rubí estaban dispuestos en un círculo perfecto en el plato, rodeados de una llovizna de aderezo de cítricos y una dispersión de microgreens. Los sabores eran frescos y brillantes, con la acidez justa para despertar mis papilas gustativas.

A continuación llegó el plato principal: un filete mignon perfectamente cocinado. El filete estaba muy bien presentado sobre un lecho de cremoso puré de patatas y coronado con un espárrago verde brillante. La carne estaba tierna y jugosa, con un sutil toque de humo de la parrilla que añadía profundidad y complejidad al plato.

Y durante la comida, sentí que el calor y el corazón del espacio entraban en mí y me sentí conectada con la gente y el mundo que me rodeaba. Fue un testimonio del poder de un buen diseño y de la importancia de crear espacios que hablen al corazón.

La verdadera atracción fue el postre, una obra de arte demasiado bonita para comérsela. En el plato había pequeñas bolas de mousse de chocolate, espolvoreadas con pan de oro y dispuestas en forma de espiral. Encima del montículo de chocolate había una bola de sedoso helado de vainilla, junto con frambuesas frescas y un chorrito de coulis de frambuesa. Fue un festín para la vista y el paladar, ya que los sabores del rico chocolate y la ácida frambuesa se combinaron para crear un postre decadente e inolvidable.

En conjunto, la comida fue una clase magistral de cocina de lujo: cada plato fue preparado por expertos y presentado con gran belleza, haciendo hincapié en la calidad de los ingredientes y en una cuidada presentación. Fue un recordatorio del poder de la comida para unir a la gente, para crear recuerdos y momentos que permanecerán con nosotros mucho después de que se hayan retirado los platos.

Cuando terminamos en el restaurante, agradablemente saciados y aturdidos por el champán, Harrison sugirió dar un paseo por Central Park. Las centelleantes luces de la ciudad brillaban como estrellas mientras caminábamos cogidos de la mano. El simple momento de pasear por el parque fue tan significativo como la elegante cena que acabábamos de tomar.

Harrison me llevó a un banco cerca de un árbol decorado con luces de hadas y nos sentamos allí un momento, disfrutando de la quietud del aire del atardecer. Entrelazó sus dedos con los míos y yo estaba a punto de apoyar la cabeza en su hombro cuando habló.

"Miranda, tengo que hacerte una pregunta", dijo con una voz inusualmente firme.

"Suenas serio", bromeé a medias, preguntándome qué iba a preguntar que justificara tanto nerviosismo.

Cuando se bajó del banco y se arrodilló, tuve mi respuesta. Me llevé la mano a la boca y se me saltaron las lágrimas antes de que pudiera decir nada más.

"Te quiero más que a nada en este mundo", dijo Harrison, mirándome con aquellos ojos color avellana que yo seguía amando tanto o más. "Eres mi compañera en todo, haces que cada día sea más brillante y tenga más sentido. Has traído pasión a mi vida y me has llenado de formas que nunca creí posibles. Eres mi alma gemela. ¿Quieres casarte conmigo?"

Me corrían las lágrimas por la cara. Todo lo que Harrison decía de mí era cierto de él. Había mejorado mi vida en todos los sentidos. Ya no podía imaginar mi vida sin él.

"Sí", dije, con el corazón hinchado. "Claro que sí".

Eché los brazos al cuello de Harrison y le besé antes de que pudiera sacar el anillo. Sin duda sería una pieza preciosa y cara, pero lo que me importaba era él. Quería pasar el resto de mi vida con mi verdadero amor.

Nos besamos con toda la pasión de una pareja de recién prometidos y todo el cariño de un compañero de toda la vida. Cuando por fin se separó de mí, Harrison sacó el anillo y era tan hermoso como me lo había imaginado. Un diamante redondo engastado en oro antiguo con piedras azules alrededor.

"El lapislázuli es de Chile", explicó Harrison. "Es un anillo antiguo, pero hice modificar las piedras para hacerlo nuestro".

"Es absolutamente perfecto", le dije, conmovida por todo lo que había pensado en él. Aunque no habría esperado otra cosa.

No puedo esperar a decirle a Lucy que va a ser mi dama de honor después de todo.

Continuamos nuestro paseo por el parque, Harrison me pasó el brazo por los hombros y yo me acurruqué a su lado. Era difícil creer que uno de los momentos más bajos de mi familia me había llevado a encontrar al amor de mi vida. Tuvieron que juntarse tantas cosas para que ocurriera, y había tantas formas de que algo saliera mal. A veces, los giros inesperados de la vida pueden dar lugar a las mayores alegrías, si uno aguanta el tiempo suficiente para verlas venir.

Con Harrison, las risas eran más dulces, los retos más llevaderos y los éxitos más significativos. Había encontrado a mi alma gemela, mi compañero en todas las cosas, y estaba agradecida por cada bache en el camino, cada curva que nos había llevado a este momento. Al final, aprendí que tener a alguien a quien amar y con quien compartir la vida es el mayor regalo.

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula “**Desmond: Destruida por el hombre que amo**”.

Este es el resumen: Todos mis sueños se van literalmente por el desagüe cuando mi piso se inunda y con él todo mi trabajo. Me quedo sin nada cuando de repente llega él... el magnate inmobiliario Desmond Bennet, de buen humor, hábil e increíblemente atractivo. No solo me ofrece la oportunidad de hacer realidad mis sueños, sino también noches increíbles juntos.

Me lanzo a mi arte con renovada pasión, pero mi relación con Desmond se enciende con una intensidad aún mayor.

El romance es eléctrico. La pasión consume.

Justo cuando me doy cuenta de que Desmond es el amor de mi vida, nuestra felicidad se ve amenazada por un escándalo que podría destruir todo lo que hemos construido...

<https://www.amazon.es/dp/B0CLKZJLDY>

Para asegurarte de que no te pierdes ninguna novedad, sígueme en mi página de autor de Amazon:

<https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HEPK3>

Gracias

Peter Bold, por su apoyo en cualquier momento. Matthias, gracias por toda la información. A mis hijos, porque me empujan con fuerza a vivir mi vida como deseo vivirla, para ser un modelo a seguir para ustedes. Ashley, Sophia, Katja, Silvia y los numerosos lectores de prueba por la corrección y edición: ¡Sin ustedes, este libro nunca hubiera sido tan bueno! Gracias.